Tercer trimestre de 2005 – 7 €

Año II — Número 4

EL MANIFIESTO

contra la muerte del espíritu y la tierra

SALVAR LA TIERRA

Los retos de una nueva ecología

James Lovelock · Carlos de Prada
José Javier Esparza · Alain de Benoist · Abel Posse

Revista de pensamiento crítico
www.manifiesto.org

4

Revista de pensamiento crítico

EL MANIFIESTO

contra la muerte del espíritu y la tierra

Revista trimestral
Año II - Núm. 4 - Cuarto trimestre de 2005

Director:
Javier Ruiz Portella

Consejo de Redacción:
Abel Posse
Alejandro Sanz
Jerónimo Molina
José Javier Esparza
Isidro-Juan Palacios
Carlos Martínez-Cava
Leddys Valdés-Romero
Fernando Sánchez Dragó

Edita:
Manifiesto contra la muerte del espíritu
Áltera
Trafalgar, 10, 2.º 1.ª
08010 Barcelona
Tel. 902 151 842
Fax 934 517 441

Correo electrónico:
manifiesto@manifiesto.org

Imprime:
G2B - Barcelona

Distribuye:
Gelesa

Depósito Legal:
B-10362-2006

ISSN:
1698-4676

www.manifiesto.org

EL MANIFIESTO no se hace responsable de las opiniones expresadas por sus colaboradores. Prohibida la reproducción total o parcial de la revista sin permiso expreso de la misma.

¡SUSCRÍBASE A *EL MANIFIESTO*!
Respire un aire nuevo, vivificante
Por sólo 20,- € por cuatro números (más un libro de regalo)
Vea las condiciones en el Boletín intercalado en la revista.
Si no lo encontrara, llame al 902 151 842.
O escriba a:
manifiesto@manifiesto.org.

sumario

Editorial
¿Defender la tierra, defender el espíritu? 2

Ecología
José Javier Esparza
Pensar la ecología más allá de la modernidad 8
Antonio Ruiz Vega
Ecología profunda 18
Jame Lovelock
La vida y la Tierra 22
Gran Jefe Seattle
Somos una parte de la Tierra 34
Carlos de Prada
¡Sin defensa! 42
Alain de Benoist
La necesaria ruptura 53

A fondo
H. C. F. Mansilla
Drogas y libre mercado 56

Revista de Prensa
Entrevista con Alain Finkielkraut 64

Letras y Lecturas
Abel Posse
Entrevista de Isidro-Juan Palacios 72
Javier Ruiz Portella
En torno a *Transmodernidad*,
de Rosa M.ª Rodríguez Magda 77
Génesis García
Poesía Sabiduría 84
Juan Luis Arsuaga
Entrevista de Ignacio Valdezate 89
Otros libros 91

Miscelánea
Ahorro millonario 17
Otros desmanes 40
Recortes de prensa 51
Ridiculizar a Goya 76
¿Renace Rusia? 82
Los planes de enseñanza 88
El País contra *El Manifiesto* y Áltera 94
Correo de los lectores 95

Listado de puntos de venta: Lib. General, Lib. Central (Zaragoza), Mas de Libros (Huesca), Beta Imperial (Sevilla), Babel (Granada), Cervantes, Víctor Jara (Salamanca), El Margen, Oletum (Valladolid), Follas Novas, Encontros (Santiago), Michelena (Pontevedra), Estudio (Santander), Ojanguren, Cervantes (Oviedo), Casa del Libro, FNAC (Madrid), La Central, Casa del Libro, Mitos (Barcelona), Lemus, La Isla (Sta. Cruz de Tenerife), Canaima, Libro Técnico (Palma), Soriano, París-Valencia (Valencia), Ambra (Gandía), Babel (Castellón), Embat (Palma), Vara del Rey (Ibiza), Pau (Menorca), Casa del Libros (Bilbao, Vitoria), Arriaga (Vitoria), Bilintx (S.Sebastián), 80 Mundos (Alicante), Ali i Truc (Elche), Popular (Albacete), Diego Marín (Murcia)

Editorial

¿Defender la tierra, defender el espíritu?

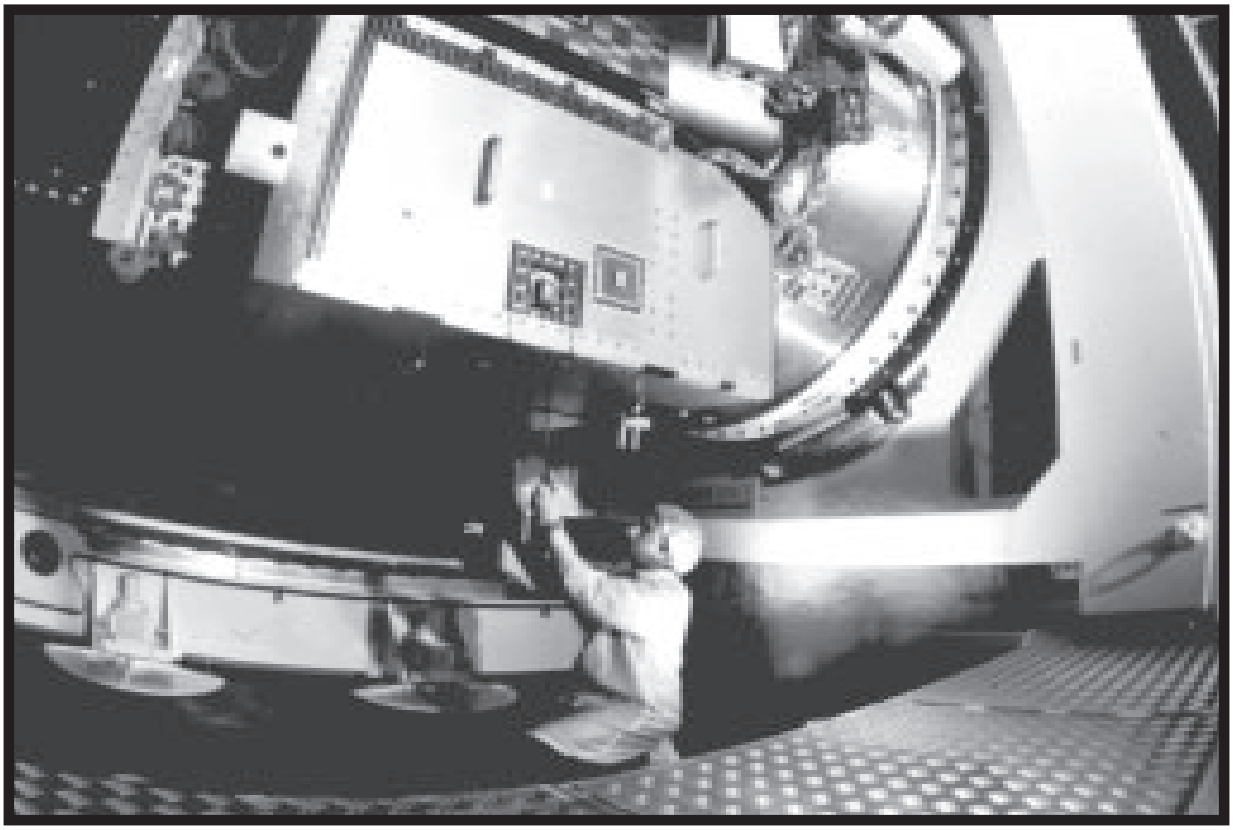
por **Javier Ruiz Portella**

Pese a que toda una tradición de dos mil años ha querido escindirlos, ambos —tierra y espíritu, carne y pensamiento— son inseparables. No hay pensamientos sin cuerpos que, rezumantes de carne y sangre, vivan, sientan y mueran. Y al revés: sin el aliento espiritual que los nombra y piensa, la tierra y sus cuerpos no existen, no *son* —sólo *«están»*, como sólo «estuvieron», sin nombre ni concepto, durante millones de años. Ambos —lo terrenal y lo espiritual— son profunda, jerárquicamente distintos, es cierto. Pero ambos están entrelazados, unidos en el seno del único mundo existente. Juntos sobrevivirán, o juntos perecerán.

La ecología… Tal vez sí, tal vez, entre nuestros numerosos males, esté ahí la clave, el detonador final de todo. No porque los riesgos que pesan sobre la naturaleza sean, en sí, más graves que los que penden sobre el espíritu: lo que en ambos casos corre peligro son cosas tan estrechamente unidas, que resulta imposible desligarlas. Por un lado, está amenazado de parálisis el gran impulso que, a través de las cosas del espíritu —arte, cultura, tradición, religión, belleza, arraigo comunitario…— lleva a los hombres a ser hombres, a dar el salto que les aleja —les alejaba…— de la materialidad bruta, inerme, «cosificadora»…: esa materialidad en la que hoy se enfanga un individuo bien curioso: el que sólo busca su materialista interés utilitario, al tiempo que se dedica a vulnerar el orden material por excelencia: el de la naturaleza.

No hay sin embargo en ello, si bien se mira, ni contradicción ni paradoja. La materia por la que clama la más materialista de todas las épocas nada tiene que ver con la que caracteriza al orden de las cosas naturales: las que aparecen por sí mismas; las que sólo al encontrarse frente al hombre adquieren sentido, nombre, significación… —pero que ningún hombre lleva jamás a la existencia. Las cosas de la naturaleza (el árbol en flor, por ejemplo, que se presenta ante nosotros —dice **Heidegger**— al tiempo que nosotros nos presentamos a él), las cosas capaces de expresar por sí mismas el misterio que, sobrecogiéndonos en el arte, recibe el nombre de **belleza**: esas cosas están dotadas de presencia viva —transidas de aliento sagrado, pensaban los hombres antes de que el Dios judío y cristiano, sometiéndolas, las pusiera a su disposición y dominación—; esas cosas de la naturaleza viva y misteriosa nada tienen que ver con la materia inerme que caracteriza a las industrializadas, tecnificadas o «turisticadas» cosas que, por montes, valles y mares, explotan quienes cumplen hoy a rajatabla el antiguo mandato bíblico —así sea a costa de haber matado al Dios que lo promulgó.

Si ello es así, ¿por qué empecé apuntando

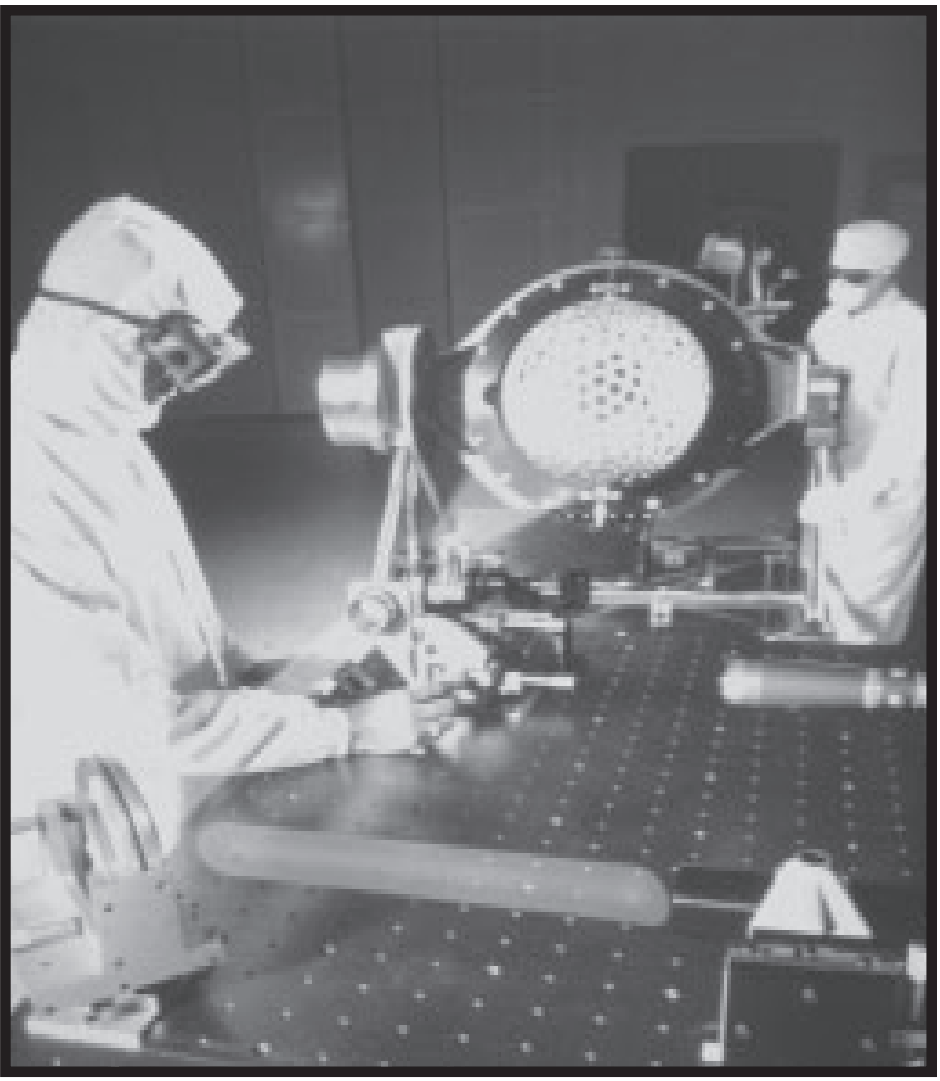


que, en medio de los riesgos y desastres ecológicos, podría anidar —más que entre los males del espíritu— como el reactivo o el detonador final que pudiera hacernos salir, quizás, del marasmo en que nos hallamos? Por una sencilla razón, porque sólo los desastres materiales pueden socavar la engreída confianza del hombre de hoy en sus cuentas, técnicas y resultados. Por graves que sean los males que aquejan al espíritu, jamás le quitarán el sueño al *homo œconomicus*. Pero el día en que, dirigiéndose éste a la gasolinera, encuentre cerrado el grifo de un petróleo agotado en las reservas que manaban de la tierra; el día en que el calentamiento atmosférico que ya conocemos haga que empiece a subir el nivel de los mares, y los habitantes de las ciudades tengan que huir de ellas, y los turistas tengan que escaparse de las playas anegadas por las aguas…, ¡ese día —al menos es de esperar— los hombres, aterrados, se lo cuestionarán por fin todo!

¿Un delirio apocalíptico?

¡Bah! ¡Descabelladas amenazas! ¡Apocalíptico de lirio que sólo puede anidar en las izquierdistas mentes de quienes no dudan en aprovechar cualquier circunstancia para atacar el orden capitalista que rige a nuestro próspero mundo! Así lo pretenden los liberales defensores de este último. No hará falta, sin embargo, insistir demasiado para convencer al lector de que cualquier cuestionamiento que en estas páginas se pueda hacer del orden capitalista nada tiene que ver con la impugnación del mismo efectuada a partir del resentimiento marxista o izquierdista. (Y si alguien lo dudara, sólo tendría que echar un vistazo a las infamias que ha dirigido contra esta revista el más poderoso periódico español, el de nuestro *Citizen Kane* local, razón por la cual, viniendo de quien vienen, mucho nos honra reproducirlas en la página 94 del presente número de *El Manifiesto*.)

Abordemos la otra cuestión, la que de verdad importa. **Carlos de Prada** explica en este mismo número las nada delirantes razones en las que se fundamenta la amenaza ecológica. Pero supongamos que tanto él como el conjunto de la conciencia ecologista mundial se equivoquen. Admitamos un instante que el razonamiento liberal es cierto; supongamos que tanto la tecnociencia como el propio sistema capitalista disponen de la suficiente capacidad autorreguladora para ir corrigiendo los desmanes que ellos mismos originan. Una vez admitido todo ello, ¿qué



La verdad es que ningún liberal, ningún globalizador ha afirmado nunca lo contrario. Esta gente juega a doble baraja: por un lado, se limitan a constatar que, mal que bien, vamos tirando…, siempre que el crecimiento se limite al primer mundo. Pero ni se les ocurre contemplar lo que pasaría si el progreso y la industrialización se extendieran, como anhelan, al planeta entero. ¿Qué pasaría si sus codiciosos afanes se cumplieran? Imaginemos un instante la pesadilla: toda África, toda Asia, toda Iberoamérica atiborradas de fábricas y oficinas, cubiertas de campos industrializados, despobladas de campesinos, cruzadas de un extremo a otro por autopistas atestadas de automóviles, atravesadas por líneas ferroviarias de alta velocidad, cruzadas por miles de decenas de aviones que transportan a millones de turistas de un lugar a otro de sus continente, que saltan a la vieja Europa, ocupan el Partenón, el Coliseo, la piazza de la Signoria, Notre-Dame, el Museo del Prado, los canales de Ámsterdam, los palacios e iglesias de Praga, el Schömbrunn de Viena…, los cuales se ven invadidos, asaltados por las actuales hordas multiplicadas entonces por decenas de miles de veces más.

No hace falta imaginar nada: basta pensar en lo que ya está sucediendo con la grave disminución de las reservas de petróleo o la penuria en el mercado del acero ocasionadas por los altos índices de crecimiento económico de la India y China. Una China que, si alcanzara por ejemplo la densidad de automóviles de Europa Occidental —informaban no hace mucho los periódicos—, agotaría por sí sola toda la producción mundial de acero. Y todo ello, cuando los 2.300 millones de habitantes de ambos países aún distan considerablemente de aproximarse a los niveles de consumo y bienestar occidentales.

cambia? Nada. Aun suponiéndole al sistema que rige nuestros destinos una capacidad autorreguladora que queda por probar, la misma sólo funcionaría si la situación se mantuviera en los parámetros que conocemos hoy: con sólo la quinta parte del planeta explotada industrial, tecnológicamente hasta sus entrañas. Pero si los índices de explotación y contaminación que hoy conoce el mundo desarrollado acabaran extendiéndose a la Tierra entera —lo ambicionan los liberales y globalizadores; lo sueñan (¿cómo reprochárselo?…) los hambrientos del Tercer Mundo—, ahí no habría ni Tierra que lo soportara, ni capacidad autorreguladora que regulara nada.

No escupamos sobre el bienestar material. El problema es: ¿resulta inevitable pagar el precio que pagamos por tanto bienestar?

¿Pueden coexistir naturaleza y bienestar?

«¿Bienestar?… ¿Dijo usted "bienestar"?… —exclama entonces, entre risas, el lector neoliberal. «De modo que… no todo es tan malo en la denostada economía de mercado,

¿eh?… —prosigue con sorna. El bienestar: he ahí la contrapartida de explotar la naturaleza y correr algunos riesgos ecológicos. ¿Sí o no?».

Por supuesto que sí. Es más: ahí, exactamente ahí se encuentra toda la paradoja, todo el desgarramiento en el que se debate nuestro mundo: **el mal engendra un bien**. La destrucción del orden natural —y del espiritual— ha engendrado, en efecto, el mayor bienestar material que los hombres han conocido jamás…, al menos en una quinta parte del planeta. (Los otros cuatro quintos se debaten, por su parte, en la esquizofrenia de adorar el becerro de oro y de negarse a pagar el precio que su adoración implica. Agradezcámoselo: si no, la Tierra ya habría dejado de aguantar los embates sufridos.)

No escupamos sobre el bienestar material —deseémoslo, por el contrario, para todos los hombres. No escupamos nuestros cuerpos sanos y longevos, sobre nuestros vientres que ignoran el hambre, sobre nuestras casas por donde corre el agua y fluye la luz, sobre nuestros ordenadores que nos facilitan en segundos la más enrevesada información… El problema no está ahí. El problema es: ¿resulta inevitable pagar el precio —insensato— que pagamos por tanto bienestar?

No, este precio se puede evitar. No será fácil, desde luego…, pero no tiene nada de ineluctable. Quien impone tal precio no es ni el conocimiento científico como tal, ni sus aplicaciones técnicas, ni esa «economía de mercado» de la que hablaba (pero quería decir otra cosa) nuestro interlocutor neoliberal. Quien impone el precio que lo asfixia todo es una determinada concepción del mundo, la cual —es cierto— se ha aplicado y realizado a través del mercado, la ciencia y la técnica. Pero ninguno de estos tres ejes de nuestro mundo —ni siquiera su suma— es lo que articula y sostiene el edificio. Lo que lo alza y le da sentido es el afán de dominación sobre las cosas, es el ansia del hombre por proclamarse dueño y señor de todo lo creado; es también, junto con ello, la locura que nos ha llevado a creer que todo cuanto existe está sometido al claro poderío de la razón.

Ciencia, técnica y mercado han sido, como decía, los instrumentos gracias a los cuales se ha realizado este simultáneo designio de arrasamiento y transparencia. Pero los tres pueden dejar de cumplir tal función. Una cosa son los instrumentos, y otra los designios a los que éstos sirven. **La ciencia** puede y debe seguir siendo ciencia; puede y debe seguir intentando explicar el **funcionamiento** de las cosas —pero dejando abierto su misterio: asumiendo que una cosa son los mecanismos, y otra el ser, el senti-

do de unas cosas, de un mundo, que la razón puede en parte explicar, pero jamás fundar o determinar. También **el mercado** puede y debe circunscribirse a sus propios límites; también él puede y debe seguir siendo lo que, hasta el surgimiento del capitalismo, siempre había sido: un simple y útil instrumento para intercambiar cosas y servicios… que nada tiene que ver con su actual pretensión de configurar, a través de la producción y el consumo, el sentido de la vida. Lo mismo ocurre con la **técnica**. A condición de hacer suya la limitación que el desenfreno moderno ignora, también ella —incluso la más sofisticada— puede y debe seguir manejando las cosas, y en particular las de la naturaleza.

Defiendo la posición jerárquica del hombre respecto a la naturaleza, entendiendo esa jerarquía como la que ostentaban los señores de antaño: protectores y defensores de quienes se hallaban bajo su potestad.

«¿Perdón?… ¿Cómo ha dicho?» Aquí no es lector neoliberal, es un cierto lector ecologista el que nos interrumpe. Y prosigue: «Por más que la técnica moderna se limite y refrene, ¿cómo puede manipular y transformar la naturaleza sin dañarla en su corazón? ¿No es semejante manipulación y transformación lo que combatimos?». No, en absoluto. Transformar y utilizar las cosas naturales, contenerlas también cuando se desmandan: de esto se trata desde que el mundo es mundo, y de esto se tiene que seguir tratando: de mantener entre el hombre y su entorno una relación que siempre ha sido y tiene que seguir siendo profundamente desigual, propiamente jerárquica. Posición jerárquica del hombre…, siempre que la entendamos a la manera de la jerarquía que ostentaban los señores de antaño, aquellos cuyo poder sólo se justificaba en la medida en que protegían y defendían a quienes se hallaban bajo su potestad. También el mundo natural se halla bajo la potestad del hombre: no para que éste le sojuzgue, vulnere y arrase, sino para todo lo contrario: para que permita que las cosas de dicho mundo —ésas que sólo él nombra y piensa—, lleguen a ser ellas mismas, accedan a la plenitud de su ser.

Dejar que las cosas sean ellas mismas… Es decir: dejar el hombre de imaginarse como el todopoderoso **dueño** del universo; convertirse —como señala **Esparza**— en su **guardián**; volver a ser, más exactamente, el custodio que, manipulando y dominando, domesticando y trasfrormando las cosas que se ofrecen por sí solas, vela por que sean ellas mismas; por que sean **cosas y no objetos**: presencias vivas, misterios del ser que no sólo ofrecen utilidad, sino

El mundo natural se halla bajo la potestad del hombre: no para que éste lo arrase, sino para que permita que sus cosas lleguen a ser ellas mismas.

que irradian también belleza. Exactamente todo lo contrario de lo que son hoy nuestros montes y campos, nuestros cielos y mares: este inmenso fondo de explotación industrial o turística cuyas cosas reciben el trato de productos y objetos que no difieren en nada sustancial de los que arrojan los instrumentos y máquinas de nuestras industrias y factorías, de nuestras pisciculturas y granjas industriales.

Preservar lo esencial, desechar lo fútil

¿Se puede todo ello conseguir manteniendo lo esencial de los conocimientos científicos, de los intercambios mercantiles y de los medios técnicos actuales? ¿Se puede todo ello conseguir sin privarnos de lo esencial del saber y del bienestar? Sí, se puede: a condición, precisamente, de aceptar lo esencial —y desechar lo fútil.

¿Qué es lo esencial?… Sin duda, el ámbito de la salud, de la lucha contra la enfermedad: el único en el que tiene sentido ambicionar que perfeccionamiento y desarrollo prosigan en toda la medida de lo posible. ¿Qué es lo fútil? Pretender, en todos los demás campos, seguir perfeccionando y desarrollando en aras de un «bienestar» que la inmensa mayoría de las veces sólo es sinónimo de **rentabilidad** y **productividad**.

Salvo para el bolsillo de quienes con ello se benefician, ¿qué sentido tiene aumentar aún más la rentabilidad del trabajo, la eficacia de la producción, la rapidez de las comunicaciones? ¿Qué sentido tiene comunicar mediante móviles aún más potentes, ordenadores aún más veloces? ¿Para qué desplazarse de un extremo al otro del planeta a velocidades aún superiores? ¿No bastaban incluso las de los expresos, paquebotes y trasatlánticos de otros mucho más sosegados tiempos? ¿Qué sentido tiene ese compulsivo frenesí que se ha adueñado del hombre del vacío y del desarraigo? ¿Para qué tanta prisa…, si todos acabaremos en el hoyo?

Sordos están aún a tales preguntas los oídos de nuestros contemporáneos. Tampoco es en tales términos como formula generalmente las suyas el movimiento ecologista, mucho más preocupado por combatir desafueros particulares que por proponer un nuevo proyecto de sociedad. Basta sin embargo enunciar tales preguntas para que quede claro, a ojos de quien los quiera abrir, que el rey está desnudo. Es cierto: queda entonces por arrancarle su ridículo taparrabos; y a sus siervos, sus complacidas anteojeras. Costará, vaya si costará: tal vez sólo caigan cuando hayamos llegado al borde extremo del abismo. ■

Javier Ruiz Portella

Ensayista, editor. Autor del Manifiesto contra la muerte del Espíritu. *Entre sus libros, cabe mencionar:* España no es una cáscara, *Barcelona, 2000, y,* La liberté et sa détresse, *Bruselas, 1994.*

Pensar la ecología más allá de la modernidad

José Javier Esparza

La preocupación ecológica se ha convertido en uno de los grandes asuntos de nuestro tiempo. Esta «sensibilidad verde» no es algo gratuito ni una moda efímera: responde a la constatación de un extraordinario deterioro de la naturaleza. De ahí nacen tanto los movimientos ecologistas como las políticas medioambientales de nuestros gobiernos. Pero la crisis de la naturaleza debe también tener sus efectos en nuestra concepción del mundo, en nuestra manera de entender la vida y la posición *natural* del hombre. Eso exige una crítica general de la modernidad que ni los «verdes» al uso ni los gobiernos están en condiciones de afrontar. Y sin embargo, el verdadero reto es ese: si la modernidad ha provocado la crisis de la naturaleza, habrá que pensar la naturaleza *más allá* de la modernidad.

Podemos discutir las consecuencias reales del «efecto invernadero», la verosimilitud literal del «calentamiento global» o las dimensiones exactas del agujero polar en la capa de ozono. También podemos poner en cuestión la conveniencia de tales o cuales políticas ecológicas y la viabilidad de ciertas energías alternativas. Lo que parece indiscutible, en todo caso, es que el deterioro de la naturaleza ha alcanzado un punto extremo. Eso lo constatarán por igual el agricultor que observa el comportamiento rutinario de la naturaleza, el ciudadano urbano que cotidianamente afronta la contaminación o el especialista que mide las variables de la atmósfera y sus movimientos. Sin duda existe una «histeria verde» que conduce a adoptar posiciones extremas, frecuentemente descabelladas, pero eso no debería ocultar lo esencial: hoy el equilibrio natural es más frágil que nunca. Lo cual amenaza nuestra supervivencia como especie, pues la vida humana no podría continuar en un planeta cuyo equilibrio se haya alterado.

El origen de la crisis ecológica

Esta fragilidad no es un fenómeno fatal, un accidente, un azar del destino. Al contrario, ha sido el producto directo de una manera de *estar* en el mundo, de organizar la vida individual y colectiva, la cual deriva a su vez de una manera de *entender* el mundo, de una filosofía. Podemos resumir esta filosofía en un axioma: el hombre es el centro del universo y la naturaleza está puesta a su disposición como un instrumento, como una herramienta para su felicidad. Este axioma ha configurado el centro de la visión moderna del mundo, que otorgó al hombre el protagonismo absoluto en la Historia natural. El humanismo, que pasa por ser la glorificación de la libertad individual, de la conciencia del sujeto, es también una condena expresa de la naturaleza, convertida en esclava del hombre ensalzado. Se trata de un tópico que encontramos claramente en los primeros filósofos modernos, en **Descartes** y en **Bacon**, y que pasará intacto a la Ilustración: la realiza-

ción de las esperanzas humanas gravita sobre el conocimiento, el cual exige dominar la naturaleza, someterla, venciendo la coacción de los elementos. Tal centralidad humana, con la consiguiente devaluación de la naturaleza, será desplegada por todas las filosofías de la modernidad. La explotación instrumental de la naturaleza es una consecuencia directa y exclusiva del pensamiento moderno.

Hay una cierta polémica doctrinal en torno al origen de esta devaluación de la naturaleza: ¿Cómo y por qué se produjo? **Lynn White**, en un célebre texto, remontó el fenómeno a la visión del mundo propagada en el ámbito judeocristiano. Partió de una constatación elemental: el desarrollo tecnológico a costa de la naturaleza se produce inicialmente en el occidente europeo cristiano. Y de ahí White dedujo —brillantemente, por cierto— que las raíces de la crisis ecológica eran claramente religiosas. Es la *Biblia* la primera que proclama la sujeción de la naturaleza, su sumisión a un hombre que recibe de Dios mismo el encargo de crecer y multiplicarse. Cuando Descartes —un católico— divida la existencia en *res cogitans* y *res extensa,* espiritual y divina la primera, material y por tanto dominable la segunda, no hará sino formalizar la división de los órdenes de conocimiento prescrita en el *Deuteronomio* y el *Levítico*. Los pueblos precristianos, en Europa y fuera de ella, aún consideraban la naturaleza como preñada de sacralidad, divina en sí misma, lo cual se traducía en ritos que hasta hace poco han perdurado. El cristianismo, por el contrario, priva a la dimensión natural de cualquier rasgo santo.

A la tesis de White cabe oponer —el propio autor lo hace— argumentos de matiz: en el cristianismo, desde San **Agustín** hasta San **Francisco de Asís**, hallamos también una mirada atenta y amorosa a la naturaleza, la mirada que se dispensa a los dones de Dios. Inversamente, en el mundo precistiano hallamos claros ejemplos de actuaciones agresivas contra el medio natural, como aquel conocido episodio en el que los antiguos griegos, para proteger a sus rebaños, emprendieron el exterminio masivo de los depredadores naturales de las cabras (lo cual, por cierto, se saldó con una calamitosa sobreabundancia caprina). Sin embargo, se impone la evidencia de que la técnica moderna sólo se desarrolla originalmente en el occidente cristiano; que ello se produce muy temprano, desde la alta edad media, con instrumentos como nuevos arados tan eficaces como destructores; que esto ocurre en un medio donde ha crecido la convicción de que la naturaleza ha sido puesta a disposición del hombre por el mismo Dios; que a partir de aquí, en fin, el occidente cristiano —y ningún otro escenario— conoce un desarrollo tecnológico extraordinario y, a la par, una vertiginosa destrucción de la naturaleza.

Lo que desatará la libre veda sobre el medio natural es la secularización de estas convicciones de origen religioso, la traducción en términos materiales —materialistas— de aquella vieja prescripción divina. En la operación hay una diferencia decisiva de aliento. El hombre antiguo de matriz bíblica posee el encargo de dominar la naturaleza para sobrevivir: este don divino le alivia la pesada carga de la coacción natural —para mayor gloria de Dios. Pero el hombre moderno deriva del legado divino una responsabilidad que interpreta conscientemente como dominio, señorío, lo cual le inviste de

La historia de la modernidad vista desde la naturaleza: un largo cautiverio de dolor.

una libertad nueva. El hombre moderno siente su capacidad de dominación como una posibilidad de *emancipación.* A partir de ese momento, la dominación (técnica) y la emancipación (individual) van a caminar juntas como las caras de una misma moneda —la modernidad. Todos los grandes movimientos de la conciencia moderna pueden interpretarse como avances hacia la emancipación individual, según vio Hegel: la Reforma protestante afirma la conciencia individual ante Dios, la Ilustración afirma la conciencia individual ante el conocimiento, la Revolución afirmará la conciencia individual ante el poder. A lo largo de este proceso hay un solo protagonista: el Yo moderno. Cada nueva afirmación se ejecuta a costa de todo cuanto ate al individuo, incluido el medio natural. En la conciencia moderna, cada movimiento en pos de la libertad exige un acto de dominación material, técnica. Y, de hecho, ese periodo, desde el siglo XVI hasta nuestros días, conocerá simultáneamente la mayor acumulación de progreso técnico en la historia humana y el mayor deterioro de la naturaleza en la historia del planeta. Esa es la historia de nuestras vidas.

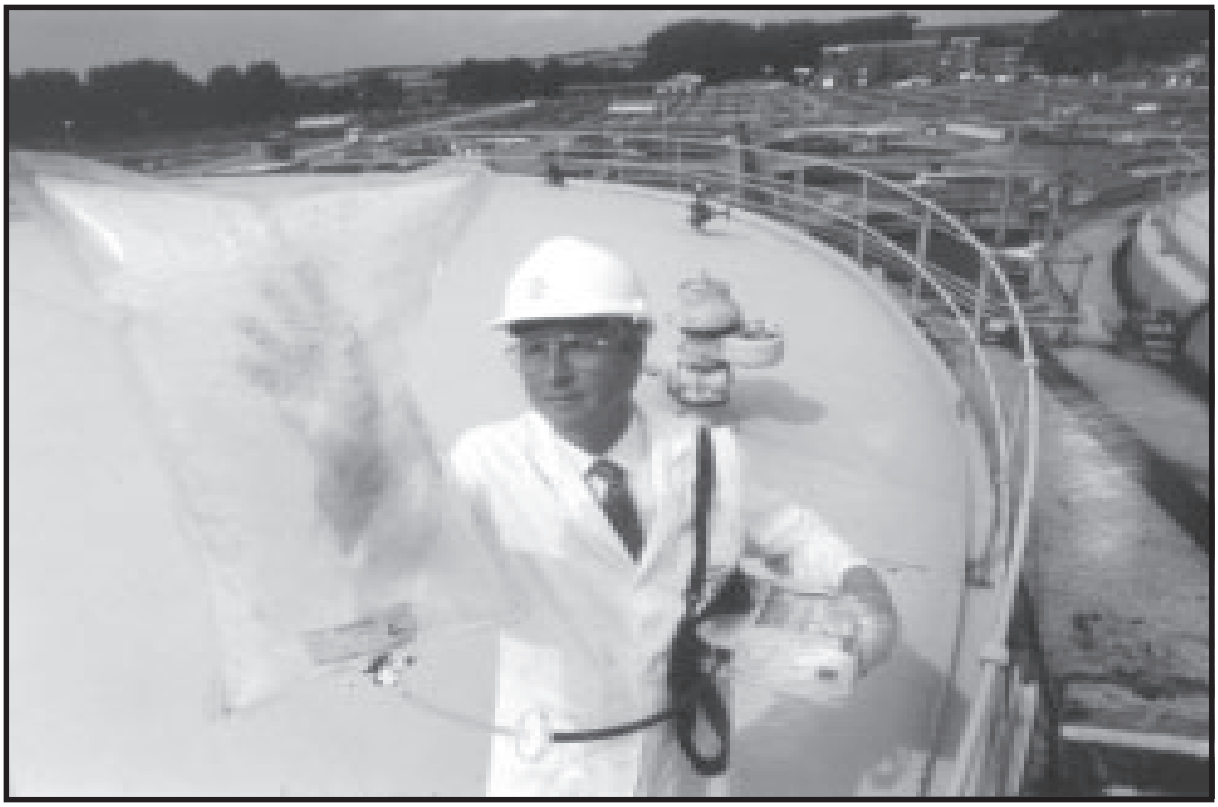
Por qué hay que ser (moderadamente) ecologista

Si escribiéramos la historia de la modernidad no desde el punto de vista de los hombres, las naciones o las clases sociales, sino desde el punto de vista de la naturaleza, esa historia podría escribirse como la de un largo cautiverio donde cada nuevo periodo ha representado un aumento de la explotación y la servidumbre, una intensificación del dolor. El suplicio alcanzaría sus más rudas expresiones en el siglo XX, y ello a través de dos hallazgos científicos fundamentales. El primero es la descripción del átomo y la capacidad técnica para su fisión, que alumbra por primera vez la posibilidad de una destrucción universal, absoluta; el conocimiento del último secreto de la materia viene acompañado por la amenaza expresa de la aniquilación total. El segundo gran hallazgo es la composición del código genético y la capacidad técnica para su manipulación, que paralelamente alumbra por vez primera la posibilidad de rectificar la vida, de variar sus leyes; el conocimiento del último secreto de la vida viene acompañado por la amenaza expresa de su violación, de su explotación.

Sin dejar de escribir desde el punto de vista de la naturaleza, estos dos grandes hallazgos, que describen la cualidad del siglo XX con mayor expresividad que los viajes al espacio, representan necesariamente el final de un proceso —del proceso moderno. Cuando el dominio de la materia llega hasta el punto en que el conocimiento abre la puerta a la destrucción definitiva, entonces no hay más remedio que detenerse —detenerse justo al borde del último abismo, que es el miedo generalizado a una catástrofe irrecuperable. Y cuando el dominio de la vida

llega hasta el punto en que es posible producirla técnicamente, orientarla de manera consciente, rectificar sus reglas, entonces no hay más opción que pararse y mirar alrededor —pararse precisamente allá donde todo es posible, porque ahí surgen las grandes preguntas sobre lo que *debe estar vetado.* Ambos episodios significan lo mismo: el trayecto se detiene porque crece exponencialmente la sospecha de que un paso más allá sería fatal. Y esta vez la fatalidad no afectaría sólo a los bosques, los ríos o los campos, sino a la supervivencia misma de la humanidad sobre el planeta. El camino de la dominación en nombre de la emancipación, que es el camino de la modernidad, ha conducido a un lugar donde todo nuevo gesto de dominio revertiría ya no en libertad, sino en esclavitud y muerte. Por eso la pregunta acerca de las condiciones de supervivencia de la humanidad se convierte en un elemento central de nuestro tiempo; por eso nuestro tiempo necesita reconsiderar la posición del hombre respecto a la naturaleza.

La preocupación ecológica nace, pues, de circunstancias materiales, concretas, fácilmente reconocibles, que llevan a reformular la pregunta sobre la posición del hombre en el mundo. La vieja respuesta, aquella que nos señalaba como amos y señores, ya fuera en nombre Dios, ya en nombre de nuestra libertad, ha dejado de tener valor de *verdad.* Ahora ya sabemos que no podemos seguir siendo amos y señores, so riesgo de perecer. Entonces la vista se dirige hacia aquellos que, en otro tiempo, trataron de ofrecer una respuesta distinta. La Ecología, como disciplina científica, nació a finales del siglo XIX por obra del alemán **Haeckel**. Su principal aportación fue considerar la naturaleza como un sistema vivo y complejo que se sostenía sobre una densa red de relaciones en su interior. Esto puede parecernos hoy una verdad demasiado obvia; sin embargo, en su momento no lo era, y menos lo era aún entender que el hombre forma parte de ese sistema natural, que el papel del hombre ante la naturaleza es inseparable de la naturaleza misma. De aquella percepción se dedujo en el plano social y cultural, de manera más o menos inmediata, una actitud nueva ante la naturaleza, una percepción ya no *señorial,* sino más bien *fraternal* de la posición del hombre en el mundo vivo. De aquí nacerán, especialmente en el entorno de los movimientos conservadores, pero no sólo en ellos, las corrientes del amor a la vida natural, del retorno a la tierra, del naturismo, de la educación al aire libre… Maneras de vivir —o de sentir la vida— que en su momento significaron una completa ruptura con los patrones de la vida industrial y que resurgirían medio siglo después, frecuentemente convertidas en moda, al calor de la preocupación ecológica.



Lo más relevante de la ecología científica fue que abrió la puerta a una manera diferente de pensar la existencia humana. Ante todo, la nueva perspectiva venía a rectificar el humanismo. No en el sentido de un sobrehumanismo al estilo nietzscheano ni de un materialismo al estilo marxista, sino, más bien, en el sentido de una sumisión del hombre a las leyes de la naturaleza, que era lo mismo que circulaba ya en el pensamiento contemporáneo desde que **Darwin** apeó al *homo sapiens* del pedestal de cenit de la Creación. No es en absoluto caprichoso que esta rectificación del humanismo viniera a desembocar, a través de exploraciones como la de **Heidegger**, en un distanciamiento de la Ilustración y sus luces cegadoras, metáfora sustituida por la claridad mucho más tenue de un claro de bosque. Esa actitud implica una resignación, una aceptación de la naturaleza como algo dotado de entidad propia, que exige del hombre una reflexión sobre sus límites. Puede defenderse que en eso pensaban **Adorno** y **Horkheimer** cuando escribieron que todo intento por vencer a la coacción natural se resolvía inevitablemente en un aumento de la coacción natural. Frase que pierde todo carácter enigmático si pensamos en las boinas de contaminación que envuelven a las ciudades a causa de esa calefacción con la que contrarrestamos el rigor del invierno: la resistencia a la coacción natural genera otro tipo de coacciones naturales. Por supuesto, lo trágico es que, pese a todo, no tenemos más remedio que combatir la coacción natural para sobrevivir. En esta figura puede resumirse la condición del hombre contemporáneo.

Cómo pensar la relación hombre-naturaleza

El camino que hemos trazado hasta aquí tiene por objeto fundamentar una posición, sentar un punto de partida, a saber: hoy no es posible pensar el mundo sin conceder un lugar preeminente a la cuestión ecológica. Esto no se debe sólo a las eventuales alarmas sobre el deterioro natural (¿acaso si tales alarmas cesaran volveríamos al punto de partida?), sino, sobre todo, a la constatación de que la modernidad, a través de la energía atómica y de la ingeniería genética, ha llegado ya a las últimas fronteras del dominio de la naturaleza. Lo que ahora cabría esperar es que el pensamiento, levantando acta de este punto del camino, sea capaz de imaginar formas nuevas de vivir con la naturaleza; formas que pudieran traducirse en políticas en el sentido más amplio del término. Y este es precisamente el momento en que ahora nos encontramos, al menos en las sociedades

más desarrolladas del mundo —las mismas sociedades que en su día abrieron el proceso dominador de la modernidad.

¿Cómo afecta todo esto al pensamiento, a la manera de entender el mundo y de entendernos a nosotros mismos? La preocupación por la naturaleza es prácticamente unánime en nuestro tiempo. No hay discurso público que no haya hecho un lugar para la atención al «medio ambiente», al imperativo ecológico. Los intentos por devolver la naturaleza a un lugar expresamente subordinado, inferior en términos de *valor,* se reducen a unos pocos ejercicios neoilustrados que reivindican —quizás un tanto precipitadamente— la memoria de **Descartes** a título de fundador del mito del hombre como rey de la creación. A esos ejercicios no les falta solidez intelectual, pero olvidan algo decisivo, a saber: que ese hombre rey, a lo largo del siglo XX, se ha manifestado como un déspota, como un tirano insaciable y cruel que, en pos de su ambición, «ha convertido todo lo vivo en una gigantesca gasolinera», como decía **Heidegger**. Lo decisivo es precisamente esto: ya no es posible seguir dentro de los moldes del humanismo, del antropocentrismo.

El verdadero reto intelectual debería consistir en llegar a enfocar el lugar de la naturaleza desde una comprensión global del problema, es decir, una perspectiva que nos permita pensar simultáneamente el orden natural, la posición del hombre en ese orden y la relación entre naturaleza y técnica. En ese marco, la expresión «pensar simultáneamente» significa ante todo una cosa: ser capaces de mantener un equilibrio entre el destino del hombre y el destino de la naturaleza, concebir ese destino como una misma cosa. Pero nuestras categorías mentales parecen poco aptas para operar esa simultaneidad. De hecho, dentro del propio pensamiento ecologista se advierte una clara dificultad para conseguirlo. Y lo que encontramos es, más bien, una dualidad de corrientes contrapuestas: unas, de tipo conservacionista, siguen atadas al modelo antropocéntrico; otras, al contrario, dan en un modelo naturocéntrico que subraya el valor intrínseco de la naturaleza, pero con ello obliteran deliberadamente un factor humano que, sin embargo, es fundamental, porque es ontológicamente imposible pensar al margen de nuestra propia humanidad.

Ya no es posible seguir dentro de los moldes del humanismo, del antropocentrismo.

En efecto, en el interior del pensamiento ecológico, las perspectivas de carácter conservacionista pecan de un exceso de antropocentrismo, es decir, se mantienen demasia-

do vinculadas a una visión de las cosas donde el hombre ocupa un lugar central. El objetivo de hacer durar los recursos naturales, proteger la biodiversidad y mantener las condiciones naturales de la vida humana es, sin duda, loable, y no cabe duda de que se trata de imperativos ineludibles. Pero si el lugar que destinamos a la naturaleza es el de «recurso», «entorno», «medio», entonces es porque de antemano hemos colocado al hombre en el centro: él es quien administra los recursos, quien cuida el entorno, quien gobierna el medio. Con lo cual, tácitamente, seguimos en el viejo esquema según el cual el objetivo racional del hombre es su propia supervivencia en cuanto especie, esquema en el que la supervivencia de la naturaleza sólo ocupa un lugar secundario, accesorio, instrumental, pues sigue viéndose como algo que está *a nuestra disposición.* La única diferencia respecto al antiguo modelo del hombre explotador reside en que, ahora, la explotación se ejecutará con más perspectiva de futuro, con más eficiencia (pues se atenderá al correcto mantenimiento del depósito), incluso con cariño (pues se aprenderá a mirar los dones naturales con aquella amable «solicitud» que predicaba San **Agustín**). Pero, puestos en una situación límite, en este planteamiento nadie dudará en señalar quién es prescindible: la naturaleza.

Cuando el conocimiento abre la puerta a la destrucción definitiva, toca detenerse al borde del último abismo.

La corriente contraria, dentro del mismo pensamiento ecologista, podría enunciarse así: el protagonista es el mundo natural en sí mismo y el hombre no es sino una especie más en el conjunto de lo vivo. Ahora bien, este enfoque peca de una errónea interpretación antropológica, es decir, no calibra bien la verdadera posición del hombre en el cosmos. Porque es verdad, efectivamente, que somos una especie más, pero igualmente somos la única especie que ha desarrollado una civilización, una cobertura técnica que forma parte de nuestra propia naturaleza, hasta el punto de que podríamos decir, con **Gehlen**, que la naturaleza del hombre es la cultura, y ello hasta el extremo de que *pensamos* la naturaleza. Concebir lo humano como una dimensión integrada en el devenir natural es un buen punto de partida para

tomar conciencia de quiénes somos y dónde estamos y, en consecuencia, para relativizar esa centralidad de lo humano que la tradición moderna nos ha legado, para desplazar al hombre de su trono. Pero no es posible obliterar el hecho de que el camino del hombre sobre la Tierra se ha construido contra las constricciones naturales, frente a ellas; como una anti-naturaleza que, en realidad, es la expresión misma de la naturaleza humana. Es obvio que la naturaleza existe por sí misma, con independencia del hombre: existió antes de que hubiera hombres y, salvo catástrofe cósmica, seguirá existiendo cuando todos nos hayamos marchado de aquí. Pero la naturaleza, que tiene existencia propia, al entrar en contacto con el hombre adquiere una cualidad distinta: pasa a representar algo, a significar algo; viene a poseer un sentido espiritual, intelectivo, distinto a su existencia biológica y física. Y ninguna mirada humana, por definición, puede prescindir de esa dimensión antropológica de la comprensión de la naturaleza, ninguna puede actuar

como si el hombre no determinara a la naturaleza. Por eso la mirada exclusivamente naturalista termina siendo, inevitablemente, una fábrica de error.

Puestos uno junto a otro, ambos desarrollos teóricos, el conservacionista y el naturalista, se muestran como contradictorios en su misma base. El primero parte de un esquema antropocéntrico; el segundo otorga la centralidad a la naturaleza. No es posible hallar un punto medio, un lugar de encuentro entre ambas perspectivas: centro no hay más que uno. O entendemos nuestra vida como despliegue —tan armonioso como sea posible— del hombre sobre el mundo, o la entendemos como un episodio más —tan relevante como se quiera— del gran libro de la historia natural. No se puede ser un poquito antropocéntrico y un poquito naturocéntrico.

La insuficiencia de los «verdes»

Todo esto tiene consecuencias en el plano inmediatamente político, que es el plano de las decisiones concretas sobre la vida en común. Esas consecuencias se traducen, esencialmente, en una cierta incapacidad para desarrollar unos planteamientos ecologistas que realmente superen el problema moderno, que es el antropocentrismo. Por ejemplo, hace muchos años que instituciones tan poco subversivas como el Club de Roma dieron el primer aviso sobre la fragilidad del desarrollo. Otras muchas voces le han seguido, empezando por la ONU. Pero, curiosamente, sus trabajos siempre han apuntado a lo mismo: no a rectificar el funcionamiento general del sistema, sino a reajustar aquellos aspectos poco funcionales con el único objetivo de que el sistema del desarrollo siga adelante.

Ahora ya sabemos que no podemos seguir siendo amos y señores, so riesgo de perecer.

El problema de base es precisamente ese: la incapacidad para pensar la existencia humana sobre la Tierra en términos distintos a los del desarrollo, es decir, en términos no económicos. La gran apuesta sería justamente esa: ser capaces de pensar al margen de las categorías económicas o, más precisamente, integrándolas en una visión superadora. En el fondo, los neoliberales no se equivocan cuando optan por una refutación general y de principio de cualquier perspectiva ecológica: ellos saben perfectamente que asumir el punto de vista ecologista implica renunciar al cogollo mismo de la doctrina neoliberal, a saber, la definición del individuo como ser que busca en todo momento su mejor interés utilitario.

Ahora bien, el movimiento «verde», tal y como se va desplegando en las sociedades occidentales, parece igualmente lejos de construir una alternativa real. Los partidos verdes suelen adolecer de una cierta incoherencia de fondo. Por ejemplo, es contradictorio llevar el respeto de los ciclos naturales hasta el extremo de vetar el trazado de una autopista porque cruza una zona de nidificación de mariposas (caso reciente en España) y, al mismo tiempo, defender rupturas tan radicales de esos mismos ciclos como el aborto, o callar ante la no menos contranatura acumulación de embriones humanos congelados en clínicas. Salvo que se piense que las mariposas son *más naturaleza* que los humanos, lo cual, evidentemente, sería una estupidez. Este tipo de contradicciones daña seriamente la credibilidad de los verdes: tiñe con un toque grotesco algunas de sus reivindicaciones y, simultáneamente, transmite la impresión de que también los verdes permanecen atados a ese modo de pensamiento, tan moderno, que consiste en ver el mundo la gasolinera de **Heidegger**.

La frecuente incoherencia de los verdes se debe a que, en general, no han llevado la crítica de la modernidad hasta el grado de profundidad preciso. Han centrado su crítica en aspectos concretos del modo de vida industrial y del sistema económico que le es inherente, y muchas veces han dado en el clavo con sus denuncias, pero han permanecido en la periferia del problema. Porque el verdadero problema no es que el capitalismo industrial destruya la naturaleza —el comunismo industrial la destruía en igual o mayor medida—, sino que la destrucción de la naturaleza es la consecuencia inevitable de aquella filosofía que erigía al hombre en dueño y señor de la Creación. Los movimientos verdes muy rara vez osan dar este paso: la crítica de aquel humanismo que, bajo la forma de individualismo, es causa última de la crisis ecológica.

Con todo, no faltan hoy marcos de pensamiento que permiten alentar una superación de estas insuficiencias. Lo que se va viendo surgir es la consideración de la vida natural como un todo donde el hombre desempeña un papel único y específico. Ese papel es dual: por un lado, el hombre es una parte del todo; por otro, el hombre es al mismo tiempo el sostén de ese orden global, su guardián, pues sólo él está en condiciones de *pensarlo.* En ese sentido caminan posiciones como la de **Michel Serres** y su «carta de los derechos de la Tierra»: el inevitable protagonismo es del hombre, pues él define tales derechos; pero el titular de los derechos es la Tierra, que queda así revestida de una nueva dignidad. Quizá por aquí lleguemos a encontrar una solución satisfactoria para uno de los problemas cruciales de nuestro tiempo.■

José Javier Esparza

Periodista, ensayista y novelista. Fue director de la revista Hespérides. *Ha publicado la novela* El final de los tiempos. *Entre sus ensayos caben destacar:* Ejercicios de vértigo, Curso general de disidencia e Informe sobre la televisión: el invento del Maligno.

Donde se muestran —sin comentarios…— diversas y hasta hilarantes manifestaciones de la estupidez y los desmanes contemporáneos

El Príncipe Carlos medita confiar la Sanidad a la medicina alternativa

Ahorro millonario

El heredero de la Corona inglesa ha encargado un estudio para cuantificar cuál sería el ahorro y los beneficios que la medicina alternativa podría reportar a la Sanidad británica.

En lugar de recetar unas pastillas, recomendar un paseo diario. O realizar terapias de recuperación antes que tomar analgésicos para combatir el dolor de espalda. Esa es la idea de **Carlos de Inglaterra** para mejorar la salud de sus súbditos y de paso sanear las cuentas de la Sanidad pública británica.

El Príncipe de Gales, al parecer muy interesado últimamente en la medicina no convencional, ha encargado a un experto en economía un estudio acerca de cuál sería el impacto del uso de este tipo de «remedios» frente al talonario de recetas habitual de los galenos.

Los primeros guarismos que ha arrojado este estudio ya han comenzado a convencer al hijo de la reina **Isabel II**; y es que, según el borrador inicial presentado a Carlos de Inglaterra, la Sanidad de su país podría evitarse gastar entre 735 y 5.000 millones de euros anuales si pusiera en marcha este tipo de medidas curativas.

En cualquier caso, los resultados definitivos se esperan en el despacho del ministro de Sanidad para el mes de octubre. A partir de entonces sabremos si Carlos y el Gobierno que dirige **Tony Blair** se atreven a usar el bisturí contra el gasto farmacéutico; y, frente a la poderosa influencia de las empresas que fabrican y distribuyen los medicamentos, (introducen de forma decisiva y por sus fueros) esta otra medicina alternativa.

El Semanal Digital. 25-8-2005

Ecología profunda
El caso del perro Verbaux

Antonio Ruiz Vega

¿Son los animales acreedores de derechos igual que los seres humanos? En Francia, hace 600 años, tuvo lugar en la ciudad de Chien de Montargis un juicio excepcional. A diferencia de cualquier otro juicio, en éste se citaba a un testigo de excepción. Se trataba del perro Verboux; estaba allí como acusador contra el asesino de su amo. He aquí la historia de cómo un animal reclamó justicia y fue escuchado en el tribunal de los hombres.

La llamada *ecología profunda* viene a consistir, según la define **Luc Ferry**, en la consideración como objeto de derecho de animales, plantas e incluso minerales. En su interesante libro Ferry se refiere a algunos casos que son claros precedentes de este ecologismo radical presente en nuestros días en los postulados de numerosos grupos ecófilos.[1]

Es curioso que los ecologistas profundos del pasado vengan a ser instituciones que pocos asociarían a primera vista con la imagen pública de las actuales reivindicaciones ecologistas. Por ejemplo la Iglesia de Roma o el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán...[2]

Ferry saca a la luz algunos procesos judiciales bastante hilarantes supervisados por la Iglesia en los cuáles determinadas ciudades-estado no tuvieron más remedio que pleitear —con abogados— contra enjambres de avispas, invasiones de comejenes o plagas de ratones... Hoy podemos reírnos cuanto queramos, pero en aquel tiempo la cuestión —por lo visto— tenía muy poca gracia. Ni que decir tiene que ninguna medida drástica podía tomarse contra los invasores sin disponer antes de una sentencia en firme. Y éstas, en ocasiones, eran tan surrealistas que decretaban —por ejemplo— el cariñoso traslado de las plagas y no su eliminación…

En cuanto al Partido Nazi, el corpus legal proteccionista al que Ferry pasa revista es impresionante y se extiende sobre especies animales y vegetales hasta unos niveles no alcanzados, ni de lejos, en nuestros días en país alguno. La idea de relacionar a personajes de ideología hitleriana con los ecologistas actuales puede parecer bizarra, pero sería muy difícil achacar tal preocupación medioambiental nazi a una pura campaña de imagen.

El derecho de la Naturaleza

Luc Ferry detecta que la diferencia fundamental entre la ecología a secas y la Ecología Profunda radica en quién constituye en cada caso el sujeto de Derecho. La primera considera que el sujeto es el hombre y que sólo por extensión deben ser objeto de protección otras especies, por cuanto constituyen una fuente de bienestar para el mismo. Este ecologismo puede llegar —en teoría— tan lejos como queramos imaginar, pues el bienestar del hombre —bien entendido— necesita un entorno no sólo

1. Por pura corrección lingüística creo que este término define mejor lo que en realidad son la mayoría de los llamados *ecologistas*. Es decir, amantes de la naturaleza y sus defensores, pero no necesaria ni exclusivamente doctos en la materia, lo que sugiere el *logos*. La ecología, *stricto senso*, es una ciencia, no una tendencia social.

2. Véase mi *La ecología en el Tercer Reich*, publicado en la extinta revista *Próximo Milenio*.

limpio, sino probablemente salvaje. Por esa vía de razonamiento podemos llegar a la conclusión de que el hombre, por su propio beneficio, quizá debiera de abstenerse de entrar en contacto con la mayor parte de su entorno natural...

En cuanto al ecologismo profundo, éste toma por sujeto de Derecho a la Naturaleza. Es decir, le otorga un status similar al del hombre, con lo que entramos en un cierto bucle mental irresoluble. Me explicaré. Si el hombre no es el único sujeto de Derecho, pero sí el único garante de los derechos de animales, vegetales o minerales, que, por sí mismos, son incapaces de defenderse y aun de argumentar a su favor, tendrá en ocasiones que tomar decisiones en contra de sus intereses inmediatos.[3] Como quiera que resulta dudoso que lo haga voluntariamente, sólo alguna forma de gobierno autoritario podrá imponer lo que visto, con los ojos de lo inmediato, resulta una arbitrariedad. Y eso por no entrar en el planteamiento de casos extremos. Por ejemplo, en casos de conflicto de intereses ¿quién debe primar? Y piénsese que, tomados globalmente, los intereses de los productores o trabajadores industriales son casi por definición opuestos a los de la Naturaleza. Podemos incluso llegar más lejos y sopesar qué supondría el elegir entre la destrucción de cierta extensión de flora o de cierto número de fauna surtida y la vida de uno o más hombres...

Pero, en fin, no vamos ahora a elucidar ni una sola de las cuestiones que hemos planteado, aunque sí a exponer un episodio poco conocido, al menos en España, y que representa un caso de manual de Ecología Profunda.

El ecologismo profundo considera sujeto de Derecho a la propia Naturaleza con todas sus especies.

El suceso de Chien de Montargis

Me refiero al llamado Chien de Montargis, una curiosa peripecia que parece sacada de la leyenda y de la que, en el pasado, se ocupó —entre otros— **Julius Scaliger** o el mismo **Montaigne.**[4]

Este caso que brevemente relatamos acaece en el último tercio del siglo XIV (1371) en la ciudad francesa de Montargis, cercana a París.

3. Aunque, probablemente, no de los futuros, a poco que tengamos alguna capacidad de prospectiva.

4. René Charles Guilbert, más conocido como *Pixerecourt,* dramaturgo francés (1773-1884), uno de los casos más sorprendentes de producción literaria (con permiso de nuestro Lope de Vega), y autor de unas 120 obras que alcanzaron —durante su vida— más de ¡30.000! representaciones, dedicó una de ellas (1814) a nuestra historia.

Allí vive el caballero **Aubry de Montdidier**, arquero de la corte de **Carlos V** de Francia. Su figura es inseparable de un perro de caza que responde (literalmente) al nombre de Verbaux. En la carrera cortesana de **Aubry** se cruza de pronto otro caballero llamado **Macaire**, que aspira también al favor del monarca. Su rivalidad crece pronto hasta hacerse insoportable, y una noche Macaire espera a Aubry de Montdidier en su cotidiano paseo por el bosque de Bondy y le apuñala hasta la muerte. El perro de la víctima, Verbaux, sólo llega a tiempo de presenciar la huida de Macaire...

El animal, aullando, recorre las calles… y logra que le sigan hasta el cadáver de su amo y amigo.

El animal, tras pasar la noche custodiando el cadáver de su amo y amigo, y aullar lúgubremente a la muerte, recorre las calles de Montargis reclamando la atención de los viandantes y consiguiendo que alguien le siga hasta el cadáver del caballero de Montdidier.

A partir de entonces, cada vez que Macaire se cruza con el perro Verbaux tenía que huir ante sus ataques, que sólo cejan cuando el caballero entra en algún edificio.

Tanto se repitieron estos hechos y tanto se hizo lenguas el pueblo de tan extraño comportamiento que la especie llegó a oídos del monarca. Al fin y al cabo Montargis está muy cerca de París. Como quiera que pese a las encuestas encargadas por el monarca nada se había podido averiguar sobre el fin de **Aubry**,[5] se le ocurrió celebrar al rey un careo entre **Macaire** —ya por aquellas fechas plenamente un sospechoso— y el perro. El enfrentamiento entre ambos debió ser tan elocuente que **Carlos V** quedó convencido de la culpabilidad de Macaire. En uso de sus atribuciones como monarca absoluto decidió solucionar el enigma recurriendo a una ordalía o Juicio de Dios, todavía vigente por aquel entonces.

El Juicio de Dios

Como es sabido, esta ceremonia, de origen indoeuropeo, consiste en someter al sospechoso a una prueba que garantice su inocencia. A veces debía enfrentarse con retos individuales como caminar por una plancha de hierro al rojo o introducir una extremidad en un recipiente con agua hirviendo, pero lo más común es que el reo tuviera que luchar contra su acusador. Este último fue el tipo de prueba que el rey eligió, debiendo por consiguiente servir o bien para confirmar sus sospechas o bien para exonerar en definitiva a **Macaire**. Incidentalmente, hay que suponer que el rey tuviera un interés personal en terminar con una situación —la de los encuentros airados entre perro y caballero— que tenía soliviantado a la gente, y a la par que arrojaba las más oscuras sombras sobre la diligencia y efectividad de la justicia real...

Unos dicen que el duelo tuvo lugar en el mismo Montargis y otros que en el cercano París, en la llamada Ile de Notre Dame. En cualquier caso hay que pensar en un recinto —probablemente circular— rodeado de una empalizada de madera y con gradas o estrados para el público. Así, al menos, lo suelen representar las pocas representaciones gráficas que se conocen.

Al torneo, convocado con todos los rituales al uso, no sólo asistió el monarca y su corte sino las jerarquías de la clerecía y, cabe suponerlo, lo más granado del pueblo llano.

Por lo que sabemos, el acusado, Macaire, acudió sin armadura, aunque con un recio jubón de cuero y provisto de un grueso garrote. Para igualar en algo el combate, se dispuso de un tonel de madera abierto por ambos lados, donde **Verbaux** (el acusador de cuatro patas) pudiera refugiarse si las cosas venían excesivamente mal dadas para él. Los cronistas mantienen que el can no hizo uso de su burladero ni en una sola ocasión. Algunas versiones espurias (hay incluso ilustraciones al respecto) difun-

5. La lectura que se hacía de esta conducta —no hay que extrañarse— fue que Macaire había sido el asesino del amo de Verbaux.

den la idea de que Macaire fue enterrado hasta el plexo solar, en un intento de ponerle «a la altura» de su rival, pero esto parece pura leyenda y, como podrá verse, casi toda la imaginería disponible le representa de pie.

Comienza la prueba final

Tras algunas escaramuzas en las que el perro recibió una generosa tanda de palos, éste aprovechó un descuido de su rival e hizo presa en su cuello. A partir de ese momento **Macaire** no pudo hacer más que gemir e implorar el perdón real.

El público, ya predispuesto a favor del animal, se levantó enardecido y el rey concluyó que el Juicio de Dios había terminado. Antes de mandar que los jueces de campo liberaran a Macaire de las quijadas de su rival, le exigió que confesara su felonía, lo que no tuvo más remedio que hacer.

Las consecuencias de este Juicio de Dios fueron que **Macaire** fue desposeído de su condición de caballero y luego condenado a ser ahorcado, lo que sucedió meses después en Montfaucon...

Debemos considerar que el *affaire* del perro de Montargis no debía ser ni mucho menos familiar en su tiempo y lo fue mucho menos después. Sólo así se explica que su gesta fuera recogida en libros como el *Teatro de honor de la caballería,* escrito por **La Colombine** y resumido posteriormente por el padre benedictino **Bernardo de Montfaucon**, o el hecho de que se erigieran al menos dos estatuas en bronce de diferentes lugares de Francia representando la gesta. También se habla de unas pinturas conmemorativas que figuraron durante años en los muros de la casa consistorial de Montargis o de un lienzo obra de un autor italiano que estuvo colgado en el castillo de la localidad.

Conclusión

Lo que hizo el monarca francés fue elevar a la categoría de litigante a un animal que sobresalía por dos cosas: su inteligencia (que era consideraba proverbial en la comarca) y su exagerada intimidad con el caballero asesinado, **Aubry de Montdidier**. Por otra parte debió de pesar en su ánimo el desprestigio que suponía para las instituciones de gobierno una situación como la que hemos descrito, es decir, los frecuentes encuentros entre **Macaire** y Verboux... No es desdeñable tener en cuenta que existían precedentes en otorgar personalidad jurídica a formas de vida no racionales. La diferencia, en todo caso, consiste en que en estos casos anteriores (ratas, comejenes, plagas en general), los «acusados» eran defendidos por leguleyos profesionales mientras que en el caso del perro **Verboux** no sólo se tomó en consideración su mudo (aunque sonoro) testimonio, sino —lo que es más— se le permitió ejercer la más directa de la defensa de sus intereses. ■

Antonio Ruiz Vega

Escritor, periodista y fotógrafo. Entre sus libros podemos destacar: Soria Mágica, Diccionario de la España Mágica, *en colaboración con Fernando Sánchez Dragó,* Los hijos de Túbal, La Isla Suspendida, Numancia *y* Ultimas palabras de Catherine Eddowes, *con el que ha obtenido el Premio de Novela «Ciudad de Majadahonda, 2005.*

La vida y la Tierra

James Lovelock

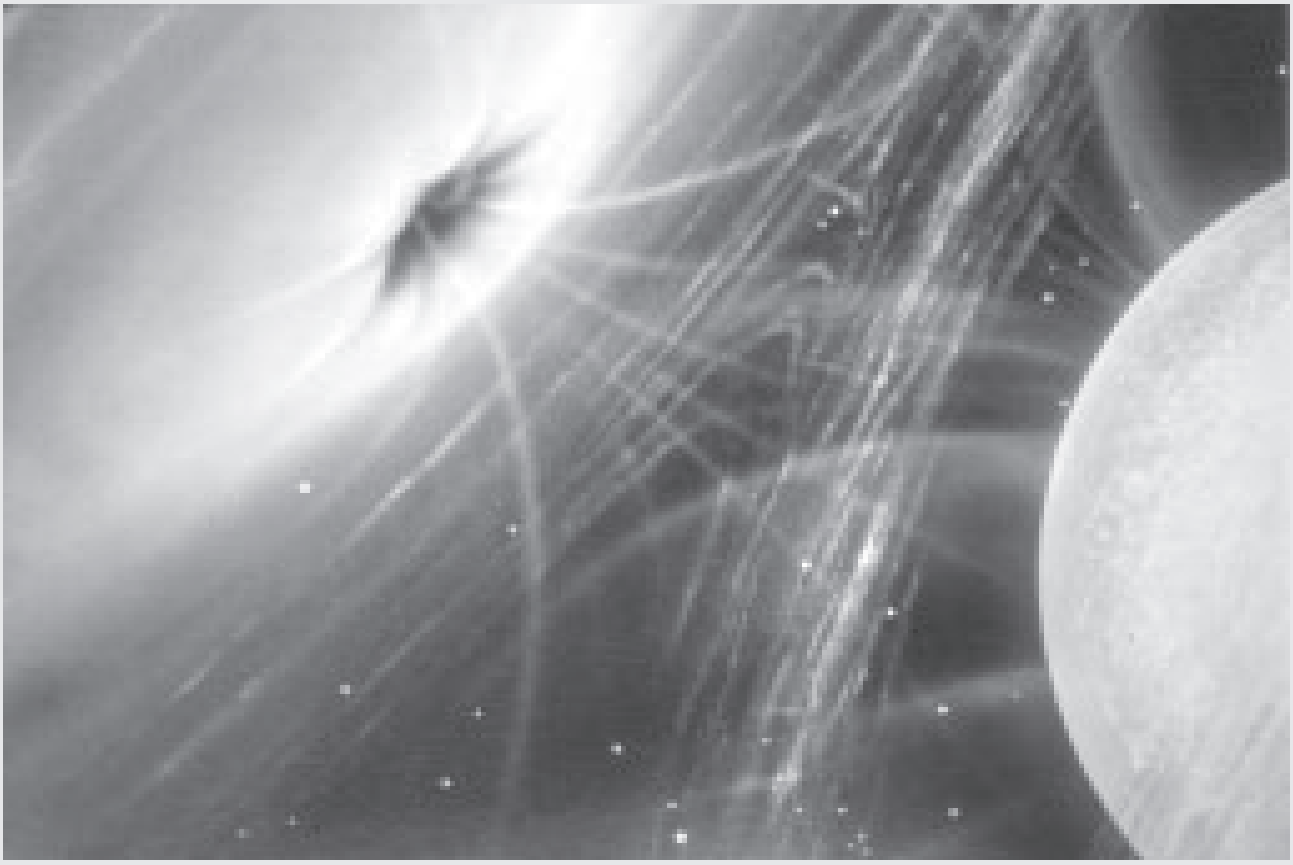
James Lovelock. Alegoría de la diosa griega Gaia (Gea).

«Frágil» es la palabra favorita de los ecologistas cuando se refieren a la salud de nuestro planeta, las acometidas aquejado por humana. No de la agresión razón, y todo les falta cierta que la vida se parece indicar nos cae a pedazos a nuestro alrededor y que se encuentra al borde de la destrucción; pero si aceptamos la hipótesis Gaia, tal y como Lovelock la formula, esta fragilidad no parece sino un riesgo infundado, una dramática exageración. Gaia, en efecto, es realmente fuerte, más de lo que suponemos. Tanto, que es capaz incluso de aguantar los «insultos» y los «zarpazos» que le propina el desmesurado desarrollo humano, y de ¡responder al ataque! adecuadamente.

Texto cedido para el presente número por gentileza de la Editorial Kairós, aparecido en el libro *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*, edición a cargo de W. I. Thompson, en la que aparecen aportaciones de J. Lovelock, G. Bateson, L. Margullis, H. Atlan, S. Varela, H. Maturana, W. I. Thompson, H. Henderson y J. Todd. Barcelona, 1989.

La Tierra está amenazada, pero es fuerte

El planeta a la luz de la hipótesis Gaia



Durante su desarrollo como hipótesis, *Gaia* no ha sido observada, aunque tampoco ha sido criticada, por la comunidad científica. Los geoquímicos han preferido creer que, mientras algunos cambios en la Tierra se pueden atribuir a la biosfera, dichos cambios son pasivos y de ningún modo constituyen una regulación. Hasta el momento, la única crítica ha sido la de los biólogos moleculares, expresada más claramente por **Ford Doolittle**, quien mantiene que no existe ningún procedimiento a través del cual la selección natural darwiniana pueda llevar a una entidad casi inmortal como *Gaia*. Los genes egoístas nunca podrían formar una asociación tan altruísta. Tomamos esta crítica muy en serio, pero no estamos de acuerdo, como mínimo porque se basa en la falsa suposición de que la evolución de adaptación ocurre independientemente del entorno en que ocurra esta adaptación. De hecho, cada paso evolutivo de un componente de la biosfera tiene la capacidad de cambiar el entorno. A veces, como por ejemplo con la primera aparición de oxigeno atmosférico, el cambio es realmente drástico. Cuando la formacion de una nueva especie cambia, la adaptación se impone en muchas otras, y por lo tanto, el cambio continúa.

Tal proceso es familiar para los matemáticos que utilizan métodos numéricos. Es el de la reiteración, en el que una secuencia de conjeturas converge en la verdad inalcanzable. La mayoría de las veces, tales procesos llevan a la minimización del cambio y a una estabilidad nueva.

Éstas, por lo tanto, son algunas de las pruebas y críticas de *Gaia*. Aunque las presentase todas, sólo corroboraría su existencia y no la demostraría. De todos modos, en la ciencia, normalmente es menos útil santificar una hipótesis que utilizarla como una especie de espejo para ver el mundo de un modo distinto. Entonces, supongamos por un momento que existe *Gaia*, y veamos cuales son las consecuencias de su presencia sobre nuestros intereses actuales.

Lo primero que se nos ocurre es el efecto del incremento en la cantidad de individuos de la especie humana, junto al de sus subordinados en forma de cultivos y ganado. Juntos consumimos una porción creciente de los recursos materiales totales de la Tierra. ¿Cuales son las consecuencias de esto con o sin *Gaia*?

Los ecologistas que creen que la composición y el clima de la Tierra son independientes de la biosfera, consideran que la vida es frágil y que corre peligro de destrucción. No estoy en desacuerdo; si la vida y su entorno evolucionasen independientemente, la vida seria frágil, ya que estaría a merced de cualquier cambio adverso.

Gracias a estar habitada, la Tierra llegó a ser lo que es. En resumen, la vida ha sido el medio, y no el fin, para el desarrollo de la Tierra.

La palabra «frágil» tiene un sonido extrañamente familiar. Se utilizaba ampliamente en los tiempos victorianos para describir a las mujeres, posiblemente para justificar la dominación masculina. Cada vez que un ecologista me dice que la vida de la Tierra es frágil, y que puede caerse a pedazos si, por ejemplo, la capa de ozono se agota ligeramente, pienso en mi abuela victoriana. Si aceptamos *Gaia*, al menos como razonamiento, esta fragilidad es una tontería. *Gaia*, al igual que las mujeres victorianas, es realmente muy fuerte. Al igual que ellas, tiene que serlo para poder aguantar los insultos.

Lo fuerte que es la vida o *Gaia* se demuestra con su supervivencia a pesar del impacto de, como mínimo, los treinta golpes mortales que ha recibido. Cada 100 millones de años, más o menos, un pequeño planeta de unas dos veces el tamaño del monte Everest, y que se mueve a sesenta veces la velocidad del sonido, nos golpea. La energía cinética de su movimiento es tan enorme que, si se dispersara de manera uniforme por toda la Tierra, sería equivalente a la detonación de treinta bombas atómicas del tamaño de la de Hiroshima por cada milla cuadrada. Afortunadamente, sus efectos están, hasta cierto punto, localizados.

Un impacto como éste hace 65 millones de años causó la extinción de más del 60% de todas las especies presentes en aquel entonces. Fue uno de los, como mínimo, treinta impactos parecidos que recibió desde el inicio de la vida, y algunos fueron veinte veces más duros. *Gaia* no puede ser frágil si puede aguantar estos golpes y, realmente, la oleada de especies que seguía en pie después de tales acontecimientos indica su capacidad para recuperarse. Es incluso posible que nosotros, como especie, seamos el resultado del estimulo de uno de estos impactos recientes.

Parece muy improbable que cualquier cosa que hagamos amenace a Gaia. Pero si conseguimos alterar de modo significativo el medio ambiente, como puede ocurrir con la concentración atmosférica de bióxido de carbono, puede que suceda una nueva adaptación. No será ventajosa para nosotros.

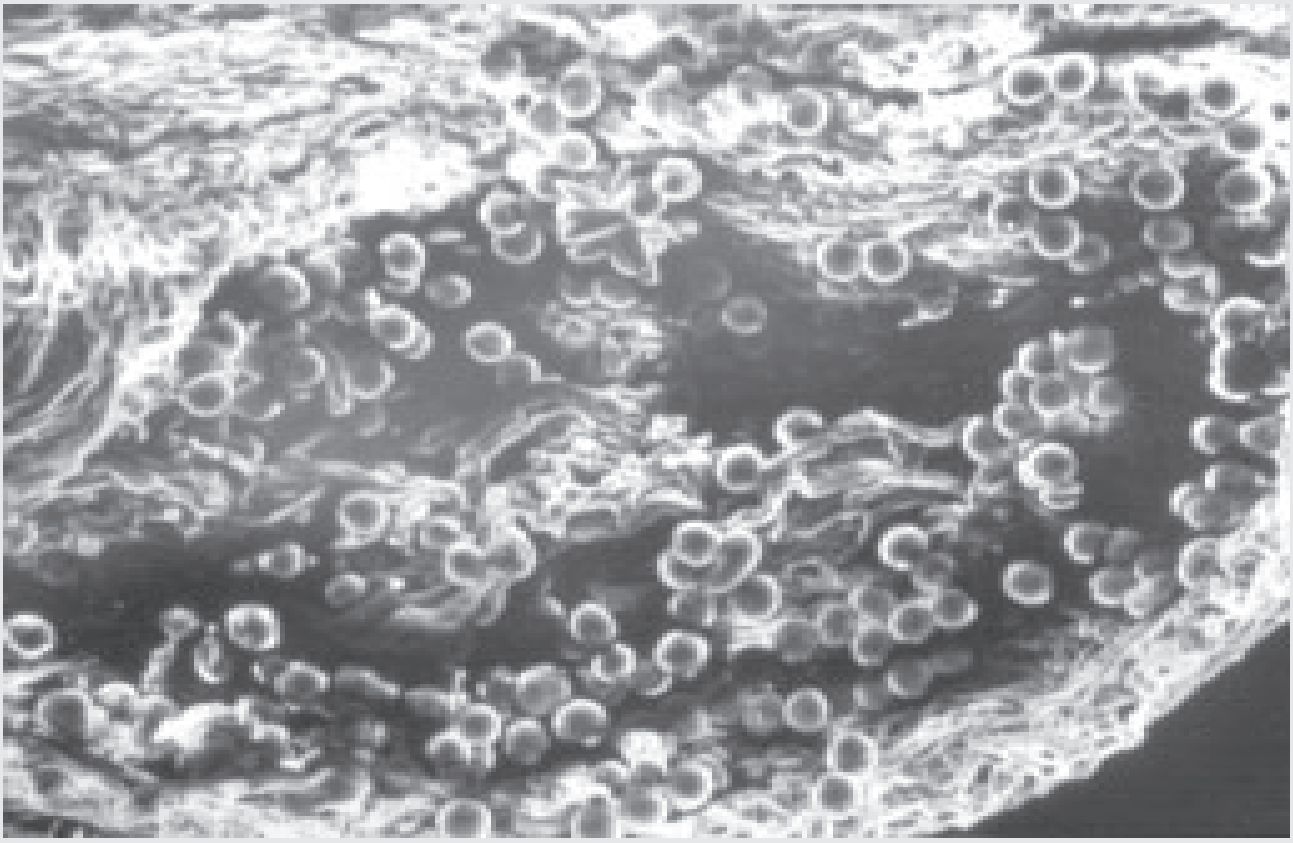
Cuando hablamos de la vida o de la biosfera, tenemos tendencia a olvidar que los procariotas, simples bacterias, ordenaban la biosfera con éxito y representaron la vida en la Tierra durante casi 2 eones (2.000 millones de años). Todavía hoy son los responsables de gran parte del funcionamiento del sistema actual. **Lynn Margulis** comentó una vez que la función verdadera de los mamíferos, humanos incluidos, podría ser la de servir como hábitat ideal para los varios kilos de bacterias que se llevan en las tripas. Allí se mantienen calientes y bien alimentadas, en lo que les debe de parecer su propio paraíso privado. Estos pensamientos sobre Gaia también nos recuerdan que hay algo más en la vida que seres humanos, animalitos, cariñosos árboles y flores silvestres. Los que estén debidamente preocupados por éstos, también deben preocuparse por las infraestructuras menos atractivas.

A modo de conclusión: el mundo a través de *Gaia*

Una crítica frecuente de la hipótesis de *Gaia* es que nos deja satisfechos con la creencia de que la realimentación *gaiana* siempre protegerá el entorno contra cualquier daño que pueda hacerle la humanidad. A veces se expresa de modo más crudo diciendo que las ideas *gaianas* dan la luz verde a la industria para contaminar a voluntad.

Las hipótesis científicas se utilizan demasiado a menudo como metáforas en discusiones sobre el estado humano. Esta incorrecta utilización de *Gaia* es tan impropia como lo era el empleo de la teoría de **Darwin** para justificar la moralidad del capitalismo liberal. *Gaia* es una hipótesis dentro de la ciencia y, por lo tanto, es éticamente neutral. Siempre hemos intentado cumplir con las reglas de la ciencia. Si la hipótesis se utiliza fuera de este contexto, volveré a decir que es solamente un espejo para ver las cosas de otra manera distinta. Con un espejo es muy fácil reflejarse accidentalmente uno mismo.

Al ecologista que le gusta creer que la vida es frágil y delicada y que está en peligro por la brutalidad hu-



mana, no le gusta lo que ve cuando observa el mundo a través de *Gaia*. La damisela en peligro a la que esperaba salvar resulta ser una madre metida en carnes y robusta, devoradora de hombres. El mismo ecologista utilizara la Segunda Ley de la Termodinámica como espejo y verá en ella una justificación para la apócrifa Ley de Murphy, «si algo puede ir mal, lo hará». Así ve nuestro universo como el escenario de una tragedia, con nosotros como jugadores de un juego mortífero en el que no podemos empatar, y mucho menos ganar.

Gaia —la vida— es fuerte. Lo demuestra con su supervivencia. Treinta son los golpes mortales que ha recibido, y ahí sigue, como si nada.

Yo veo a través de *Gaia* una imagen muy distinta. Estamos destinados a ser comida, porque es la costumbre de *Gaia* comerse a sus hiios. La decadencia y la muerte son seguras, pero parecen un precio pequeño a pagar por la vida y por la posesión de una identidad como individuos. Se olvida demasiado fácilmente que el precio de la identidad es la mortalidad. La familia vive más tiempo que uno de nosotros, la tribu mas tiempo que la familia, la especie mas tiempo que la tribu; y la vida misma puede vivir mientras pueda mantener este planeta adecuado para ella.

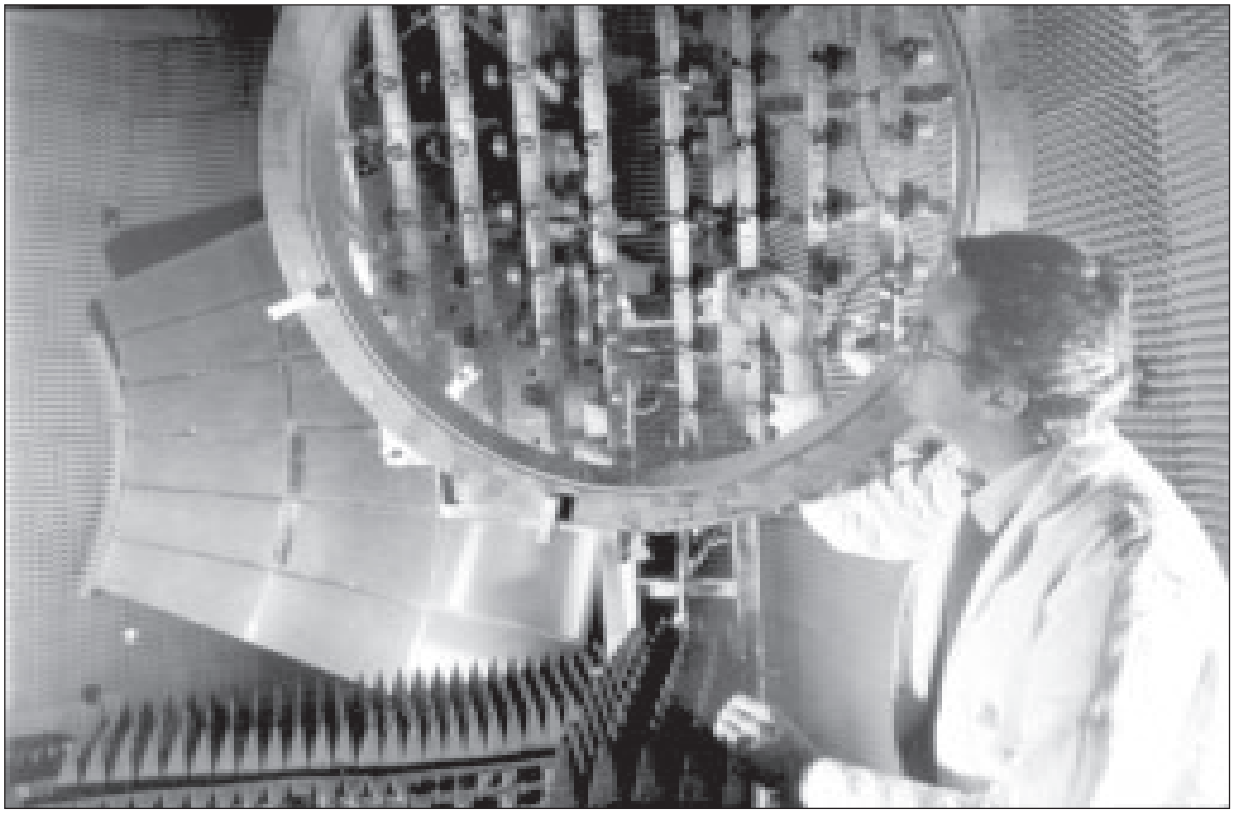
Tal vez el acontecimiento mas extraño que se haya derivado de nuestra búsqueda de *Gaia* sea la comprensión de que, por muy robusta que sea, las condiciones de nuestra Tierra se están acercando al punto en que la vida misma puede que no esté lejos de su fin. El aumento incontenible del calor del sol pronto se encontrará más allá de la capacidad de regulación o adaptación. En términos humanos, la Tierra todavía sería habitable para siempre. Pero en términos *gaianos*, si la duración de la vida fuese de un año, ahora estaríamos en la última semana de diciembre.

Antes de que nuestra Tierra se convierta en un problema de geriatría planetaria, con artefactos frágiles en el espacio como sombrillas para mantenerla viva durante algunos milenios más, espero que se solucionen los problemas morales paralelos inherentes a la geriatría humana.

Sólo es pesimista ver nuestra Tierra, al igual que el universo mismo, agotándose en una muerte por calor si uno es de aquellos que quieren estar en misa y repicando. No se puede utilizar una linterna para ver en la oscuridad y también esperar que las pilas duren para siempre. Fue el agotamiento del universo lo que hizo posible la Tierra, y el Sol, y es el agotamiento del Sol lo que ha hecho posible la vida y a nosotros mismos. Eso tiene que terminar algún día. ■

Consideraciones científicas

Gaia



A la mayoría de nosotros nos enseñaron que la composición de nuestro planeta se podía describir adecuadamente con las leyes de la física y la química. Era una buena y sólida visión victoriana, y, aunque hayan olvidado los detalles, seguramente les habrá quedado la idea de que todo lo que necesitan saber sobre la Tierra se puede encontrar en el libro de texto apropiado, siempre que puedan encontrar el tiempo suficiente para leerlo.

Del mismo modo, se decía que el clima es una consecuencia de la posición en el espacio de la Tierra alrededor de ese gran radiador constante, el Sol. Explicar el clima de cualquier lugar de la Tierra era simplemente cuestión de comparar el calor recibido del Sol en las distintas zonas climáticas con la perdida de calor debida a la radiación hacia las frías profundidades del espacio.

En este planeta fiable y previsible de los geólogos, a la biosfera se la consideraba como espectadora, y no se le permitía entrar en el juego. Se nos decía a nosotros, y a toda vida, que éramos increíblemente afortunados por estar en un planeta en donde todo es, y siempre ha sido, tan cómodo y adecuado para la vida.

Estoy hablando ahora tomando partido, como una especie de delegado sindical del segmento no humano de la biosfera. En nombre de mis miembros, quiero proponerles que esta exsión de la vida de su lugar adecuado en el funcionamiento de este planeta era de una libertad diabólica. Creemos que las condiciones en la Tierra son las apropiadas para la vida porque nosotros y toda vida, por medio de nuestros esfuerzos, hemos hecho que sea así y siga así.

La vida podría haber moldeado la Tierra

Esto no es nada nuevo. La idea de que la vida pueda tener la capacidad de moldear las condiciones de la Tierra y perfeccionarlas lo máximo posible para la situación de la biosfera contemporánea, ya se ha insinuado en el pasado, especialmente por parte de **Redfield**, **Hutchinson** y **Lars Gunar Sillen**. En sus tiempos, sin embargo, se consideraba un pensamiento tan radical que iba más alla de la discusión científica en su corriente principal.

La referencia más antigua que he encontrado a la idea de que la vida podría haber moldeado la Tierra

para ajustarla a sus propias necesidades, es del ejemplar de junio de 1875 de *Scientific American,* en un artículo en gran parte relativo a la controversia sobre la evolución:

> Un dogma popular ilógico declara que la vida es el gran objeto de la Creación; que la composición, al igual que el contorno de la superficie de la Tierra, hacen especial referencia a su habitabilidad; y que todas las cosas muestran unas directrices diseñadas para capacitar al mundo para que sea el hogar de las criaturas sensibles, especialmente el hombre. En realidad, la ciencia no tiene nada que ver con estos dogmas. No tiene ninguna manera de descubrir el objetivo esencial de las cosas ni tiene tiempo que perder en su discusión. No obstante, a veces resulta difícil no mostrar un interés indirecto en las afirmaciones de los que presumen decidir tales cuestiones, al menos hasta el punto de fijarse en como los hechos de la naturaleza contradicen sus afirmaciones. Por lo tanto, en el caso actual, sería mucho más fácil apoyar la tesis contraria; es decir, muy lejos de haber llegado a ser lo que es para que pudiese llegar a estar habitada, la Tierra llegó a ser lo que es gracias a estar habitada. En resumen, la vida ha sido el medio, y no el fin, para el desarrollo de la Tierra.

El último impacto que recibió la Tierra, hace 65 millones de años, causó la extinción de más del 60% de todas las especies.

No fue hasta muy recientemente cuando los nuevos temas, como la biogeoquímica, aparecieron en el panorama científico. Este nuevo planteamiento de la comprensión de nuestra Tierra no fue resultado del progreso de las ciencias en la Tierra; sino que fue inspirado por la investigación de los demás planetas, especialmente la de Marte.

Mi participación en esta historia empezó en 1965 cuando, junto a una colega, **Dian Hitchcock**, trabajaba en el Jet Propulsion Laboratoy (Laboratorio de Propulsión a Chorro) en Pasadena, California. Se nos había encargadazo la tarea de examinar críticamente los experimentos de detección de vida en Marte que se habían propuesto en aquel entonces.

En aquella época, y ahora parece que fue hace mucho tiempo, se creía generalmente que había una gran posibilidad de descubrir vida en ese planeta. De todos modos, se creía que el descubrimiento de vida en cualquier lugar fuera de la Tierra sería un acontecimiento trascendental que ampliaría tanto nuestra visión del universo y de nosotros mismos, que valía lo que costase intentarlo. Hitchcock y yo no estábamos en desacuerdo con estos nobles sentimientos, pero nos preocupaba el hecho de que la mayoría de los experimentos propuestos entonces fuesen demasiado geocéntricos para tener éxito, incluso si realmente existía vida en Marte.

Parecía que todos los experimentos se habían diseñado para buscar la clase de vida con la que cada investigador estaba familiarizado en su propio laboratorio. Buscaban vida parecida a la de la Tierra en un planeta que no se parece en absoluto a la Tierra. Dian y yo parecíamos invitados en una expedición para buscar camellos en el casquete glaciar de Groenlandia o para buscar peces entre las dunas del Sahara.

Me preguntaba si sería posible diseñar una forma más general de experimento de detección de vida, una que reconocería la vida en la forma que fuese. Una posibilidad sería buscar incoherencias en la composición química de la atmosfera planetaria y en la superficie para ver si había sustancias o procesos inexplicables basándose en la química inorgánica. La idea que había detrás de esto era que si el planeta realmente tenía vida, esa vida se vería obligada a utilizar la atmósfera como fuente y depositaria de materias primas y, también, como medio conveniente para el transporte de sus productos. Tal uso de una atmósfera planetaria se revelaría a través de cambios en su composición química, que eran muy improbables como consecuencia de los procesos fortuitos de la química de lo no vivo. Era un modo de examinar Marte que hacia muy pocas suposiciones sobre los detalles de la vida, si realmente existía.

Ya en 1965, y mucho antes de que ninguna nave espacial se acercara a Marte, había, no obstante, una gran cantidad de información asequible sobre su composición atmosférica. Esta provenía de observaciones

A lo mejor lo humano no es un fin en sí mismo, sino un medio para que otros seres, como las bacterias, puedan vivir tranquilamente en nuestro interior.

astronómicas realizadas utilizando telescopios sintonizados a la radiación infrarroja en vez de la visible. El telescopio estaba equipado con un aparato llamado interferómetro múltiple, inventado por mi colega **Peter Fellgett**, que tenía la capacidad de proporcionar un análisis exquisitamente detallado de los gases de la atmósfera del planeta. Este potente sistema fue utili-

zado por **Pierre** y **Janine Connes** en el observatorio Pic du Midi, en Francia, y reveló que la atmósfera marciana estaba dominada por el bióxido de carbono y que, aparentemente, se encontraba muy cerca del estado de equilibrio químico. Según nuestra teoría, era muy improbable que hubiese vida en Marte.

La damisela en peligro a la que el ecologismo espera salvar resulta ser una madre metida en carnes y robusta, devoradora de hombres.

Para comprobar este pronóstico, necesitábamos un planeta con vida y, por supuesto, el único disponible para nosotros era la Tierra. No nos fue difícil organizar un experimento teórico con un telescopio imaginario de infrarrojos en Marte. Tal instrumento dirigido hacia la Tierra podría haber encontrado fácilmente la presencia y abundancia de los gases oxígeno, vapor de agua, bióxido de carbono y óxido nitroso. Con esta información, junto a la de la intensidad de la luz del sol en la órbita de la Tierra, es posible deducir casi a ciencia cierta la presencia de vida en la Tierra.

El razonamiento es el siguiente: tenemos abundancia de oxigeno, el 21% de la atmósfera, y un indicio de metano, 1,5 partes por millón. Sabemos por la química que el metano y el oxígeno reaccionan cuando son iluminados por la luz del sol, y también la velocidad de dicha reacción. Con esta información, podemos concluir con seguridad que la coexistencia de los dos gases reactivos, metano y oxígeno, en un nivel constante, requiere un flujo de metano de 1.000 megatoneladas al año. Esta es la cantidad necesaria para reponer las pérdidas por oxidación. Además, también tiene que haber un flujo de 4.000 megatoneladas de oxígeno por año, porque ésta es la cantidad que se requiere para oxidar el metano. No existe ninguna reacción conocida por la química que pueda fabricar estas enormes cantidades de metano y oxígeno empezando solo con las materias disponibles, agua y bióxido de carbono, y utilizando la energía solar. Por lo tanto, debe de haber algún proceso en la superficie de la Tierra que pueda ordenar la secuencia de intermediarios inestables y reactivos de un modo programado para lograr este fin. Probablemente este proceso sea la vida.

Habíamos comprobado nuestro método y lo habíamos utilizado para demostrar que seguramente no había vida en Marte. Huelga decir que éstas no eran noticias bien venidas por nuestro patrocinador, la National Aeronautics and Space Administration (NASA). Necesitaban razones para ir a Marte y, ¿cuál mejor que la de ir a buscar vida alli? Aún peor, no era muy buena publicidad para la NASA afirmar que una obra en la que ellos habían invertido demostraba que había vida en la Tierra. Eso hubiese sido un regalo para el senador **Proxmire**, y no me sorprendió encontrarme muy pronto sin empleo.

Cuando regresé a Inglaterra en 1966, había un pensamiento que siempre volvía a plantearse: ¿Cómo es que la Tierra mantiene una composición atmosférica tan constante cuando está compuesta de gases sumamente reactivos? Todavía más enigmática era la cuestión de cómo una atmósfera tan inestable podía ser perfectamente adecuada en su composición para la vida. Fue entonces cuando empecé a preguntarme si podía ser que el aire no fuera solamente un entorno para la vida sino una parte de la vida misma. Por decirlo de otra manera, parecía que la interacción entre la vida y el medio ambiente, del cual el aire forma parte, era tan intensa, que el aire podría considerarse similar al pelo de un gato o al papel de un nido de avispones; algo no vivo, sino hecho por cosas vivas para sostener el entorno elegido.

En términos de Gaia, si la duración de la vida fuese de un año, ahora estaríamos en la última semana de diciembre.

Una entidad que comprende el planeta entero y que tiene la capacidad de regular su clima y su composición química, necesita un nombre correspondiente. Yo era afortunado por tener como vecino cercano en aquel tiempo al novelista **William Golding**. Cuando hable con el de todo esto durante un paseo por nuestro pueblo, él propuso como nombre ***Gaia,*** el que utilizaban los griegos para nombrar la Tierra. Estaba contento y agradecido, porque era una palabra simple de cuatro letras y no las siglas de una de esas feas expresiones que tanto gustan a mis compañeros, los científicos. De modo algo ingenuo, imaginé que esta palabra podría sustituir el uso de expresiones tales como la química-bio-geocibernética, o aún peores. Por supuesto, no fue así. No obstante, cuando utilizo la palabra *Gaia* de ahora en adelante, es para nombrar el sistema hipotético que regula este planeta.

Las pruebas de la vida

A finales de los sesenta, los únicos científicos que tomaban Gaia en serio eran el eminente geoquímico sueco **Lars Gunar SiIIen**, y la igualmente eminente bióloga americana **Lynn Margulis**. Lynn y yo hemos colaborado en su desarrollo desde entonces, y las pruebas que hemos reunido se dividen en dos categorías.

Primero, existen las pruebas termodinámicas, pruebas que ya he mencionado como relacionadas con la coexistencia del oxígeno y el metano. Se trata de hasta qué punto la real Tierra actual es manifiestamente distinta de una Tierra hecha de la misma materia y en la misma posición en el sistema solar, pero que no tuviera vida. Esta diferencia se puede medir en términos de hasta qué punto la composición de la Tierra, los océanos y el aire es distinta del estado de equilibrio. La diferencia es una medida de la reducción de su entropía debida a la presencia de la vida.

Cada 100 millones de años, un pequeño planeta como el doble del monte Everest nos golpea a sesenta veces la velocidad del sonido.

Para ilustrar esta diferencia, consideremos la composición de Ia atmósfera de varios pIanetas: Venus, Marte, Ia Tierra y Júpiter, y también nuestra Tierra hipotética, en la que de alguna manera toda vida se ha extinguido, pero que, por lo demás, es exactamente igual a la Tierra real (cualquiera que fuese el dramático acontecimiento que causó que la vida se extinguiese, fue específicamente bioácido y no afectó ni a la química ni al clima en el momento en que sucedió). Ahora, lo que importa en una atmósfera no es la cantidad de un gas que haya en ella, sino la cantidad de éste que fluye por la atmósfera. En nuestra atmósfera tenemos el 80% de nitrógeno, pero es un gas bastante inerte y no fluye por la atmósfera tan rápidamente como el metano, el cual está presente en la cantidad de 1,5 partes por millón. Están presentes tres clases importantes de gases en las atmósferas planetarias: gases oxidantes, como el oxigeno y el bióxido de carbono; gases neutros, como el nitrógeno y monóxido de carbono; y lo que los químicos llaman gases reductores, como el metano, el hidrogeno y el amoníaco. En general, los gases oxidantes y los reductores tienden a reaccionar los unos con los otros, y normalmente de forma muy enérgica.

El sentido de esta ilustración es que la atmósfera de los dos planetas «terrestres» sin vida, Venus y Marte, sólo contienen gases oxidantes y neutros, mientras que las atmósferas de los grandes gigantes gaseosos, de los cuales Júpiter es un buen representante, solamente contienen gases reductores. La Tierra, nuestra Tierra viva, es bastante anómala, y ésta es una situación muy inestable. Es casi como si respirásemos el tipo de aire que es el gas premezclado que entra en un horno o un motor de combustión interna. El nuestro es un planeta realmente extraño. Ahora, la estéril Tierra hipotética tendría una atmósfera igual que la de Marte y Venus: habría solamente rastros del oxígeno que hay actualmente en la Tierra; en gran parte, el nitrógeno habría desaparecido en los mares; y el metano, el hidrógeno y el amoníaco desaparecerían en pocos años.

Cuando el aire, el océano y la corteza de nuestro planeta se examinan de esta manera, la Tierra se ve como una anomalía extraña y hermosa. Las pruebas que **Lynn Margulis** y yo, entre otros, especialmente **Michael Whitfield**, hemos reunido a través de los años, demuestran casi sin duda que la Tierra es una construcción biológica. Todos los comportamientos de la superficie de la Tierra se mantienen en un estado constante, muy lejos de las expectativas de la química, a través del gasto de energía de la biosfera. El próximo paso es demostrar que esta construcción está perfeccionada al máximo por la biosfera contemporánea. Existen razones para sospechar que la información necesaria para establecer la existencia de *Gaia* como sistema de control esta oculta en las pruebas termodinámicas. De momento, no existe ninguna descripción física formal de la vida en sí misma, y puede ser que se necesite este mismo formalismo para demostrar *Gaia*.

También existe otra manera de enfocar *Gaia*, y es a través de la cibernética. El modo habitual de examinar cibernéticamente una hipótesis consiste en comparar el comportamiento de la Tierra real con el de un modelo dinámico. **Robert Garrels** y sus colegas han hecho esto precisamente con los ciclos de algunos de los elementos principales que fluyen a través de los compartimientos de la superficie (océano, corteza y atmósfera) de la Tierra. Cuando examinaron los efectos de la presencia de vida sobre este flujo, concluyeron, citando a Garrels, que «el entorno de la superficie de la Tierra se puede considerar un sistema

Estamos destinados a ser comida, porque es la costumbre de Gaia comerse a sus hijos. La decadencia y la muerte son seguras.

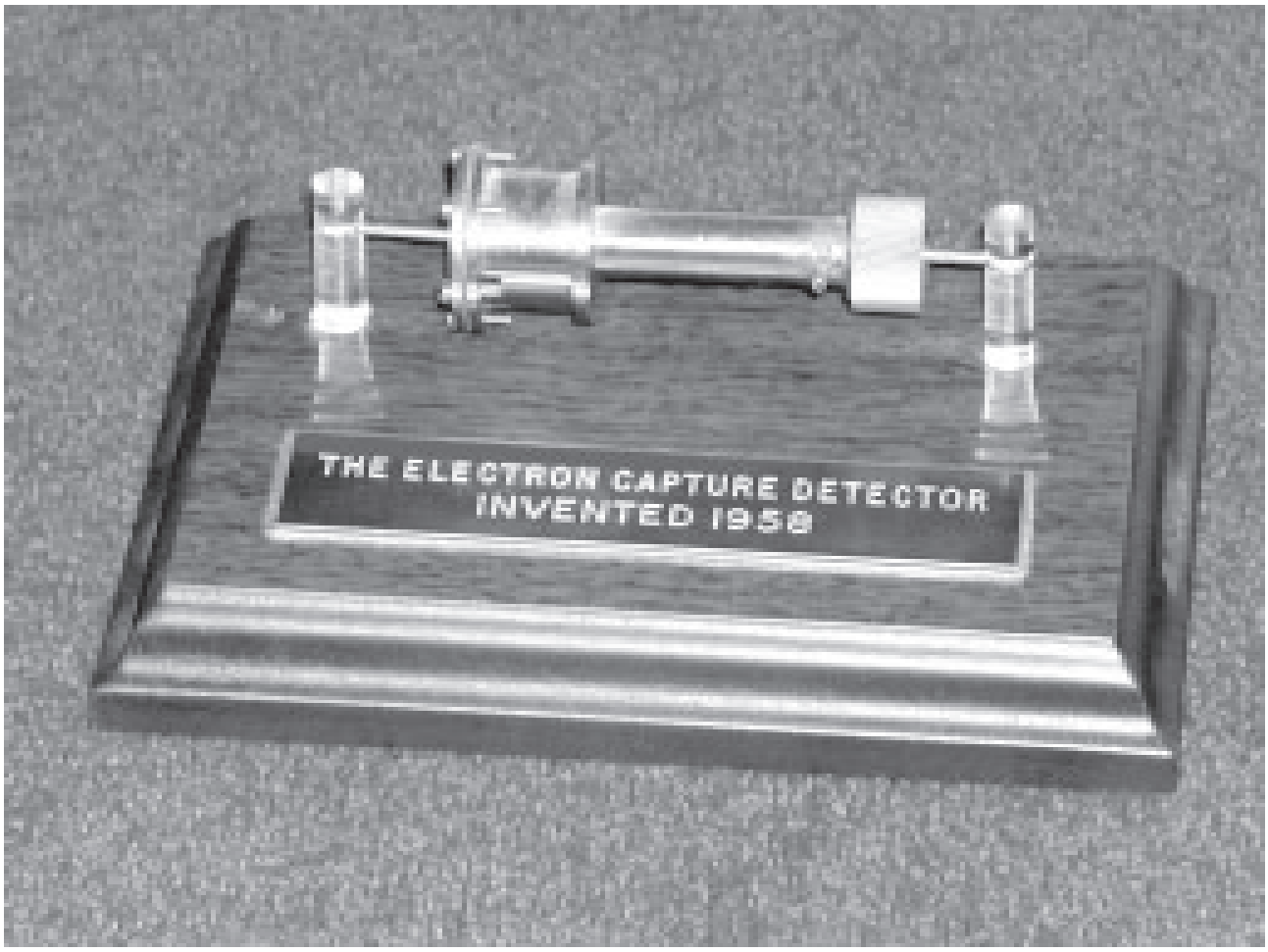
dinámico protegido contra las perturbaciones por eficaces mecanismos de realimentación». Del mismo modo, **Michael Whitfield** ha examinado los ciclos de los elementos en el océano y ha concluido que las maquinaciones de las cosas vivas desempeñan un papel importante en la distribución y abundancia de los diversos elementos que están dispersos por el mar.

Otra manera de examinar cibernéticamente la Tierra es hacer una pregunta: ¿Cuál es la función de cada gas en el aire o de cada componente del mar? Fuera del contexto de *Gaia*, tal pregunta podría considerarse circular e ilógica, pero desde dentro no resulta más ilógica que preguntar: ¿Cuál es la función de la hemoglobina o de la insulina en la sangre? Hemos postulado un sistema cibernético; por lo tanto, es razonable poner en duda la función de las partes componentes.

Consideremos los gases del aire de esta manera. El oxígeno es el gas dominante aunque no sea el más abundante. Establece el potencial químico del planeta. Hace posible, cuando hay algo combustible, encender un fuego o accionar un motor de combustión interna en cualquier lugar del mundo. Hace posible que vuelen los pájaros y que nosotros pensemos.

Cualquier componente funcional de un sistema activo probablemente está regulado; con un componente importante y potente como el oxígeno, la regulación ha de ser grande. ¿Qué pruebas tenemos de que se regula el oxígeno? Durante varios cientos de millones de años, obviamente no puede haber habido más que un pequeño porcentaje menos del oxigeno que hay ahora, o los animales e insectos voladores más grandes no habrían podido vivir. Mi colega **Andrew Watson** ha demostrado con ciertos complicados experimentos que nunca podría haber sido mayor que el 4% menor de lo que es ahora, y probablemente ni siquiera un 1% menos. Sus experimentos demostraron que la probabilidad de los incendios forestales depende críticamente de la concentración de oxígeno y que un mero aumento del 1% de oxígeno incrementa la probabilidad de incendio al 60%. Al 25% de oxígeno, incluso el detritus húmedo del suelo de una selva tropical podría incendiarse con un relámpago. Una vez en llamas, las selvas se quemarían en un incendio impresionante, más intenso que el que jamás hayamos conocido. Si este contenido atmosférico de oxígeno del 25% se mantuviese mucho tiempo, se quemaría toda la vegetación de la superficie terrestre del planeta. Está claro que tal situación está muy lejos de ser óptima. Nuestro nivel actual del 21% es un buen equilibrio entre el riesgo y el beneficio; ocurren incendios, pero no tan a menudo que equilibren las ventajas que ofrece una energía de alto potencial.

Aunque éste no es el lugar donde describir nuestro trabajo en este campo, hemos seguido investigando la regulación del oxigeno y ahora opinamos que un proceso de la biosfera aparentemente derrochador y por lo demás enigmático —el de la producción de metano, sólo para que fluya en la atmósfera, donde se oxi-



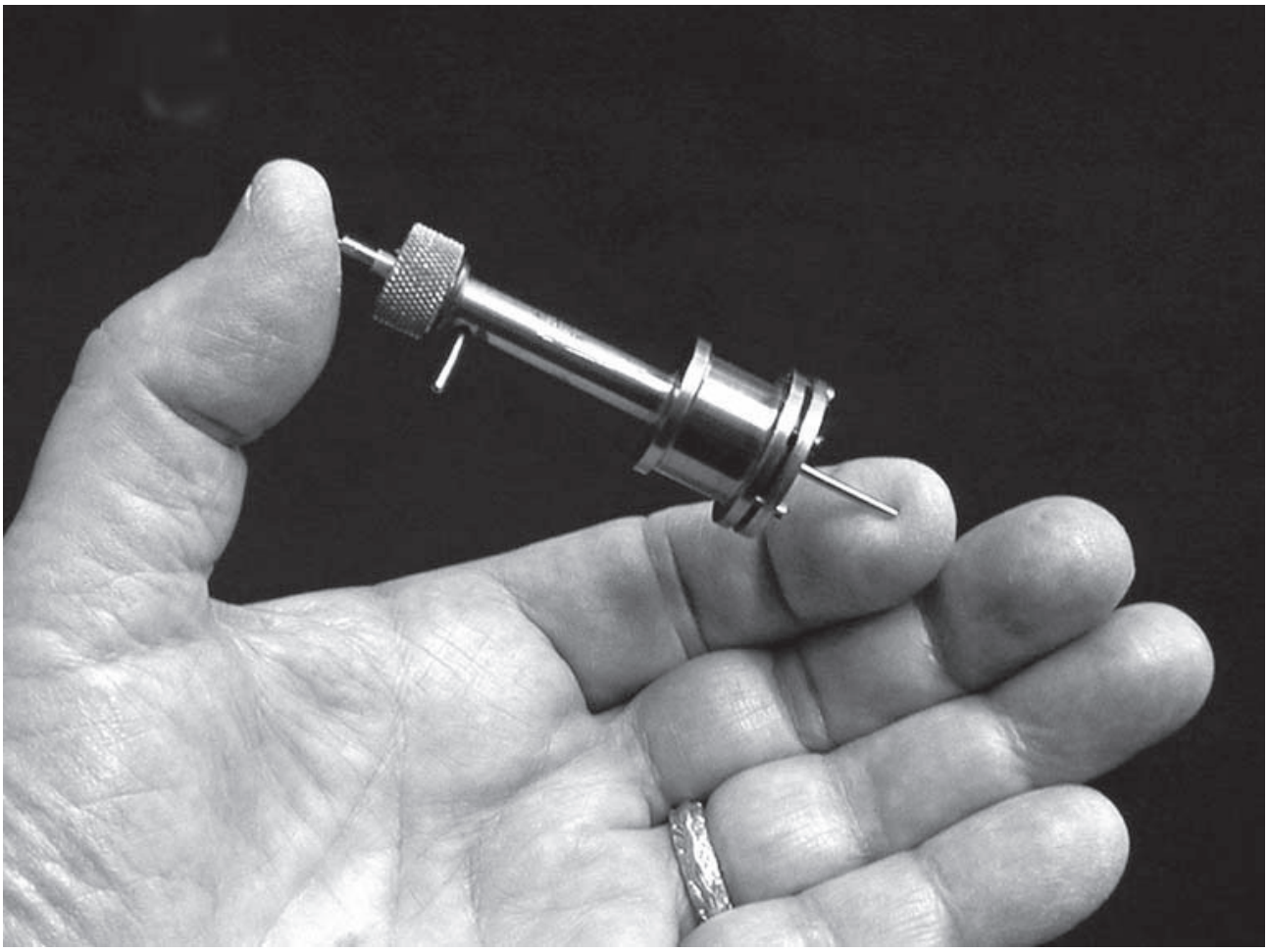
Detector de captura de electrones inventado por James Lovelock.

da, aparentemente sin que sirva para nada—, de hecho forma parte de un circuito de realimentación relacionado con la regulación del oxígeno. Si esto es cierto, el metano tiene una función importante. Razonamientos similares se pueden utilizar para asignar funciones a los demás gases de la atmósfera, incluso el nitrógeno.

Gaia es fuerte, pero si la alteramos con una concentración significativa de bióxido de carbono, algo grave sucederá.

Uno de los razonamientos más convincentes en favor de *Gaia* proviene de la necesidad aparente de regulación del clima. Aunque es de dominio público entre los astronautas, no es un hecho generalmente conocido que nuestro sol se está calentando exponencialmente, y que ha estado haciéndolo desde el origen del planeta. La velocidad de aumento de la producción del sol es tal que probablemente se haya incrementado entre el 30% y 50% desde que empezó la vida. Es una propiedad de las estrellas incrementar su producci6n de calor y luz a medida que se hacen más antiguas, y no existe ninguna razón para suponer que nuestro sol sea una excepción. Obviamente, el clima al inicio de la vida tenía que haber sido regular, ni glacial ni ardiente. Ahora, el curso de la temperatura durante el tiempo que ha existido la vida no se conoce con seguridad, pero todas las pruebas indican que ha permanecido increiblemente constante. Un aumento del 30% del nivel actual de producción solar nos llevaría al punto de ebullición, de modo que si la velocidad actual de aumento de producción solar ha ocurrido desde el comienzo de la vida, ¿por qué no estamos hirviendo ahora?

Sagan y **Muller** fueron los primeros que ofrecieron una solución plausible. Sugirieron que la joven Tierra tenía una atmósfera rica en amoniaco y que este gas, mediante su capacidad de absorber la radiación infrarroja, actuaba como una manta que mantenía caliente el planeta a pesar de estar el sol más frío. Otros,



Detector para la captura de electrones.

a los que no les gusta el amoniaco, han propuesto que del 5% al 10% de bióxido de carbono produciría el mismo resultado.

Los indicios de *Gaia* provienen de la comprension de que el desarrollo de la Tierra desde su origen hasta hoy en día requería una disminución suave y continua de cualquiera que fuese el gas-manta que la mantuviese caliente, de modo que el espesor de la manta correspondiese al calor creciente del sol. Se han propuesto procedimientos ingeniosos e incluso plausibles en los que, por ejemplo, la velocidad de la erosión de las rocas siempre elimina el bióxido de carbono a la velocidad adecuada para que el planeta permanezca a una temperatura estable. Estos procedimientos pierden credibilidad cuando considerarnos el hecho de que el clima de la Tierra está en equilibrio entre dos regímenes climáticos más estables aunque mortíferos, uno glaciar, el otro casi hirviendo. Además, cuando se tiene en cuenta la tendencia natural de la vida naciente a devorar la manta, el hecho de que la supervivencia de la vida haya ido quedando ilesa durante todos aquellos largos años parece ser un indicio persuasivo de la regulación *gaiana*.

Tal vez no se requiera más que la casualidad para explicar cualquiera de las pruebas que he mencionado, pero cuando se consideran todas como conjunto, y sobre todo cuando se tiene en cuenta la invariabilidad conocida del medio ambiente de la Tierra junto al conocimiento seguro de que se han soportado muchas perturbaciones importantes, entonces parece que vale la pena examinar *Gaia* más de cerca. ■

James Lovelock

Científico independiente, escritor, inventor, ambientalista británico, se hizo famoso al formular la Hipótesis Gaia (visualización del planeta como un sistema autorregulado) *junto a la bióloga Lynn Margulis. Ha inventado el* Detector de captura de electrones. *Adverso a las armas nucleares es, sin embargo, partidario del empleo de la energía nuclear como alternativa al abuso de los combustibles fósiles.* Entre *otros, es autor de* Gaia: A New Look al Life on Earth.

Ecología

Somos una parte de la Tierra

Gran Jefe Seattle

Óleo de Fritjof Schuon.

El estado de Washington fue la patria de los Duwamish. Un pueblo indio que se consideraba una parte de la Naturaleza. La veneraba y vivía con ella en armonía. En el año 1855 el decimocuarto Presidente de los Estados Unidos, el demócrata Franklin Pierce, les propuso que vendiesen sus tierras a los colonos blancos y que se fuesen a una reserva. Este texto es la respuesta del Gran Jefe Seattle, Jefe de los Duwamish.

¿Quién puede comprar o vender el Cielo o el calor de la Tierra? Nosotros no somos dueños del frescor del aire, ni del brillo del agua.

El gran Jefe de Washington nos envió un mensaje diciendo que deseaba comprar nuestra Tierra.

El Gran Jefe también nos envió palabras de amistad y de buena voluntad. Es una señal amistosa por su parte, pues sabemos que no necesita nuestra amistad.

Pero vamos a considerar su oferta, porque sabemos que si no se la vendemos, quizá el hombre blanco venga con sus armas y se apodere de nuestra Tierra. ¿Quién puede comprar o vender el Cielo o el calor de la Tierra?

No podemos imaginar esto si nosotros no somos dueños del frescor del aire, ni del brillo del agua. ¿Cómo él podría comprárnosla? Trataremos de tomar una decisión.

Según lo que el Gran Jefe Seattle diga, el Gran Jefe en Washington puede dejarlo, del mismo modo que nuestro hermano blanco en el transcurso de las estaciones puede dejarlo.

Mis palabras son como las estrellas, nunca se extinguen. Cada parte de esta tierra es sagrada para mi pueblo, cada brillante aguja de un abeto, cada playa de arena, cada niebla en el oscuro bosque, cada claro del bosque, cada insecto que zumba es sagrado, para el pensar y el sentir de mi pueblo. La savia que sube por los árboles, trae el recuerdo del Piel Roja.

Los muertos de los blancos olvidan la Tierra en que nacieron, cuando desaparecen para vagar por las estrellas. Nuestros muertos nunca olvidan esta maravillosa Tierra, pues es la madre del Piel Roja.

Nosotros somos una parte de la Tierra, y ella es una parte de nosotros. Las olorosas flores son nuestras hermanas, el ciervo, el caballo, la gran águila, son nuestros hermanos. Las rocosas alturas, las suaves praderas, el cuerpo ardoroso del potro y del hombre, todos pertenecen a la misma familia.

Por eso cuando el Gran Jefe de Washington, nos envió el recado de que quería comprar nuestra Tierra, exigía demasiado de nosotros.

Despecho del Piel Roja

El Gran Jefe nos comunicaba que quería darnos un lugar, donde pudiéramos vivir cómodamente. El seria nuestro padre, y nosotros seriamos sus hijos. ¿Pero, será posible esto alguna vez? Dios ama a vuestro pueblo y ha abandonado a sus hijos rojos.

El ha enviado maquinas para ayudar al hombre blanco en su trabajo, y construye para el grandes pueblos. El hace que vuestra gente cada vez sea más poderosa, día tras día. Pronto invadiréis la Tierra, como ríos que se desbordan desde las gargantas montañosas, por una inesperada lluvia.

Mi pueblo es como una corriente desbordada, pero sin retorno. No, nosotros somos de razas diferentes. Nuestros hijos no juegan juntos, y nuestros ancianos no cuentan las mismas historias. Dios os es favorable, y nosotros estamos como huérfanos.

Óleo de Fritjof Schuon.

Meditaremos sobre vuestra oferta de comprarnos la Tierra. No será fácil, porque esta Tierra es sagrada para nosotros.

Nos sentimos alegres en este bosque. No sé por qué, pero nuestra forma de vivir es diferente de la vuestra.

El agua cristalina, que brilla en arroyos y ríos, no es sólo agua, sino la sangre de nuestros antepasados. Si os vendemos nuestra Tierra, habéis de saber que es sagrada, y que vuestros hijos aprendan que es sagrada, y que todos los pasajeros reflejos en las claras aguas son los acontecimientos y tradiciones que refiere mi pueblo.

Cada parte de esta tierra es sagrada para mi pueblo, cada brillante aguja de un abeto, cada playa de arena, cada niebla en el oscuro bosque...

El murmullo del agua es la voz de mis antepasados. Los ríos son nuestros hermanos, ellos apagan nuestra sed. Los ríos llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos.

Si vendiésemos nuestra tierra tenéis que acordaros, y enseñar a vuestros hijos que los ríos son nuestros hermanos —y los vuestros—, y que tendréis desde ahora que dar vuestros bienes a los ríos, así como a otros de vuestros hermanos.

El Piel Roja siempre se ha apartado del exigente hombre blanco, igual que la niebla matinal en los montes cede ante el sol naciente. Pero las cenizas de nuestros antepasados, sus tumbas, son tierra santa, y por eso estas colinas, estos árboles, esta parte de la Tierra, nos es sagrada.

Otra forma de ser

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra manera de pensar.

Para el una parte de la Tierra es igual a otra, pues él es un extraño que llega de noche y se apodera en la Tierra de lo que necesita.

La Tierra no es su hermana, sino su enemiga, y cuando la ha conquistado, cabalga de nuevo.

Abandona la tumba de sus antepasados y no le importa. Él roba la Tierra de sus hijos, y no le importa nada. Él olvida las tumbas de sus padres, y los derechos de nacimiento de sus hijos. Trata a su madre, la Tierra, y a su hermano, el Cielo, como cosas que se pueden comprar y arrebatar, y que se pueden vender, como ovejas o perlas brillantes.

Hambriento, se tragará la tierra, y no dejara nada, solo un desierto.

No se, pero nuestra forma de ser, es diferente de la vuestra.

La vista de vuestras ciudades hace daño a los ojos del Piel Roja. Quizá porque el Piel Roja es un salvaje y no lo comprende.

No hay silencio alguno en las ciudades de los blancos, no hay ningún lugar donde se pueda oír crecer las hojas en primavera y el zumbido de los insectos.

Pero quizá es porque yo solo soy un salvaje, y no entiendo nada.

La charlatanería sólo daña a nuestros oídos. ¿Que es la vida si no se puede oír el grito solitario del pájaro chotacabras, o el croar de las ranas en el lago al anochecer?

Yo soy un Piel Roja y no entiendo esto.

Otra forma de sentir

El indio puede sentir el suave susurro del viento, que sopla sobre la superficie del lago, y el soplo del viento limpio por la lluvia matinal, o cargado de la fragancia de los pinos.

El aire es de gran valor para el Piel Roja, pues todas las cosas participan del mismo alien-

Óleo de Fritjof Schuon.

to: el animal, el árbol, el hombre, todos participan del mismo aliento.

El hombre blanco parece no considerar el aire que respira; a semejanza de un hombre que esta muerto desde hace varios días y esta embotado contra el hedor.

Pero si os vendemos nuestra Tierra no olvidéis que tenemos el aire en gran valor; que el aire comparte su espíritu con la vida entera. El viento dio a nuestros padres el primer aliento, y recibe el último hálito. Y el viento también insuflará a nuestros hijos la vida. Y si os vendiéramos nuestra Tierra, tendríais que cuidarla como un tesoro, como un lugar donde también el hombre blanco sepa que el viento sopla suavemente sobre las flores de la pradera.

Yo soy un salvaje, y es así como entiendo las cosas. He visto mil bisontes putrefactos, abandonados por el hombre blanco. Los mataron desde un convoy que pasaba.

Yo soy un salvaje y no puedo comprender como el caballo de hierro que echa humo, es más poderoso que el búfalo, al que solo matamos para conservar la vida.

¿Qué es el hombre sin animales? Si todos los animales desapareciesen el hombre también moriría, por la gran soledad de su espíritu?

Lo que les suceda a los animales, luego, también les sucede a los hombres. Todas las cosas están estrechamente unidas.

Lo que le acaece a la Tierra también les acaece a los hijos de la Tierra.

Tenéis que enseñar a vuestros hijos que el suelo que está bajo sus pies tiene las cenizas de nuestros antepasados.

Para que respeten la Tierra, contadles que la Tierra contiene las almas de nuestros antepasados. Enseñad a vuestros hijos lo que nosotros enseñamos a los nuestros: que la Tierra es nuestra madre.

Lo que le acaece a la Tierra, les acaece también a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres escupen a la Tierra, se están escupiendo a sí mismos. Pues nosotros sabemos que la Tierra no pertenece a los hombres, que el hombre pertenece a la Tierra. Eso lo sabemos muy bien. Todo está unido entre sí, como la sangre que une a una misma familia. Todo esta unido.

Lo que le acaece a la Tierra les acaece, también, a los hijos de la Tierra.

El hombre no creó el tejido de la vida, sólo es una hilacha. Lo que hagáis a este tejido, os lo hacéis a vosotros mismos. No, el día y la noche no pueden vivir juntos.

Nuestros muertos siguen viviendo en los dulces ríos de la Tierra, y regresan de nuevo con el suave paso de la Primavera, y su alma va con el viento, que sopla rizando la superficie del lago.

Nosotros somos una parte de la Tierra, y ella es una parte de nosotros. Las flores son nuestras hermanas, el ciervo, el caballo, la gran águila son nuestros hermanos.

Consideraremos la posibilidad de que el hombre blanco nos compre nuestra Tierra.

La Tierra no se puede comprar

Pero mi pueblo pregunta: ¿qué es lo que quiere el hombre blanco? ¿Cómo se puede comprar el Cielo, o el calor de la Tierra, o la velocidad del antílope? ¿Cómo vamos a venderos esas cosas y cómo vais a poder comprarlas? ¿Es que, acaso, podréis hacer con la Tierra lo que queráis, sólo porque un Piel Roja firme un pedazo de papel y se lo de al hombre blanco?

Si nosotros no poseemos el frescor del aire, ni el brillo del agua, ¿como vais a poder comprárnoslo?

Es que, acaso, podéis comprar los búfalos cuando ya habéis matado al último?

Hambriento, el hombre blanco se tragará la tierra, y no dejara nada, solo un desierto. Nuestra forma de ser es diferente.

Consideraremos vuestra oferta. Sabemos que si no os la vendemos vendrá el hombre blanco y se apoderará de nuestra Tierra. Pero nosotros somos unos salvajes.

El hombre blanco que va en pos de la posesión del poder, ya se cree que es Dios, al que le pertenece la Tierra. ¿Cómo puede un hombre apoderarse de su madre?

El hombre blanco parece no considerar el aire que respira; a semejanza de un hombre que esta muerto.

Consideraremos vuestra oferta de comprar nuestra Tierra. El día y la noche no pueden vivir juntos.

Consideraremos vuestra oferta de que vayamos a una reserva. Queremos vivir aparte y en paz. No importa donde pasemos el resto de nuestro días.

Nuestros hijos verán a sus padres sumisos y vencidos. Nuestros guerreros estarán avergonzados.

Después de la derrota pasarán sus días en la holganza, y envenenaran sus cuerpos con dulces comidas y dulces bebidas.

No importa donde pasemos el resto de nuestros días.

No quedan ya muchos. Sólo algunas horas, un par de inviernos, y no quedará ningún hijo de la gran estirpe que en otros tiempos vivió en esta Tierra, y que ahora en pequeños grupos viven dispersos por el bosque, para gemir sobre las tumbas de su pueblo, que en otros tiempo fue tan poderoso y lleno de esperanza como el vuestro.

¿Pero, por que consternarse por la desaparición de un pueblo? Los pueblos están constituidos por hombres. Es así.

Los hombres aparecen y desaparecen como las olas del mar. Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios camina a su lado, y habla con él, como el amigo con el amigo, puede librarse del común destino. Quizá seamos hermanos. Esperamos verlo.

Solo sabemos una cosa —que quizá un día el hombre blanco también descubra—, y es que nuestro Dios, es el mismo Dios suyo. Vosotros, quizá, penséis que le poseéis —igual que tratáis de poseer nuestra Tierra—, pero no podéis. Es el Dios de todos los hombres, lo mismo de los Pieles Rojas que de los blancos. Aprecia mucho esta Tierra y el que atente contra ella significa que desprecia a su Creador.

Los blancos también desaparecerán

También los blancos desaparecerán, y quizá antes que otras estirpes.

Continuad contaminando vuestro lecho y una noche moriréis en vuestra propia caída. Pero al desaparecer brillaréis por el fuego del poderoso Dios, que os trajo a esta Tierra, y que

La vista de vuestras ciudades hace daño a los ojos del Piel Roja. Quizá porque el Piel Roja es un salvaje y no lo comprende.

os destino a dominar al Piel Roja en esta Tierra.

Este destino es para nosotros un enigma. Cuando todos los búfalos hayan muerto, los caballos salvajes hayan sido domados, y el rincón mas secreto del bosque haya sido invadido por el ruido de muchos hombres, y la visión de las colinas esté manchada por los alambres parlantes, cuando desaparezca la espesura, y el águila se haya ido, esto significará decir adiós al veloz potro y a la caza. El final de la vida y el comienzo de la otra vida. Dios os concedió el dominio sobre estos animales, los bosques y los Pieles Rojas por un determinado motivo. Y ese motivo es un enigma para nosotros.

Quizá podríamos comprenderlo si supiésemos qué es lo que sueña el hombre blanco, qué ideales ofrece a los hijos en las largas noches invernales, y qué visiones arden en su imaginación, hacia las que tienden el día de mañana.

Pero nosotros somos salvajes, los sueños del hombre blanco nos están ocultos, y porque nos están ocultos nosotros vamos a seguir nuestro propio camino.

Pues, ante todo, nosotros estimamos el derecho que tiene cada ser humano a vivir tal como desea, aunque sea de modo muy diverso al de sus hermanos. No es mucho lo que nos une.

Consideraremos vuestra oferta. Si aceptamos es sólo por asegurarnos la reserva que habéis prometido. Quizá allí podamos acabar los pocos días que nos quedan viviendo a vuestra manera.

Cuando el último Piel Roja de esta Tierra desaparezca y su recuerdo sea solamente la sombra de una nube sobre la pradera, todavía estará vivo el espíritu de mis antepasados en estas orillas y estos bosques.

Óleo de Fritjof Schuon.

Pues ellos amaban esta Tierra, como ama el recién nacido el latido del corazón de su madre.

Si os llegáramos a vender nuestra Tierra, amadla, como nosotros la hemos amado.

Lo que les suceda a los animales también les sucederá a los hombres. Todas las cosas están estrechamente unidas.

Cuidad de ella, como nosotros la cuidamos, y conservad el recuerdo de esta Tierra tal como os la entregamos.

Y con todas vuestras fuerzas, vuestro espíritu y vuestro corazón, conservadla para vuestros hijos, y amadla, tal como Dios nos ama a todos. Pues hay algo que sabemos, que Dios es el mismo Dios. Esta Tierra es sagrada para Él. Ni siquiera el hombre blanco se puede librar del destino común.

Quizá somos hermanos. Esperamos verlo. ■

Gran Jefe Seattle

Jefe de los Duwamish.

Otros desmanes

¡Hombres de poca fe, el paraíso existe!…

“El paraíso existe y está en el mar Caribe. Playas paradisíacas, aguas cristalinas, arena fina, cocoteros, daiquiris, piñas coladas… Quizás te seduzca alguno de estos viajes: Cancún, Varadero, Punta Cana, La Habana… ¿Cuál te apetece más? **Te acercamos a ellos en un abrir y cerrar de ojos. ”**

Agencia de Viajes E-dreams

Cruzar la Tierra, de un extremo a otro, «en un abrir y cerrar de ojos»… Sin tiempo. Vulnerando el tiempo, arrasando el espacio. Violando la naturaleza: aunque esté impolutamente conservada. **Los desmanes ecológicos no se limitan a la contaminación,** en efecto. Un paraje natural convertido en masificado destino turístico, un masificado criadero industrial de aves, todas apretadas y encerradas, comiendo sin moverse día y noche…: he ahí otras tantas violaciones de la naturaleza de las cosas. Aun si los pollos y los turistas no originaran la menor contaminación.

Frente a todo ello, «el aliento del camino de campo» del que habla Heidegger…

Heidegger, «Camino de campo»

"**El aliento del camino de campo** despierta un sentido que ama lo libre y que, en el lugar propicio, todavía consigue salvar la aflicción hacia una última serenidad. Se rebela contra la necedad del mero trabajar que, ejercido por sí solo, fomenta únicamente lo fútil.

En el aire del camino de campo, que cambia según las estaciones, madura la sabia serenidad con un mohín que, a menudo, parece melancólico. Este saber sereno es lo «*Kuinzige*». Quien no lo tiene no lo obtiene. Quienes lo tienen, lo obtuvieron en el camino de campo. En su senda se encuentran la tormenta del invierno y el día de la siega, coinciden lo vivaz y excitante de la primavera con lo quedo y feneciente del otoño, están frente a frente el juego de la juventud y la sabiduría de la vejez. Pero todo rebosa serenidad al unísono, cuyo eco el camino de campo lleva calladamente de aquí para allá."

¿Sabía que...?

- ✓ Un solo vehículo consume en toda su vida tanta energía como la que gasta (calefacción, electricidad y transporte público) una persona occidental en 6 años o un hindú en 76 años.
- ✓ En el aire de una ciudad como Madrid, las emisiones de los coches suponen el 88% del monóxido de carbono, el 75% de los óxidos de nitrógeno, el 95% de los hidrocarburos inquemados, además de la emisión anual de 380 toneladas métricas de de plomo.

¡Sin defensa!
Alerta en la Naturaleza

Carlos de Prada

La grave situación del planeta es algo reconocido y temible. La gran mayoría no tiene ya la menor duda sobre semejante hecho. Tal situación, su enfermedad nos alcanza a todos por igual, se extiende, crece, y no hacemos nada para evitarlo. Se celebran reuniones internacionales con grandes nombres y se destacan los innumerables efectos del masivo envenenamiento que padecemos todos, de la destrucción sistemática. Pero nada cambia. Responsables de esta enfermedad mundial los hay y se conocen. La curación también, pero nadie con verdadero poder parece estar dispuesto a aplicarle el remedio.

A pesar de que ciertos intereses políticos y económicos traten siempre de minimizar o frivolizar la cuestión, basta estar medianamente bien informado para darse cuenta de que la situación del planeta no es demasiado boyante. Lo pregonan los informes periódicos que publican instituciones internacionales como la ONU o el World Resources Institute, por no recurrir a los datos de organizaciones ecologistas rigurosas.

Actualmente la población mundial ronda los 6.000 millones de habitantes, y las previsiones son alcanzar los 8.300 para el 2025 y acaso los 10.000 en el 2050. Además, para agravar la cosa, el hombre cada vez es más urbano. Hace algo más de tres décadas sólo un tercio de la población vivía en ciudades, hoy es más de la mitad, y para el 2.025 se prevé que sean dos tercios (para entonces habrá más de 33 megaciudades con más de 8 millones de habitantes y más de 500 con más de un millón). En el Tercer Mundo, cada año, medio millón de hectáreas pasan de agrícolas a urbanas. Todo este proceso previsiblemente vendrá de la mano con un crecimiento en el uso de la energía de un 50% para el 2020 y del parque de automóviles (que si en 1990 era de 580 millones se prevé que para el 2.010 sea de 816 millones). Ello redundará en un incremento notable de las emisiones causantes del cambio climático, en la polución urbana (que está teniendo creciente incidencia en la salud, por ejemplo, en el incremento de casos de alergias, asma y otras dolencias respiratorias o ciertos tipos de cáncer), y en la reducción del agua dulce disponible.

Entre 1960 y 1990 se perdió una quinta parte de las selvas tropicales y la devastación, lejos de disminuir, crece. Cada año se pierden más de 15 millones de hectáreas. El ritmo de extinción de especies actual es diez mil veces superior al natural. En 6 de las 11 regiones pesqueras más importantes, más del 60% de las reservas comerciales están agotadas o al límite (el 25% de las reservas pesqueras están agotadas o a punto de agotarse y otro 44% está siendo llevado al límite).

La lamentable ecuación del desarrollo

En los países desarrollados la ecuación no puede ser más lamentable. Y no ya si hablamos de los EE.UU. paradigmáticos en cuanto a destrucción del medio se refiere, sino incluso en la Unión Europea que siempre ha hecho gala de una mayor sensibilidad y respeto. Así, por

ejemplo, recientemente el WWF (World Wide Fund for Nature) publicaba un informe que aludía al déficit ambiental de Europa, que alcanzaba nada más y nada menos que el 220% de su capacidad biológica. Ello implica que Europa ha de extraer recursos de otros lugares del resto del planeta para ocultar este creciente déficit de recursos naturales propios (pesca, madera, metales…) a consecuencia de sus insostenibles niveles de consumo.

A escala nacional, las tendencias son obviamente las mismas. Basta analizar lo que sucede, por ejemplo, con nuestros bosques, víctimas también de ciertos factores desencadenados por ese proceso antes descrito (que algunos definen de forma poco crítica como «progreso»). Proceso que originó, entre otras cosas, el abandono de las zonas forestales por parte de muchos de sus pobladores y su emigración a las crecientes ciudades, a la vez que acarreó una desvalorización de los montes. Hoy, la mayor parte de la superficie forestal española se encuentra en un estado de tremendo abandono, directamente vinculado con plagas como la de los incendios. No ajeno a este problema es el que se halla tenido una política desnaturalizadora de los bosques, como la que ha llevado a la implantación de cultivos de árboles exóticos, o no propios de la vegetación natural de las zonas, destinada a dar materia prima a determinadas industrias madereras o papeleras. Con frecuencia, en lugar de apostar por una política preventiva, que tendría que ver con el mantenimiento de una población en los bosques que los gestionase durante todo el año, aclarándolos, reduciendo el material combustible, manteniendo una ganadería adecuada, etc., se ha preferido mantenerlos abandonados mientras los fuegos, cada vez más numerosos —muchos de ellos intencionados— han seguido cebándose en ellos. En paralelo, se han generado colosales negocios de venta de madera quemada, necesariamente barata. Negocios que, todo hay que decirlo, viven del fuego. La cuestión debe ser debidamente ponderada. Es evidente que deben existir servicios eficaces de extinción. Pero no es de recibo que se invierta de media un 75% en extinción, y sólo un 25% en prevención de incendios. Como anécdota, hay que decir que en España, durante un buen trecho de tiempo, se ha tenido como responsable máximo de la lucha contra los incendios forestales a una persona ligada a la industria maderera. Y que la zona donde más fuegos se han venido

Entre 1960 y 1990 se perdió una quinta parte de las selvas tropicales y la devastación, lejos de disminuir, crece.

dando es donde porcentualmente hay más peso de los cultivos industriales de árboles (materia prima maderera o papelera).

Agua: toxicidad y despilfarro

Algo parecido sucede con las aguas. Por ejemplo, con las de los ríos, cada vez más contaminados. Y las depuradoras, que sólo depuran una parte (la menos tóxica) de los residuos que reciben, no están solucionando debidamente el problema. Para empezar, es tan caro mantenerlas funcionando que muchas, simplemente, no lo hacen. Además tampoco hay tratamiento correcto para los lodos tóxicos que generan. El crecimiento exponencial de las ventas de aguas embotelladas, procedentes de unos pocos manantiales de montaña —que ya veremos si duran eternamente—, está de forma directa vinculado a la pérdida general de confianza en la calidad de las aguas del grifo. Cabe decir que, por ejemplo, en ocasiones el desmesurado uso de cloro genera trihalometanos que diversos estudios han asociado con el auge del cáncer de vejiga en algunas zonas. Y mejor no hablar de la crisis soterrada, nunca mejor dicho, de la polución desbocada de las aguas subterráneas, de la que apenas se habla (a pesar de que son el 97% de las aguas dulces de las que podríamos disponer).

El agua dulce, a consecuencia de su despilfarro y polución, comienza a escasear en muchos sitios (cosa que, según diversos estudios, se agravará con los efectos del cambio climático). Y frente a ello, en lugar de remediarlo, se ha preferido hasta ahora apostar por una política de construcción de grandes embalses o trasvases que, utilizando coartadas de apariencia social como el regadío —que son el 80% de la demanda de agua— en realidad han buscado el mantenimiento de intereses creados, entre otras de las grandes empresas constructoras o hidroeléctricas. Empresas en las que, por cierto, han trabajado, antes o después de pasar por la Administración, algunos de los principales responsables de la política hídrica española (desde Secretarios de Estado de Aguas a Directores Generales de Obras Hidráulicas, que no han escapado a ciertos problemas con la Justicia). Todo cuando, en lugar de pensar en construir más grandes obras en un país que, como España, es el país del mundo con más grandes presas —más de 1.200— en proporción a su población, debería haberse pensado en gestionar correctamente su consumo, evitando por ejemplo su despilfarro. Especialmente en el regadío (que, en su aplastante mayoría, utiliza técnicas de riego que emplean hasta dos y tres veces más agua de la necesaria), por no hablar de las fugas masivas en las redes de distribución o de los desembalses hidroeléctricos, incluso en años de sequía, de los que apenas se dice nada. Pero mantener el despilfarro ha hecho posible hasta ahora que, especialmente en periodos dramáticos de crisis (por ejemplo los ligados a ciertos periodos secos como el actual) determinadas empresas se beneficiasen con unas obras que, por no solucionar la causa del problema, han contribuido a eternizarlo en un círculo vicioso.

En el tratamiento de cultivos contra los pesticidas se aumenta la resistencia de las plantas con manipulaciones genéticas.

Con la energía pasa igual

En temas energéticos el esquema es el mismo. Hasta ahora no se ha actuado debidamente sobre el enorme consumo de energía eléctrica que, por otro lado, está trayendo consigo graves problemas de contaminación (lluvia ácida, residuos nucleares, calentamiento climático…). El consumo de energía en España, según un reciente informe del Observatorio de la Sostenibilidad (OSE), se ha multiplicado por dos en los últimos años (y crece a razón de un 6% anual). Algo absolutamente insostenible. España es un país donde la intensidad energética —esto es, la cantidad de energía consumida para producir un punto del PIB— crece de año en año. Con otras palabras: cada vez consumimos más energía para producir lo mismo y para disfrutar de la misma calidad de vida.

Con carácter más general, no sólo en España sino en todo el mundo, la dependencia del petróleo (que los antiguos llamaban «aqua infernalis»), además de muchas crisis bélicas, está creando también severos daños ambientales, desde las mareas negras y vertidos crónicos de limpieza de tanques, fugas en operaciones rutinarias, etc. (que son más del 90% de los vertidos de hidrocarburos), hasta el calentamiento climático. Por si fuera poco, es de sobrada conocido el poder de un sector que llega incluso a situar como presidentes a hombres suyos. Especialmente en países que consumen tal cantidad

de combustible, por su ineficiencia y despilfarro, que no es raro que deban acometer empresas bélicas para obtener petróleo más barato.

Otra de las características de nuestro tipo de «progreso» es el crecimiento imparable de la producción de residuos tóxicos y peligrosos. En parte porque, preocupados sólo de obtener beneficios al mínimo coste y con las mínimas preocupaciones y escrúpulos, en lugar de evitar su producción en origen se ha preferido crear el negocio de su «tratamiento» o «gestión» al final por parte de empresas para las que los beneficios se hallan en directa relación con la existencia de residuos; cuantos más mejor (cobran por tonelada). Dichas empresas no eliminan la toxicidad de estos compuestos ya que no se sabe como hacerlo, limitándose básicamente en almacenarlos en montones crecientes, de millones de toneladas, donde tarde o temprano (más temprano que tarde) terminan o terminarán contaminando suelos, ríos, aguas subterráneas, mares… Y eso cuando llegan a «tratarse», cosa que hasta ahora sólo ha sucedido con una minoría (muchos acaban en el mar, incluso arrojados intencionadamente a sus aguas, inyectados bajo tierra o abandonados en los sitios más insospechados, cuando no exportados a países pobres). Otras veces se incineran —con graves emisiones tóxicas— en plantas especializadas o incluso en cementeras, para que estas últimas ahorren en combustible. Algo similar pasa muchas veces con las basuras domésticas.

Envenenamiento sistemático: químico y genético

Pero en nuestro planeta no sólo se producen decenas de miles de millones de toneladas de residuos industriales, deseados o no, sino también ingentes cantidades de venenos creados voluntariamente como tales. Venenos que diseminamos conscientemente sobre la mayor parte de los cultivos que nos sirven de alimento, así como sobre grandes extensiones de bosques, al igual que en parques y jardines, piscifactorias o incluso dentro de nuestras propias casas y lugares de trabajo. Obviamente, hablo de los pesticidas, que cada vez hay que usar en mayores dosis, al crecer de año en año el número de las especies plaga resistentes a ellos (de forma similar a lo que está sucediendo con los antibióticos que poco a poco se van tornando inútiles). En el caso de algunos herbicidas, las «malas hierbas» resistentes a ellos son ya tan contumaces que para matarlas habría que echar tales cantidades que acabarían por matar la propia cosecha. Para «solucionarlo» algunas multinacionales fabricantes de pesticidas han creado plantas de cosecha manipuladas genéticamente para que resistan más dosis de veneno sin morirse, y así puedan seguir creciendo las ventas. Además, mediante contratos leoninos y patentes de semillas transgénicas se consigue así someter aún más los designios de los agricultores a lo intereses de la industria química (que se apodera cada vez más de nuestra alimentación). Todo ello sin tener debidamente en cuenta los riesgos de estas plantas manipuladas y sumando a la contaminación química una nueva: la contaminación genética.

A la contaminación química se le ha añadido la contaminación genética.

Es evidente que el planeta no podrá resistir indefinidamente el nivel de agresiones que padece.

Se están detectando restos apreciables de sustancias tóxicas, sean pesticidas u otras derivadas de la actividad industrial, no sólo en la fauna y la flora, sino en la mayoría de los seres humanos. Muchos de estos tóxicos son cancerígenos, y crece de día en día la evidencia científica de que una parte importante del cáncer que padecemos (por ejemplo, curiosamente, el de mama, lugar del cuerpo donde tiende a prodigarse, y desde donde cabría el riesgo de liberarse en parte con la lactancia) parece estar muy relacionado con dichos tóxicos. Según la OMS (Organización Mundial de la Salud) en los próximos veinte años se prevé que crezca el número de los nuevos casos de cáncer en el mundo en un 50%, mientras la industria farmacéutica (que con frecuencia no es más que una filial de las mismas industrias químicas que generan muchas substancias tóxicas) se obstina, y con ella toda una legión de investigadores médicos que le están más o menos subordinados, en apostar por cada vez más caros y agresivos tratamientos. ¿No valía más prevenir que curar? ¿Dónde está aquí la prevención, esto es, la lucha contra la producción de substancias cancerígenas que acaban incorporándose a nuestros cuerpos? La propia OMS ha publicado datos escandalosos sobre los contenidos de tóxicos en la leche materna en algunos países como España y se conoce, por ejemplo, que en algunas zonas industriales como la de Huelva hay un exceso de ciertos tipos de tumores (entre ellos de pulmón), pero no se hace nada serio.

Además, muchas de estas substancias (dioxinas, furanos, PCB,s, DDT, etc.) no tienen sólo efectos cancerígenos, sino que causan también daños al aparato reproductor humano, especialmente en fases embrionarias o en la infancia. Cada vez son más los expertos que creen que esto podría tener algo que ver con el hecho de que en la mayoría de los países occidentales los hombres tengan ya mitad de espermatozoides que en los años 40. La propia reproducción de la especie humana, según denuncian algunos estudiosos, podría estar en peligro.

En nuestro afán de producir pesticidas, lubricantes, plásticos, disolventes, aislantes eléctricos, tintes textiles, pinturas, etc., no nos hemos percatado debidamente del impacto de la creación progresiva de una nueva química que permite el funcionamiento de la estructura técnica que nos envuelve cada vez más. Nuevas substancias, ajenas a las que estaban presentes en la Naturaleza, y que perturban en mayor o menor grado su delicado equilibrio químico. Muchos de estos componentes tienen una gran capacidad de diseminación y persistencia en los organismos vivos. Así, por ejemplo, los esquimales del Ártico están sufriendo muchos abor-

tos, malformaciones congénitas y otras dolencias reproductivas a consecuencia de algunos compuestos volátiles, como los PCB,s , usados a millares de kilómetros de allí, pero que viajan por la atmósfera concentrándose especialmente en zonas frías. Para combatir situaciones como la señalada, recientemente, la Comisión Europea, escandalizada por la evidencia de la crisis sanitaria que se está generando en los propios países desarrollados, intentó, por vez primera, instaurar un principio de precaución sobre las sustancias químicas —el programa REACH—, de modo que antes de poner estas en el mercado se realizasen los debidos estudios que garantizasen su inocuidad (cosa que ahora no se hace). Pero las presiones en contra de la industria química están siendo feroces, a pesar de los análisis de sangre que, para reforzar su postura, se han realizado numerosos ministros y políticos europeos, las cuales muestran que, como el común de los ciudadanos, tienen en el torrente sanguíneo decenas de substancias tóxicas. Hasta hoy, desde los albores de la Revolución Industrial, el hombre ha generado más de cien mil substancias químicas nuevas que no existían en la Naturaleza que, combinándose entre si y con las naturales, pueden haber dado lugar a más de un millón de nuevas substancias. De ellas, como se está comprobando día a día, miles pueden causar graves daños.

Los problemas se agravan

En fin, y volviendo al enfoque general de la situación planetaria, esta es muy preocupante. Extinción de especies (comparable a la que se produjo con ocasión de la desaparición de los dinosaurios), devastación de las selvas, agotamiento de recursos pesqueros, avance de la desertificación, calentamiento climático, desaparición de humedales, destrucción de los hábitat naturales costeros, deterioro aún de las zonas «protegidas», etc. No es sólo que el mercantilismo, aliado con una ciencia y una tecnología ciegas, estén, como vemos, arrasando muchas cosas, sino que, además, negocia con fraudulentas «soluciones» aparentes que, en el fondo, en algún caso, contribuyen a agravar los problemas. Mal llamadas «repoblaciones» con árboles inadecuados con beneficio industrial y no ecológico, créditos a los países pobres que sirven para corromperlos y endeudarlos más, inversiones en extinción y no en prevención de incendios, bosques abandonados que solo dan negocio —y sólo para unos pocos espabilados— cuando arden, depuradoras que no depuran lo que debiera depurarse, realización de grandes obras favorecidas por el despilfarro de agua, plantas de tratamiento de unos residuos cuya producción no para de crecer… En definitiva, «soluciones» que no lo son, por que no se basan en actuar sobre las causas, sino sobre unos síntomas que contribuyen a eternizar. Se tiende a vivir, de un modo francamente parásito, de los problemas y no de sus soluciones —creando nuevos negocios que no frenan los negocios ya en marcha—, mientras se agrava el cambio climático, la deforestación, la polución industrial, los ries-

Los residuos tóxicos. No se reduce su producción en origen…: se incentiva a las empresas que los tratan al final de la cadena.

gos radiactivos… Todo sigue el esquema de una huida hacia delante —negocio sobre negocio— confiando ciegamente en que el mismo guión financiero-científico-tecnológico que nos ha llevado a esta situación, encontrará formas para sacarnos del atolladero. Pero lo cierto es que, en buena medida, no está siendo así. Es muy fácil descomponer las delicadas tramas de la Vida —algunos científicos, tecnócratas y mercaderes son «geniales» haciendo tal cosa—, pero luego no se sabe cómo recomponerlas. Y los grandilocuentes discursos de algunos políticos, en algunas reuniones internacionales, da igual de la ideología que sean, aparte de servir para sacarse unas fotos excelentes, parece que no son suficientes. Es evidente que el planeta no podrá resistir indefinidamente el nivel de agresiones que padece. Y es evidente, también, que las «soluciones» que han venido aportándose de forma generalizada hasta ahora, emanadas de cierta concepción materialista del mundo, no bastan.

Según la Organización Mundial de la Salud, en veinte años se prevé un incremento del 50% del cáncer debido a la toxicidad liberada en la naturaleza.

Se ha llegado a una situación extrema. Tanto que, en algunos casos, se está aproximando bastante al inquietante escenario de algunas novelas de ciencia ficción, que parece que están dejando de ser ficción (para convertirse, en el peor de los sentidos, en realidad). Así, por ejemplo, se han puesto ya «derechos de autor» incluso a los seres vivos, personas incluidas. Se han creado negocios bautizados sin rubor «Ciencias de la Vida» (la Biotecnología). Se ha convertido la agricultura en una filial de la industria química más contaminante que últimamente apuesta por las cosechas transgénicas. Mueren personas en conflictos bélicos que suelen tener el trasfondo del control de recursos estratégicos. Se sustentan, con apoyo de países ricos que dicen amar la «libertad», dictaduras corruptas terribles; se desestabiliza; se crean guerras en el Tercer Mundo para disponer de recursos naturales baratos, mientras sus poblaciones se mueren de hambre. Se ha creado, en fin, un mundo donde, en nombre de la libertad, los únicos realmente libres son, demasiadas veces, los grandes mercaderes (ni siquiera el mercado). Libres por que cada vez tienen menos estorbos morales, menos barreras para sus grandes negocios. Nada sagrado ante lo que detenerse.

El mundo, este mundo que dice ser presidido por la Razón, y sin afán alguno de dramatizar, se está acercando demasiado ya al Mundo Feliz de **Aldous Huxley** y al Gran Hermano de **Orwell**, que no se detiene ante nada (ni ante el propio ser humano que puede ya manipularse y clonarse). La realidad virtual, la manipulación, gana terreno día a día. Y no se ven poderes políticos capaces de frenarlo (por que, con frecuencia, estos están, y cada vez más, en manos de los económicos). Realmente cada vez de forma más clara la política misma se extingue ante el crecimiento progresivo de los que algunos ya definen, no se si exageradamente o no, como una dictadura económico-tecnológica mundial. Incluso en las más conspicuas democracias, la verdad es que la Democracia real y no los sucedáneos, si analizamos la cuestión de un modo exigente, brilla por su ausencia. Instituciones financieras, cuyos directivos no han sido votados por nadie —ni con manipulación de masas

ni sin ella—, toman constantemente decisiones que nos afectan a todos. Y todo ello se asume como algo normal (aunque halla obviamente sectores muy críticos con esta situación que no tienen fácil cambiar y máxime cuando, en algún caso, estos sectores críticos están demasiado contaminados —sabiéndolo o no— de algunos enfoques materialistas vinculados con la causa profunda de los problemas descritos.

Ante la proporción que están adquiriendo los acontecimientos, es probable que halla que cuestionarse las cosas más en profundidad. Un cuestionamiento que afecte a la base misma de donde nace todo. A los planteamientos básicos. Es necesaria otra visión diametralmente opuesta a la que tenemos (y no tan sólo mantenerla con matices de supuesta variación). Darnos cuenta, por ejemplo, de que una civiliza-

ALGUNOS INDICADORES AMBIENTALES
(Fuente: World Resources Institute. Washington)

Población en el mundo

Prevista para 2025	Prevista para 2050
8.300 millones	10.000 millones (+ 20%)

Población urbana

Hace 40 años	En 1998	Previsión para 2025
1/3 de la población	1/2 de la población vivirá	2/3 de la población mundial en ciudades

Número de hectáreas que pasan de agrícolas a urbanas en el mundo cada año

500.000

Costas en peligro

Cerca de un 60% de la población mundial vive a menos de 100 kilómetros de la costa.
El 51% de los ecosistemas costeros planetarios están en riesgo de degradación.

Número de automóviles en el mundo

En 1990	Previsión para 2010
580 millones	Se prevén 816 millones.

Incremento del uso del consumo de energía

En 20 años, hasta 1998, el consumo de energía subió en el mundo un 50%, previéndose idéntico incremento hasta 2.020 (eso en el mejor escenario, ya que el incremento real podría oscilar entre el 54% y el 98%). En Asia se prevé un incremento del 100% entre 1990 y 2010.
En Iberoamérica, en el mismo periodo, el incremento oscilaría entre un 50 y un 77%.

Incremento de emisiones de dióxido de carbono

Entre 1970 y 1990	Previsión para 2010
Aumento de un 38% de las emisiones Industriales de CO_2	Incremento entre el 30 y el 40%

Agua

Entre 1940 y 1990	Previsión para 2050
La utilización de las aguas de ríos, lagos y acuíferos (especialmente para regadío) creció un 400% (es decir, se cuadruplicó su gasto).	Entre el 13 y el 20% de la población mundial (de 1000 a 2.400 millones de personas) vivirán en países con escasez de agua. África y partes de Asia occidental serán especialmente vulnerables.

Bosques

Entre 1960 y 1990 se perdió el 20% de la cubierta de bosques tropicales naturales.
Durante la década de los años 80 la cubierta de bosques naturales decreció un 8% en los países en desarrollo. Norteamérica ha perdido el 20% de sus bosques originales.
Los países de la antigua Unión Soviética el 35%. Europa el 60%.

Las «soluciones» que han venido aportándose hasta ahora, emanadas de cierta concepción materialista del mundo, no bastan.

ción materialista que sitúa cosas como el dinero y el poder por encima de todas las cosas, sacralizándolos, es, por definición, una cultura inmoral y corrupta. Y, ante todo, darnos cuenta de que todo esto ha pasado, no lo olvidemos, basta repasar un poco la Historia, mientras la visión espiritual del mundo era ridiculizada y desterrada a las tinieblas exteriores. Lo cual quizás no sea una casualidad.

Hoy día parece profesarse en el mundo cierta clase de culto fundamentalista a un modelo de «progreso» financiero, tecnológico y científico. Una suerte de «religión» materialista en aras de la cual se ridiculiza todo lo que no tenga que ver con sus planteamientos. Al que muestre reticencias puede achacársele el más grave e imperdonable de los pecados: ir contra el «progreso». Los «sacerdotes» del dinero, de la técnica o de las supuestas verdades racionalistas creen que sólo sus planteamientos llevarán al hombre a un mundo feliz. Pero basta ver el estado del planeta para que cualquiera que piense por si mismo tenga serias dudas al respecto. Más bien, parece evidente que sólo si el hombre se hace más espiritual las cosas podrán cambiar realmente. ■

Carlos de Prada

Algunas obras de consulta

Global Environment Outlook, 3. Past present and future perspectives. United Nations Environment Programme. Earthscan Publications Ltd. London. Sterling VA. 2002.

Nuestro futuro robado. ¿Amenazan las substancias químicas sintéticas nuestra fertilidad, inteligencia y supervivencia?- Th. Colborn, J. Peterson Myers y D. Dumanoski. Ecoespaña Editorial. Madrid. 1997.

Recursos Mundiales. La guía global del Medio Ambiente. El cambio ambiental y la salud humana. World Resources Institute. Editorial. Madrid. 2000.

Recursos mundiales. La guía global del Medio Ambiente. El Medio Ambiente Urbano. World Resources Institute. Ecoespaña Editorial. Madrid. 1998.

Recursos Mundiales. La guía global del planeta. La gente y los ecosistemas: se deteriora el tejido de la vida. World Resources Institute. Ecoespaña Editorial. Madrid. 2002.

Signos vitales 2000 - Las tendencias que marcarán nuestro futuro. Lester R. Brown y otros. Informe del Worldwatch Institute. Ed. Bakeaz. Bilbao. 2000.

Situación crítica. Salud humana y medio ambiente. E. Chivian y otros autores. Flor del viento ediciones. Barcelona. 1995.

World Resources. La guía global del medio ambiente. Población y medio ambiente. Informe del Instituto de Recursos Mundiales. Ecoespaña Editorial.

Naturalista, periodista y escritor. Premio Global 500 de la ONU y Premio Nacional de Medio Ambiente. Es autor, entre otros libros, de Tierra Quemada. Políticos y empresarios contra la naturaleza: el negocio verde, *1995, y* Los Cisnes de Urd. Naturaleza y mito en la Edda, *1997.*

[Recortes de prensa]

CALENTAMIENTO DEL PLANETA

Ciudades costeras de todo el mundo piden a EEUU que ratifique Kioto para no desaparecer

EFE

MILÁN.- Un total de 74 ciudades costeras de todo el mundo, encabezadas por Venecia, han lanzado la alarma ante el riesgo de verse sumergidas en el futuro como consecuencia de la subida del nivel del mar relacionada con el cambio climático. Piden a EEUU que ratifique el Protocolo de Kioto.

Entre los alcaldes firmantes de la petición figuran los de ciudades como Río de Janeiro, Dakar, Amsterdam, Lisboa, Copenhague, San Francisco y Ciudad del Cabo.

[Recortes de prensa]

La Amazonia de Brasil pierde en un año una superficie superior al territorio de El Salvador

EFE

BRASILIA.- Unos 23.750 kilómetros cuadrados de la Amazonía de Brasil, área superior a los 21.041 kilómetros cuadrados del territorio de El Salvador, fueron devastados entre agosto de 2002 y de 2003, informaron fuentes oficiales brasileñas.

La Amazonía brasileña, considerada el «pulmón verde» del planeta, ha sido castigada por talas que buscan abrir espacio a inmensas plantaciones de soja y pastos para el ganado.

Las autoridades ambientales, así como organizaciones de protección del medio ambiente, acusan que la gran mayoría de esos derrumbes son ilegales.

EXIGE EL «URGENTE Y ESTRICTO CUMPLIMIENTO» DE KIOTO

Greenpeace dice que los glaciares de la Patagonia pierden 42 km^3 de hielo al año

El cambio climático ha hecho perder a los Pirineos hasta el 70% de su superficie de hielos perpetuos

MADRID.- Los glaciares de la Patagonia chilena y argentina han perdido, cada año y durante los últimos siete, un total de 42 kilómetros cúbicos de hielo, el volumen de 17 millones de piscinas olímpicas.

Otros efectos perversos del calentamiento global serán la extinción de más de un millón de especies antes de 2050, de acuerdo con la revista Nature, pero también el aumento de la frecuencia e intensidad de fenómenos meteorológicos extremos (inundaciones, sequías).

RUSIA OCCIDENTAL SERÁ OTRO DE LOS MÁS AFECTADOS

España y Portugal son los países de la Unión Europea a los que más les afecta el cambio climático

EUROPA PRESS

BRUSELAS.- Los efectos del cambio climático se pueden observar ya en Europa en forma de tormentas, inundaciones, sequías y «otras condiciones meteorológicas extremas, cada vez más frecuentes y económicamente gravosas», fenómeno que afecta especialmente a la Península Ibérica y Rusia occidental, según las conclusiones de un informe de la Agencia Europea de Medio Ambiente (AEMA).

El informe indica que la temperatura se ha incrementado en 0,95 grados en Europa en los últimos 100 años por encima de la media mundial, y el fenómeno seguirá desarrollándose.

Los inviernos fríos, de los que sólo hay uno cada diez años desde 1960, serán cada vez menos frecuentes y desaparecerán por completo en 2080. A partir de entonces, los veranos serán una media de un 10 % más cálidos que los actuales en gran parte de Europa y más particularmente en España.

[Recortes de prensa]

Cambio climático: hasta el Pentágono prevé una catástrofe mundial

NUEVA YORK.- Gracias a la revista *Fortune* se ha conocido un informe apocalíptico elaborado por el Pentágono. Se refiere a los efectos del calentamiento global, advirtiendo que la amenaza es tan real y grave como la del terrorismo.

Se producirán guerras por el control del agua y de los recursos naturales; las sequías y los temporales causarán miles de muertes; cerca de 400 millones de personas se verán «desplazadas» de regiones convertidas en inhabitables; el Norte de Europa se trasformará en una especie de Siberia y el mar anegará gran parte de los Países Bajos.

El informe ha sido elaborado por el prestigioso Andrew Marshall, un veterano estratega de 82 años que, desde los tiempos de Nixon, trabaja en las penumbras del Pentágono. Marshall no es precisamente un ecologista infiltrado; a él se debe la idea del escudo antimisiles y, más recientemente, el plan para modernizar el Ejército norteamericano.

«Crisis sin precedentes desde la extinción de los dinosaurios»

«Vivimos una crisis sin precedentes desde la extinción de los dinosaurios. El 45% de los bosques han desaparecido, el 10% de los corales y el resto está gravemente amenazado». El director general del Programa de la ONU sobre Medioambiente, Klaus Toepfer, pronunció estas crudas palabras ante una platea con más de 1.200 expertos.

La necesaria ruptura

Alain de Benoist

Si el siglo XX ha sido el de la pasión consumista y de la devastación del planeta; en suma: el siglo del despilfarro como deber cívico…, al siglo XXI no le quedará sino una alternativa: o seguir fiel a ese vértigo que conduce a lo peor, o emprender el camino de una urgente rectificación.

Se ha caracterizado al siglo XX de múltiples formas: siglo de la entrada en la era atómica, siglo de la descolonización, de la liberación sexual, siglo de los «extremos» (**Eric Hobsawm**), de la «pasión por lo real» (**Alain Badiou**), del triunfo de la «metafísica de la subjetividad» (**Heidegger**), siglo de la tecnociencia, siglo de la globalización, etc. El siglo XX fue, sin duda, todo esto. Pero también es el siglo en el que se produce el apogeo de la pasión consumista, la devastación del planeta y, como reacción, el surgimiento de la preocupación ecológica. Para **Peter Sloterdijk**, quien caracteriza a la modernidad por el «principio de sobreabundancia», el siglo XX es ante todo el siglo del despilfarro. «Mientras que, para la tradición —escribe el filósofo alemán—, el despilfarro constituía el pecado por antonomasia contra el espíritu de subsistencia, puesto que ponía en juego la reserva siempre insuficiente de medios de sobrevivencia, se ha producido en la era de las energías fósiles un profundo cambio de sentido respecto al despilfarro: se puede decir que actualmente el despilfarro se ha convertido en el primer deber cívico […]. Lo prohibido ya no es el despilfarro, sino la frugalidad: como se expresa en los constantes llamamientos a mantener la demanda interior.»

Consumir el pasado: empobrecer el futuro

A comienzos del siglo XXI, que se anuncia como un siglo en el que la «fluidez» (**Zigmunt Barman**) tiende a remplazar por doquier a lo sólido —como lo efímero remplaza a lo duradero, como las redes sustituyen a las organizaciones, las comunidades a las naciones, los sentimientos transitorios a las pasiones de una vida entera, los compromisos puntuales a las vocaciones inmutables, los intercambios nómadas a las relaciones sociales arraigadas, la lógica del Mar (del Aire) a la de la Tierra—, se constata que el hombre habrá consumido en un siglo reservas que la naturaleza había tardado en forjar 300 millones de años.

Las sociedades antiguas habían comprendido espontáneamente que no puede existir ninguna vida social que no tenga en cuenta el medio natural en el que se desarrolla. En *De senectute*, evocando este verso citado por **Catón**: «Un árbol va a plantar en pro de otros tiempos», **Cicerón** escribe lo siguiente: «Por viejo que sea, el campesino al que se le pregunta a favor de quién planta algo, no duda en contestar: «A favor de los dioses inmortales, que quieren que, sin contentarme de recibir estos bienes de mis antepasados, los transmita a mi vez a mis descendientes»» (7, 24). La reproducción duradera ha sido la norma en todas las culturas humanas hasta el siglo XVIII. Cualquier campesino de antaño era, sin saberlo, un experto en «sostenibilidad». Pero también los poderes públicos lo eran a menudo. Un ejemplo típico es de **Colbert**, quien, reglamentando las talas de bosques para asegurar la repoblación forestal, hacía plantar robles con el fin de obtener mástiles de barcos trescientos años después.

Los modernos han actuado al revés. No han dejado de comportarse como si las «reservas» naturales se pudieran multiplicar al infinito —como si el planeta, en todas sus dimensiones, no fuera un espacio finito. En cada instan-

te presente han empobrecido el futuro al consumir a ultranza el pasado.

A este respecto, los dos problemas principales son, por un lado, la degradación del medio natural de vida bajo el efecto de las contaminaciones de todo tipo, las cuales también tienen directas consecuencias en la vida humana y en la de todos los seres vivos; y, por otro lado, el agotamiento de las materias primas y de los recursos naturales actualmente indispensables para la actividad económica.

La trampa del «desarrollo duradero»

Ya se han descrito demasiadas veces las contaminaciones como para que sea necesario volver a ello. Recordemos tan sólo que la producción anual de basura en los veinticinco países de la OCDE asciende actualmente a 4.000 millones de toneladas. El aumento de la cantidad de gas carbónico en la atmósfera, que acarrea la concentración de los gases con efecto invernadero y, por ende, el recalentamiento general del planeta, en particular en los polos, provoca un inquietante aumento del nivel del mar, intensifica la erosión de los suelos, agrava los efectos de la sequía, explica el aumento de la frecuencia e intensidad de los temporales, de los ciclones tropicales, de los maremotos, de las canículas, de los incendios forestales, etc. Al mismo tiempo, prosigue la deforestación a un ritmo espeluznante (la superficie forestal destruida cada año equivale a la superficie de Grecia), mientras que se agotan las reservas naturales. El petróleo se extraerá, dentro de poco, con rendimiento decreciente, al mismo tiempo que sigue aumentando la demanda. Las energías renovables sólo representan de momento el 5,2% de toda la energía consumida en el mundo. Sería vano esperar demasiado de ellas. En cuanto al «desarrollo duradero», del que tanto se habla desde 1973 (informe **Brundland**), aparte de que se presenta sobre todo como una postura mediática, sólo consigue en el mejor de los casos retrasar los ineluctables plazos.

Hoy se ha llegado a tal extremo que podemos decir que lo prohibido ya no es el despilfarro, sino la frugalidad.

En la óptica del desarrollo duradero, el medio natural de vida sólo es una variable constrictiva que aumenta el coste del funcionamiento de un sistema encaminado al crecimiento infinito de los productos mercantiles. Este modo de desarrollo no cuestiona en absoluto el principio de un crecimiento sin fin, cuya posibilidad intenta salvar, al tiempo que afirma buscar

los medios que no la hagan ecológicamente catastrófica. Este planteamiento se parece a la cuadratura del círculo. Si se admite, en efecto, que el desarrollo es la causa principal de la degradación del medio natural de vida, es completamente ilusorio querer satisfacer «ecológicamente» las necesidades de la actual generación sin cuestionar la naturaleza de estas necesidades. Como lo ha demostrado en múltiples ocasiones **Serge Latouche**, la teoría del desarrollo duradero se contenta, para hacer frente a los problemas, con desarrollar procedimientos o técnicas de control que cuidan los efectos de estos males sin actuar sobre las causas. Resulta, de tal modo, particularmente engañosa, pues hace creer que resulta posible remediar la crisis sin cuestionar la lógica mercantil, el imaginario económico, el sistema del dinero y la expansión ilimitada del capital. En realidad, se condena dentro de cierto plazo, en la medida en que se sitúa en el marco de un sistema de producción y de consumo que es la causa esencial de los daños que pretende remediar.

En tales condiciones, es totalmente natural que surja otra teoría: la que intenta organizar el decrecimiento. Tal término puede atemorizar o parecer utópico. Se trata, en cualquier caso, de una perspectiva que merece explorarse, como ya lo están haciendo en muchos países, numerosos economistas e investigadores. El decrecimiento representa una alternativa en forma de ruptura. Pero no será posible más que si se produce una transformación general de los espíritus. Serge Latouche habla con mucha razón de «descolonizar el imaginario». Ello obliga a combatir el productivismo en todas sus formas existentes: no se trata de volver atrás, sino de superar. Se trata de sacar de nuestras cabezas la primacía de la economía y la obsesión del consumo, que han hecho que el hombre se haga extraño a sí mismo. Se trata de romper con el mundo de los objetos para reinstaurar el de los hombres. ■

Se trata de romper con el mundo de los objetos para reinstaurar el de los hombres.

Alain de Benoist

Ensayista, autor de una vasta obra en el campo de la filosofía política y el movimiento de las ideas. Gran Premio de Ensayo de la Academia Francesa, 1978. Es director en Francia de las revistas culturales Nouvelle École *y* Krisis.

Drogas y libre mercado

H. C. F. Mansilla

Toda lucha contra el consumo de drogas —sostienen sus valedores— equivaldría a coartar la libertad de elección de los hombres. El Estado —se dice— debería ser menos restringente en lo que se refiere a la vida privada de los ciudadanos, que, en cuanto mayores de edad, deberían estar libres de toda tutela pedagógica. Todo ello, en el fondo —responden otros— viene en franco detrimento de una sociedad sana e ilusionada, que estimula una vida humana sólida y alegre, que vela por la integridad de sus niños y de las generaciones posteriores; que protege la familia y una existencia emocional saludable.

La legalización de las drogas, propugnada por un número creciente de personalidades y grupos de reconocida solvencia intelectual y ética, parece avenirse con la filosofía liberal y con la moral individualista que animan al sistema de libre mercado y comercio. Esta posición tiene, además, un fuerte asidero en las concepciones postmodernistas que se han expandido en los últimos años precisamente entre los intelectuales alejados de las clásicas doctrinas marxistas y revolucionarias. El aparente fracaso de las políticas prohibicionistas (en los países de alto consumo) y de los planes de desarrollo alternativo para erradicar los cultivos excedentarios de coca (en las áreas de producción) por una parte, y la necesaria continuación de una actividad agroeconómica convencional (santificada presuntamente por la tradición aborigen) por otra, parecerían apuntar, tarde o temprano, a una inevitable despenalización del complejo coca / cocaína, lo que sería, además, ineludible para mantener la paz social y un mínimo aceptable de ingresos dentro de la comunidad campesina del país.

La prohibición fracasada

Las propuestas para despenalizar la producción, el comercio y el consumo de drogas no parten de un origen ideológico común y tampoco han elaborado una estrategia uniforme para llevar este postulado a la praxis. Hay que recalcar que se trata de una posición teóricamente seria y políticamente viable, compartida por un número creciente de ilustres personalidades de la vida pública —incluyendo portadores del Premio Nóbel—,[1] cuya sana intencionalidad está fuera de toda duda. Pero esta curiosa amalgama de liberales y anarquistas, empresarios privados y dirigentes sindicales, policías desilusionados e intelectuales radicales se basa, en última instancia, en una paradójica exaltación acrítica de las funciones del mercado y en una hipérbole del individualismo occidental. Esta posición se basa también en argumentos de corte empírico y pragmático, que no son nada desdeñables. El más contundente de éstos parece ser el esbozado, entre otros, por **Gabriel García Márquez** en su *Manifiesto por la legalización:*[2] la prohibición habría hecho más atractivo y fructífero el negocio de las drogas y fomentaría simultáneamente un ámbito de criminalidad y corrupción cada vez mayor. El problema radicaría en la enorme demanda de los

1. Cf. por ejemplo: Milton Friedman, «Prohibido prohibir», en: *Perspectiva* (La Paz), vol. 11, N.º 41, p. 14 [julio de 1994].

2. Gabriel García Márquez, «Manifiesto por la legalización», en: *Coca y lucha contra las drogas* (Lima), vol. 3, N.º 11/12, noviembre / diciembre de 1993, p. 3.

países del Norte, especialmente en los Estados Unidos, donde los esfuerzos de la administración pública por contener las redes de distribución habrían sido sospechosamente laxos. Esta concepción se basa en una experiencia histórica irrefutable: el fracaso de la prohibición de la producción y el consumo de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos entre 1920 y 1933 (la tristemente célebre *Ley Seca*), que, efectivamente, hizo aumentar la tasa de delitos, la corrupción de todo tipo (incluida singularmente la policial y judicial), la apertura de tabernas clandestinas y el consumo masivo de alcoholes de mala calidad. Los partidarios de la despenalización de las drogas suponen que esta medida no elevaría sensiblemente el consumo de las mismas —dada la actual disponibilidad de drogas ilícitas el impacto de la despenalización sería mínimo—, sino que eliminaría los aspectos delincuenciales del tráfico, dejaría libres cuantiosos recursos para fines educativos, bajaría enormemente los precios del producto final y, por consiguiente, las ganancias de los narcotraficantes y, desestimularía, por lo tanto, la dedicación a este turbio negocio.

Para una parte de la opinión pública, las drogas ilegales seguirán siendo un problema insoluble mientras sean ilegales, no por ser específicamente drogas peligrosas. Aquí se registra una cierta simplificación de la problemática, que se basa en igualar las drogas que producen adicción a cualquier otra sustancia como el alcohol o ciertos productos recreativos, basándose, además, en el argumento de una responsabilidad ética individual que se la presupone equivocadamente como algo respetado y practicado, aunque todos sabemos que los códigos de moral pública y privada y los estatutos legales basados en ellos se encuentran en un estado de franca descomposición, y precisamente en las opulentas sociedades altamente industrializadas. Por esto es que el punto de partida de **Milton Friedman**[3] no pasa de ser un trivial buen deseo: «Somos [...] una sociedad libre, donde cada uno es responsable de sí mismo. Aquí el gobierno no es dueño de mí».

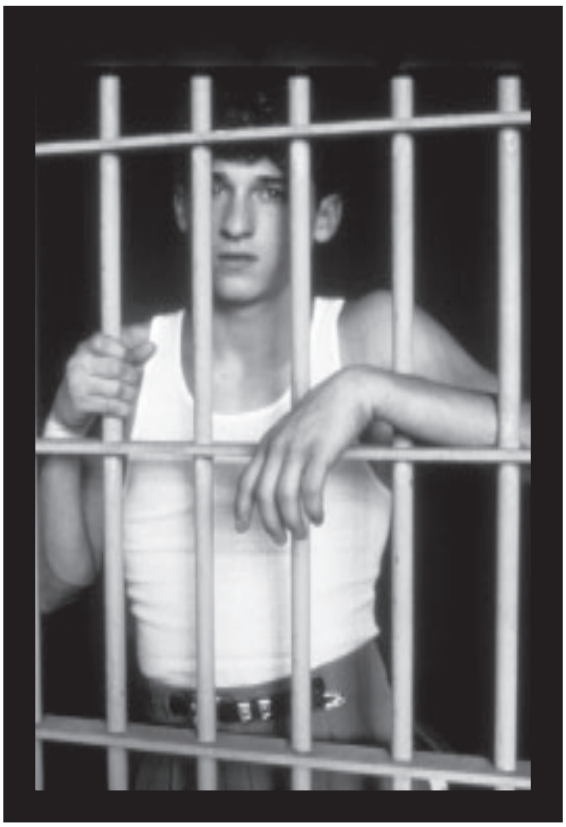
La prohibición habría hecho más atractivo y fructífero el negocio de las drogas.

Un final poco feliz

Si bien el fracaso de la *Ley Seca* parece sugerir un final poco feliz para la actual prohibi-

3. Milton Friedman, op. cit. (nota 1), p. 14.

ción de las drogas, es de justicia mencionar un antecedente histórico con resultado contrario. A mediados del siglo XIX, después de la derrota del Imperio Chino contra la Gran Bretaña en la llamada *Guerra del Opio*, el Estado chino se vio obligado a aceptar la libre circulación del opio en su territorio como consecuencia del triunfo militar de los adalides del libre comercio sobre los partidarios de un proteccionismo anticuado. Los ingleses forzaron el consumo del opio en el Celeste Imperio utilizando los mismos argumentos de los legalizadores de hoy: era imprescindible proteger el derecho individual de experimentar e ingerir cualquier sustancia, ya que los consumidores mayores de edad sabrían asumir ante su conciencia toda responsabilidad por el uso de estupefacientes y productos psicotrópicos con fines recreativos; era un deber político-moral, por otra parte, asegurar la libertad irrestricta de comercio justamente en aquellas áreas geográficas donde aun prevalecían el proteccionismo y otras detestables prácticas arcaicas consistentes en obstaculizar los intercambios entre las naciones. El resultado es por demás conocido: en pocos años el número de adictos severos al opio aumentó en forma realmente espectacular, llegando por lo menos a veinte millones; el proceso de una inocultable decadencia social y cultural fue acelerado marcadamente a causa de la descomposición de los estratos medios, ocasionando por largas décadas la declinación histórica de China y el consiguiente odio masivo a los representantes de la cultura occidental.



La edición de libros y prensa no alcanza ni de lejos el volumen financiero del negocio de las drogas.

El fundamento filosófico de la posición legalizadora estriba, en última instancia, en una analogía con el comportamiento de los consumidores libres en un mercado irrestricto. «La "guerra contra las drogas" no es sino un capítulo más de la historia general de la estupidez humana», escribió **Thomas Szasz.**[4] «Así como reclamamos la libertad de pensamiento para elegir nuestras lecturas o la película que deseamos ver, es decir, así como tenemos derecho a meter en nuestras mentes lo que queramos, también tenemos derecho a elegir nuestros alimentos u otras substancias que queramos meter en nuestros cuerpos». Según esta corriente de pensamiento, la prohibición de las drogas no está basada en consideraciones genuinamente científicas, sino en prejuicios religiosos, políticos y sociales, es decir en rituales sedimentados por siglos y alimentados por la irracionalidad propia de los seres humanos. «[...] la guerra contra las drogas [...] representa simplemente una variante de la antiquísima pasión de la humanidad por purgarse a sí misma de sus impurezas, escenificando grandes dramas [...] de la persecución del chivo expiatorio».[5] Esta posición, contraria al «paternalismo médico» y a la «sociedad terapéutica», sostiene que los Estados actuales impiden «la autodeterminación sobre las propias vidas», tratando a sus ciudadanos como «si fuesen niños», y asevera que las drogas ilícitas son menos peligrosas que el alcohol y el tabaco, ya que éstas últimas constituirían «una amenaza mayor» y causarían «mucho más daño *demostrable*» que las primeras.[6] La conclusión final no está exenta de una

4. Thomas Szasz, «Contra el Estado terapéutico. Derechos individuales y drogas», en: *Nueva Sociedad* (Caracas), N.° 102, julio/agosto de 1989, p. 173.

5. Ibid., p. 174.

6. Ibid., p. 173, 178 (subrayado en el original).

asombrosa ingenuidad: «Nadie está obligado a ingerir drogas si no lo desea, de la misma manera que nadie está obligado a leer un libro o ver una película si no lo quiere».[7]

Cuestionable comparación

Por otra parte, la analogía de las drogas con el alcohol pasa por alto otros aspectos que hacen cuestionable la comparación. Las bebidas alcohólicas producen ciertamente casos de fuerte adicción, pero en un número de consumidores más reducido que entre las personas consagradas a las drogas. Conforme a una amplia experiencia histórica muy bien documentada (en la cuenca del Mediterráneo se consume vino desde tiempos inmemoriales), se puede afirmar que la consumición de alcoholes es algo más controlable e integrado en ciertas formas de una sociabilidad habitualmente inofensiva. Las drogas van acompañadas, en cambio, por una atmósfera de individualismo solitario y de coerciones irrefrenables, que bien poco tienen que ver con los complejos rituales vinculados al consumo de alcohol. Es en este ámbito puritano, antilúdico y, a veces, profundamente alejado de toda estética pública —que caracteriza *también* a las naciones industrializadas del Norte—, donde emerge la candorosa equiparación del consumo de drogas con la lectura de libros. Hay que reconocer el hecho —con mucha envidia, lo confieso— de que el negocio mundial de libros, incluyendo revistas y folletos, no alcanza ni de lejos el volumen financiero, las repercusiones sociales y el peso político vinculados al tráfico de drogas. Admito que los libros y el cine producen una fuerte adicción, pero hasta las víctimas más depravadas de estos vicios delinquen relativamente poco para procurarse el dinero indispensable para mantener la afición, abandonan rara vez a su familia y profesión cuando están inmersos en el éxtasis placentero, no se convierten en seres peligrosos cuando se hallan en periodos de abstinencia y pueden razonar y preocuparse por el futuro cuando se encuentran de lleno en el trance adictivo. Así como los consumidores de cine y literatura llevan por lo general una vida que no conlleva ningún peligro para el prójimo, los negociantes en estos géneros se destacan igualmente por una actividad jurídicamente inofensiva y exenta del dinamismo —y del éxito— de los narcotraficantes.

Las bebidas alcohólicas producen casos de fuerte adicción, pero su número es infinitamente menor que la adicción producida por las drogas.

Además del argumento referido al fracaso

7. Ibid., p. 181.

de la *Ley Seca* (su punto más fuerte), los partidarios de la despenalización se basan en conceptos derivados del liberalismo y de los derechos humanos. Se afirma que el uso de estupefacientes, drogas, alcoholes, estimulantes y sedantes constituye un componente central de toda actividad humana, constatable en todos los tiempos y las culturas. Lo que hoy está prohibido, era un acto religioso del más alto valor en otra época y en otra civilización. Toda lucha contra el consumo de estos productos sería estéril, no sólo a causa de su inexorable reaparición bajo mantos culturales cambiantes, sino porque la veda de los mismos equivaldría a coartar la libertad de elección de los hombres, a cercenar sus facultades de ensayar y experimentar y a eliminar su derecho de disponer soberanamente de su propio cuerpo. El derecho a equivocarse pertenecería igualmente a los fundamentos de nuestra concepción moderna de libertad. El Estado, y sobre todo el contemporáneo, debería abandonar sus roles normativos, reglamentarios y restringentes en lo que se refiere a la vida privada de los ciudadanos, que, en cuanto mayores de edad, deberían estar libres de toda tutela pedagógica. La permisividad del mundo contemporáneo, su relativismo en cuanto a valores de orientación y el individualismo imperante configuran el ineludible precio que hay que pagar por una sociedad exenta de odiosos controles e insoportables prohibiciones emanadas de instancias gubernamentales que, después de todo, también están sometidas a los prejuicios de la época, a las modas éticas del momento y a numerosos errores de apreciación. Los partidarios de esta postura aseveran que la mayor permisividad del presente está acompañada —en no pocos casos— por un sentido mayor de responsabilidad social, por un nivel más elevado de educación general y por una acción de la escuela y de los medios de comunicación tendiente a evitar los excesos del libre albedrío.

En esa atmósfera desencantada surge la idea de que las drogas son tan buenas o malas como cualquier producto.

El relativismo de normas y valores, que sería inseparable de la modernidad, es concebido *por analogía a la racionalidad del mercado.* La modernidad social es concebida como un modelo organizativo *secular-libertario*, donde reina la competencia total de intereses de todo tipo y donde ninguno de éstos puede pretender encarnar la verdad absoluta. La racionalidad socio-política es percibida explícitamente como una traslación de la racionalidad del mercado a otras esferas: la legislación sería el compromiso momentáneo de un libre juego de ideas e intereses dentro de un foro altamente com-

petitivo y atomístico, donde no existiría ninguna legitimización de orden metafísico (Dios, la verdad revelada, la Razón) para la concepción política momentáneamente triunfante. La lealtad de las masas hacia el «sistema» estribaría exclusivamente en la satisfacción transitoria de sus anhelos y necesidades.

A favor del todopoderoso e irrestricto consumo

Este tipo de democracia no podría responder a las «demandas de certidumbre»[8] que plantea toda sociedad, especialmente aquellas que todavía no adoran del todo al nuevo ídolo contemporáneo del consumismo irrestricto. En este tipo de ordenamiento social, que *in nuce* es el ya existente en los Estados Unidos y en Europa Occidental, es vano el buscar un principio de legitimidad y verdad aceptado o, por lo menos, tolerado por todos los grupos sociales; los valores normativos están sometidos al examen cotidiano del consumidor todopoderoso (y, obviamente, supeditados a la acción de las agencias de publicidad) y a fuerzas centrífugas en constante cambio, adoptando en realidad el carácter de modas pasajeras. En el plano estrictamente político, las elecciones periódicas y el escrutinio diario de la crítica periodística devienen los únicos procedimientos para elucidar lo que es bueno, conveniente y deseable para el conjunto de la sociedad. En otras palabras: se evapora la idea del *bien común*, es decir, desaparece la concepción de una justicia genuina, de metas de orientación válidas a largo plazo como proyecto de desarrollo y de una verdad que no esté sometida a los gustos cambiantes del electorado. El postulado de **Milton Friedman** de que debe estar «prohibido prohibir» —que posee la engañosa sencillez de lo obvio y se originó curiosamente en la revuelta estudiantil o juvenil de mayo de 1968 en París— es un ejemplo clásico de la incoherencia lógica de un relativismo a ultranza: si se prohíbe toda inhibición de derechos, se puede llegar fácilmente a borrar todo límite a la acción de un individuo en la praxis, vulnerando inmediata e indefectiblemente los derechos de terceros, que son tan válidos y tan dignos de ser protegidos como los derechos del primer individuo. El respeto a los derechos de terceros ya presupone inexorablemente un concepto, aunque sea vago,

Es el vacío existencial de miles de ciudadanos desorientados lo que provoca la enorme demanda de drogas.

8. Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile: FCE, 1990, p. 146. «La base teórica de esta posición»: Marcel Gauchet, *Le désenchantement du monde,* París: Gallimard, 1985.

de un bien común que debe ser defendido contra los excesos en los que puede incurrir fácilmente el uso irrestricto de derechos por parte de un individuo.

La dilución del bien común corresponde a un ordenamiento político donde cada nueva elección (o cada nueva manipulación de los medios de comunicación) puede traer consigo otras normativas de corto aliento y de naturaleza deleznable por periodos de pocos años. La política ya no es, como en las doctrinas clásicas, la realización de los grandes principios humanistas, sino la búsqueda de acuerdos provisorios basados en compromisos aleatorios (es decir: contingentes), limitados en el tiempo y pobres en contenido. El quehacer político pierde así todo nexo con una verdad substancial allende la confrontación de intereses sectoriales.

Para muchos, la solución al sinsentido universal en que se vive es la huida de esa terrible realidad mediante las drogas.

No hay duda que este modelo sociopolítico es preferible a aquellos estados autoritarios que pretendían ser la encarnación de una verdad única, excluyente y, por supuesto, dogmática, estados que, por ende, se creían en la obligación moral de imponer a sangre y fuego una «doctrina de salvación» determinada (la marxista) a sus súbditos desprotegidos. Lo deplorable es que hoy en día se ha llegado al otro extremo, caracterizado por un relativismo axiológico total y por un desilusionismo compartido por una gran parte de la población. La «verdad» social se reduce a ser un arreglo provisional o un acto decisionista de una mayoría electoral o consumidora de índole fortuita. La *legitimidad* de un orden establecido se transforma en la *legalidad* que emana del respeto a procedimientos válidos en un momento dado. Según esta posición, el fundamento de la moderna democracia pluralista es la casualidad;[9] su única certidumbre, el respeto a las reglas de juego.

Este relativismo de valores estriba en un decisionismo subjetivo: después de todo, la voluntad y las ideas políticas y culturales de un individuo serían tan valiosas o tan banales como las de cualquier otro. Es en el marco de esa atmósfera escéptica y desencantada donde surge la doctrina de que las drogas son tan buenas o tan dañinas como cualquier otro producto, no existiendo, aparentemente, criterios de validez concluyente para prohibirlas. Ahora bien, esta posición, concordante con su relativismo, no puede arrogarse una obligatoriedad con respecto a todo tiempo y espacio. Parece recurrente en periodos de decadencia generalizada y en sociedades opulentas y extenuadas que denotan rasgos anónimos e innumerables fenómenos de *alienación*, en las cuales, además, se ha expandido la idea de que la sociedad en grande y la vida individual en pequeño no poseen un *sentido transcendente*, que vaya más allá del placer hedonista, del consumo inmediato y del compromiso político aleatorio. Es arduo, sin embargo, el vivir en medio de un sinsentido universal; para muchos la solución es la huida de esa terrible realidad mediante las drogas y los productos igualmente intoxicantes de la cultura de masas. Y es hasta cierto punto comprensible —pero no perdonable— que distinguidos intelectuales de esas sociedades del Norte supongan que la situación imperante en ellas

9 . Werner Becker, *Elemente der Demokratie* («Elementos de la democracia»), Stuttgart: Reclam 1985, p. 19.

sea de índole universal y que todos los pueblos de la Tierra vayan a adoptar más temprano que tarde la misma civilización de la barbarie tecnificada y de la decadencia moral y estética. Hay muchas evidencias de que es precisamente este contexto sociocultural en los Estados Unidos el que puede ser responsable, en última instancia, por la enorme demanda de drogas que ayudan a olvidar, aunque sea momentáneamente, el vacío existencial de miles de ciudadanos desorientados.

Los partidarios de la legalización de las drogas sostienen que el libre juego de la oferta y la demanda, en un mercado transparente y exento de toda regulación coercitiva, conduciría a un marcado descenso de los precios de estas substancias, a una desestimulación de la producción y del comercio y, por ende, a una reducción de la criminalidad asociada a este negocio. En vista de las experiencias históricas se puede aseverar que la instauración de mercados libres ha originado, evidentemente, toda una serie de mejoras en los campos de la producción y el consumo en las más variadas latitudes de nuestro planeta. Como toda institución humana, el mercado también posee algunas limitaciones: es un instrumento ciertamente inigualable para solucionar problemas *cuantitativos*, como es elucidar los deseos de los consumidores, por un lado, y asignar recursos escasos y gratificaciones acordes al principio de rendimiento, por otro. Pero no exhibe la misma eficacia en el tratamiento de procesos *cualitativos*, los que simplemente se organizan y responden a otros tipos de estructura intrínseca. La equiparación entre ambas esferas, tan en boga en las sociedades mercantilistas de hoy en día, no es un argumento ni lógicamente contundente ni históricamente convincente. Desde épocas inmemoriales, algunas esferas esenciales de la actividad humana se rigen por principios cualitativos; y es bueno que así sea. Entre ellas se encuentran: (a) el campo de la experiencia estética, del arte y la literatura, donde lo único decisivo es el insondable juicio de la posteridad; (b) el terreno del amor, del afecto, de la solidaridad humana y del genuino erotismo; (c) el ámbito de la religión y de la posición del Hombre frente a la muerte y al sentido de la existencia; (d) el espacio de la ciencia y del pensamiento, donde solamente vale el espíritu de crítica y creación; (e) la esfera de la ética y de las pautas normativas de comportamiento; y (f) el ámbito de la organización del Estado y la sociedad, con especial referencia a sus principios rectores.

Estos dos últimos puntos están inextricablemente ligados a las vivencias históricas, al sentido común emergente de la necesidad de una convivencia razonable y a principios elaborados por la comunidad internacional. La cuestión de la penalización o legalización de las drogas está estrechamente vinculada a estos dos últimos aspectos, que traspasan claramente los aspectos cuantitativos del mercado y de las modas del día. Aunque es ciertamente difícil establecer hoy en día un concepto ampliamente aceptado de *bien común*, no hay duda de que aún quedan elementos cualitativos aceptables: el respeto inalienable a la vida humana y a la integridad física y espiritual del prójimo; la invulnerabilidad de las condiciones vitales de los niños y de las generaciones posteriores; la solidaridad basada en la confianza y la amistad; la seguridad emocional que brindan los grupos primarios intactos; la protección de la familia; la salvaguardia del medio ambiente, así sea contra poderosos —y comprensibles— intereses inmediatos; la responsabilidad de los órganos estatales para asegurar un orden público según los fundamentos de la Razón; la obligación primordial del Estado de administrar justicia, de proveer educación y salud a sus ciudadanos; y la necesidad de establecer normas para resguardar la salud pública, pensando imprescindiblemente en la dimensión del largo plazo. ■

H. C. F. Mansilla

Escritor boliviano, Doctor en Filosofía por la Universidad Libre de Berlín, Magíster en Ciencias Políticas, Asistente de Cátedra en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros: Introducción a la teoría crítica de la sociedad, Faschismus und eindimensionale Gesellschaft, La limitación del conocimiento, Progreso y modernización en cuestionamiento. Ensayos en ciencias políticas, Desarrollo y progreso como ideologías de modernización tecnocrática.

Entrevista con **ALAIN FINKIELKRAUT**

¿Contra Occidente?

Unos 10.000 coches incendiados en una ingente pira en la que ardieron también autobuses, colegios, gimnasios e instalaciones deportivas. Tal es el balance de los motines que durante varias semanas del pasado otoño sacudieron los suburbios de las principales ciudades franceses. Los disturbios fueron obra de jóvenes inmigrantes árabes y negros* sobre los que recayó la bienpensante clemencia de un gran sector, no de la opinión pública, pero sí de la publicada.

Interrogándose al respecto, el filósofo francés **Alain Finkielkraut** concedió el pasado 18 de noviembre una entrevista al semanario israelí *Haaretz*, cuyos principales extractos reproducimos a continuación en primicia para la prensa española. Al condenar no sólo los vandálicos actos, sino sobre todo las motivaciones subyacentes a ellos, las declaraciones de Finkielkraut causaron en Francia un profundo escándalo. A los insultos contra el filósofo se sumó incluso la amenaza, por parte de la organización S.O.S. Racisme, de llevarle ante los tribunales.

Conviene precisar que, en el curso de dicha polémica, Finkielkraut declaró no reconocerse plenamente en el texto de la entrevista publicada. Sin embargo, si sus ulteriores declaraciones y precisiones matizan el tono de dicha entrevista, no impugnan en nada fundamental lo formulado en la misma.

Revuelta étnico-religiosa

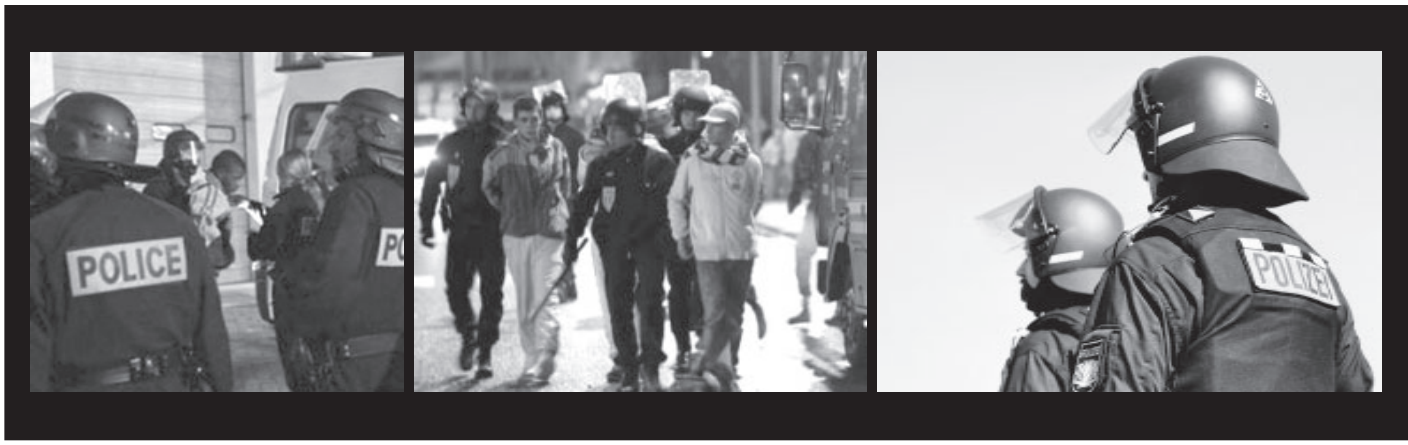
En la prensa francesa los motines de los suburbios se consideran sobre todo como un problema económico, como una reacción violenta frente a una situación de gran pobreza y discriminación, mientras que en Israel se tiende más bien a pensar que el origen de esta violencia es religioso o al menos étnico. Es decir, se tiende a considerarla como un elemento del combate islámico. ¿Cómo se sitúa usted respecto a estas diferentes posturas?

—En Francia se quisiera reducir los disturbios a su dimensión social. Se quisiera ver en ellos una revuelta de jóvenes de los suburbios contra su situación, contra la discriminación que sufren y contra el paro. El problema es que la mayoría de estos jóvenes son negros o árabes y se identifican con el islam. Existen, en efecto, otros emigrantes que tienen una situación difícil —chinos, vietnamitas, portugueses…— y que no participan en los disturbios. Está claro, por consiguiente, que se trata de una revuelta de carácter étnico-religioso.

¿De qué proviene? ¿Es una respuesta de los árabes y de los negros frente al racismo del que son víctimas?

—No lo creo, porque esta violencia ha ido prece-

* Afortunadamente para los franceses, la plaga de lo «políticamente correcto» aún no les ha llevado a hablar de «subsaharianos» para designar a las poblaciones negras de África. Alain Finkielkraut habla por tanto, y con toda naturalidad, de «*noirs*». Con la misma naturalidad lo traducimos por «negros», al igual que cuando habla de «*blancs*» lo traducimos por «blancos». Lo triste es que lo tengamos que precisar.



dida de signos muy inquietantes que la anunciaban y que no se pueden reducir a una simple reacción ante el racismo francés. Tomemos, por ejemplo, los sucesos que ocurrieron, hace unos años, en el partido de fútbol Francia-Argelia, celebrado en París en el estadio de Francia, y en cuyo contexto se decía que todos adoraban a la selección francesa por ser «black, blanc, beur».[1] Hoy, en cambio, es «black, black, black», lo cual hace troncharse de risa a toda Europa. Si en Francia alguien efectúa semejante observación, va a la cárcel, pero no deja de ser significativo que la selección francesa de fútbol esté compuesta casi exclusivamente de jugadores negros. Sea como sea, este equipo es percibido como el símbolo de una sociedad multiétnica, abierta, etc.

La idea generosa de guerra contra el racismo va transformándose monstruosamente en una ideología engañosa.

Lo que es interesante resaltar es que, durante el partido Francia-Argelia al que me refería, una gran parte del público, compuesta por jóvenes de origen argelino, estuvo abucheando a la selección francesa. Lo hicieron incluso cuando se entonó la Marsellesa, habiéndose tenido que interrumpir el partido cuando los jóvenes invadieron el terreno de juego con banderas argelinas.

También hay las letras de las canciones de rap, letras muy preocupantes, auténticos llamamientos a la revuelta. Creo que hay una que se llama *Doctor R* en la que se dice: «Me meo sobre Francia, me meo sobre De Gaulle», etc. Son declaraciones muy violentas y de odio a Francia. Todo este odio y esta violencia se expresan ahora en los motines, y ver en ellos una respuesta al racismo francés es estar ciego ante un odio mucho más amplio: el odio a Occidente, al que se hace responsable de todos los crímenes. Es esto lo que hoy Francia está descubriendo.

Contra Francia, como país europeo

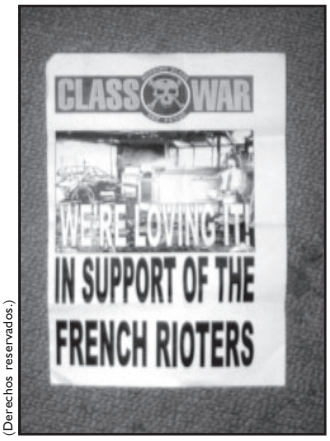
Según usted, ¿significa ello que estos motines no están dirigidos contra Francia, sino contra todo Occidente?

—No, están dirigidos contra Francia, como antigua potencia colonial; contra Francia, país europeo. Contra Francia, con su tradición cristiana, o judeocristiana.

¿Cree usted que el origen de este odio hacia Occidente por parte de los franceses que participan en los disturbios se encuentra en la religión, en el islam?

—Hay que ser claro a este respecto. Se trata de una cuestión muy difícil a cuyo respecto se ha de intentar mantener un lenguaje verdadero. Se tiende, por razones «nobles», a tener miedo del lenguaje verdadero: se prefiere, por ejemplo, decir «los jóvenes», en lugar de hablar de «negros» o «árabes». Pero, por nobles que sean las razones, no se puede sacrificar la verdad. Se tiene, por supuesto, que evitar las generalizaciones: no se trata ni de todos los negros ni de todos los árabes. Y desde luego que la religión —no como religión, sino como identidad— desempeña en todo ello un papel importante. La religión tal como aparece en internet y en las cadenas árabes de televisión sirve de vínculo de identificación para una parte de estos jóvenes. Contrariamente a otros, yo no he hablado de «intifada de los suburbios», y no pienso que

1. «Negra, blanca, árabe». El término «*beur*» designa, más exactamente, a los jóvenes magrebíes nacidos en Francia de padres inmigrantes.



(Derechos reservados.)

«En apoyo de los amotinados franceses.»

(Derechos reservados.)

«Bretón, tus impuestos arden en los suburbios franceses.»

(Derechos reservados.)

«Nantes, 10 mezquitas, ¿y dentro de 10 años?…»

se tenga que emplear este término. Sin embargo, he descubierto que también en este caso se envía a la primera línea de combate a los más jóvenes, cosa que ustedes, en Israel, conocen de sobra: se les envía porque, al ser los más jóvenes, no se les puede encarcelar al ser detenidos. Sea como fuere, lo cierto es que al menos no hay atentados. Nos encontramos en otra fase: pienso que se trata de la fase del pogromo contra la república, contra la democracia. Hay gentes que odian a Francia como república.

«Me meo sobre Francia, me meo sobre De Gaulle», dicen algunas de las canciones.

Pero ¿por qué? ¿Por qué motivos?

—¿Por qué el mundo árabe-musulmán, al menos en parte, ha declarado la guerra a Occidente? La república es la versión francesa de Europa. Ellos y quienes los justifican dicen que ello proviene de la fractura colonial. De acuerdo, pero no se ha de olvidar que la integración de los trabajadores árabes en Francia en la época del poder colonial era mucho más sencilla. Se trata, dicho de otro modo, de un odio con retardo, de un odio *a posteriori*. Estamos ante una radicalización islámica que se ha de explicar en su totalidad antes de llegar al caso francés. Estamos ante una cultura que, en lugar de ocuparse de sus propios problemas, busca un culpable exterior —lo cual resulta mucho más sencillo. Es mucho más atractivo decirse que en Francia uno es excluido y ponerse a gritar «¡dadme, dadme!». Son cosas que nunca han funcionado para nadie y que no pueden funcionar.

Contra el proyecto colonial

En los Estados Unidos también estamos asistiendo a la islamización de los negros. **Lewis Farkhan** fue el primero que dijo en Norteamérica que los judíos jugaron un papel decisivo en la esclavitud. Y el principal portavoz de estas ideas en Francia es actualmente **Dieudonné**:[2] es él el verdadero líder del antisemitisimo en Francia, y no el Frente Nacional. Pero en Francia, en lugar de combatir su discurso, se hace precisamente lo que pide: se cambia la enseñanza de la historia colonial y de la historia de la esclavitud en las escuelas. Hoy se enseña la historia colonial exclusivamente como una historia negativa. Ya no se enseña que el proyecto colonial también quería educar, aportar la civilización. Sólo se habla de los intentos de explotación, de dominación y de saqueo. Pero, en realidad, ¿qué es lo que quiere Dieudonné? Exige una *shoah* tanto para los árabes como para los negros, pero la *shoah* y la esclavitud si se sitúan en el mismo plano, se está proclamando una falsedad, pues la esclavitud no fue una *shoah*. No fue un crimen contra la humanidad porque no fue solamente un crimen. Fue una cosa ambivalente. La esclavitud empezó mucho antes que Occidente. En realidad, la especificidad de Occidente en todo lo relativo a la esclavitud, es precisamente lo relativo a su abolición. La abolición de la esclavitud es un asunto europeo y americano. Y esta verdad sobre la esclavitud es lo que ahora está prohibido enseñar en las escuelas.

Por ello, todos estos acontecimientos me apenan mucho: no porque se hayan producido, pues al fin y al cabo se tenía que estar ciego y sordo para no ver que se producirían, sino a causa de las explicaciones que

2. Cómico mulato de gran éxito en Francia.

(Derechos reservados.)

(Derechos reservados.)

los acompañan y que constituyen un golpe mortal para la Francia a la que yo he querido. Siempre he dicho que, cuando venciera la francofobia, la vida se haría imposible para los judíos de Francia, y esto es lo que va a ocurrir. Lo que he dicho ahora, los judíos lo entienden. De repente miran alrededor suyo y ven a todos los ricoprogres que cantan alabanzas a los nuevos «parias de la tierra», y se dicen: ¿qué pasa con este país, qué le ha ocurrido?

Puesto que se trata, a su juicio, de una ofensiva islámica, ¿cómo explica que, durante los disturbios, los judíos no hayan sido atacados?

—En primer lugar, se dice que una sinagoga sí fue atacada. Pero pienso que lo que se ha vivido es un pogromo contra la república. Se nos dice que estos barrios se encuentran abandonados y que la gente vive en la miseria. ¿Qué relación existe entre la miseria y la desesperación, por un lado, y el incendio de colegios, por otro? […] Me he quedado simplemente escandalizado ante tales actos que se han ido repitiendo; y aún me ha escandalizado más la comprensión que los mismos han encontrado en Francia.

A quienes los han realizado se les ha tratado de rebeldes, de revolucionarios. Es lo peor que le podía suceder a mi país, y todo esto me aflige sobremanera. ¿Por qué? Porque la única manera de superarlo es obligarles a sentir vergüenza. La vergüenza es el comienzo de la moral. Pero en lugar de empujarlos a avergonzarse, se les ha dado una legitimidad: se han convertido en gente «interesante». Son «los parias de la Tierra». Imagine un instante que fueran blancos como en Rostock, en Alemania. Inmediatamente se gritaría: «¡El fascismo no pasará!». Un árabe que incendia una escuela es un rebelde; un blanco… es un fascista. Yo soy daltoniano: el mal es el mal, cualquiera que sea su color. Y este mal, para el judío que soy, es inaceptable.

Peor, hay una contradicción, porque si efectivamente estos suburbios estuvieran en una situación de abandono total, no habría instalaciones deportivas, escuelas y autobuses que incendiar. Si hay gimnasios, escuelas y autobuses, es que alguien ha hecho un esfuerzo. Tal vez insuficiente, pero un esfuerzo en cualquier caso.

Sin embargo, el nivel de desempleo en los suburbios es insoportable: cerca del 40% de los jóvenes entre 15 y 25 años no tienen ninguna posibilidad de encontrar trabajo…

—Vamos a ver. Cuando los padres te mandan al colegio, ¿es tal vez para encontrar trabajo? A mí me mandaron al colegio para aprender. La cultura y la educación se justifican por sí mismas. Se va a la escuela para aprender: tal es el objetivo de la enseñanza. Y esta gente que destruye escuelas, ¿qué está diciendo, en realidad? Su mensaje no consiste en pedir ayuda o en exigir más o mejores colegios. De lo que se trata para ellos es de liquidar los intermediarios entre ellos y el objeto de sus deseos. ¿Y cuál es este objeto? Es sencillo: el dinero, las marcas y, a veces, las chicas. Por ello resulta indudable que nuestra sociedad tiene su parte de responsabilidad en el asunto, porque lo quieren todo ahora, y lo que quieren es el ideal de la sociedad de consumo. Es lo que ven en la televisión.

A los inmigrantes nadie les retiene a la fuerza. Si fueran víctimas de la exclusión y de la pobreza, se irían a otro sitio.

No al antirracismo

¿Cómo el filósofo judío que lucha contra el antisemitismo puede entrar en guerra contra «el combate antirracista?»

—Mire usted. Yo nací en París y soy hijo de inmigrantes polacos. Mi padre fue deportado desde Francia, y sus padres fueron deportados y asesinados en Auschwitz, mientras que él conseguía regresar de Auschwitz a Francia. Este país merece nuestro odio. Lo que les hizo a mis padres fue mucho más brutal que lo que les ha hecho a los negros. […] A mi padre le hizo vivir en el infierno durante cinco años. Y, sin embargo, a mí nunca me han enseñado a odiar. Hoy, en cambio, el odio existente entre los negros es mayor incluso que el que experimentan los árabes.

Pero precisamente usted que combate el racismo contra los judíos afirma que la discriminación y el racismo de que hablan estos jóvenes no existen en realidad…

—Por supuesto que hay discriminación. Y hay indudablemente franceses racistas: franceses a los que no les gustan los árabes y los negros. Y aún menos les gustarán ahora, al darse cuenta de hasta qué punto los odian. Es por ello por lo que esta discriminación va a incrementarse en todo lo relativo a la vivienda y también al trabajo. Imagínense que ustedes dos son los dueños de un restaurante y que son antirracistas. Piensan por tanto que todos los hombres son iguales; además, como son judíos, hablar de desigualdad entre las razas les plantea un problema. Y ahora imagínense que se les presenta un joven de los suburbios para trabajar de camarero. ¿Qué pasará? Pues pasará algo muy sencillo: no lo contratarán. No lo contratarán porque es imposible contratarlo. Esta persona tiene que representarles, y ello exige disciplina, cortesía y una determinada forma de hablar. Y puedo decirles también que los franceses blancos que imitan los códigos de conducta de los suburbios —sí, sí, ¡eso también existe!— se toparán exactamente con el mismo problema.

La única forma de luchar contra la discriminación consiste en volver a los imperativos educativos. Lo cual se consigue a través de una educación exigente —no hay otra posibilidad. Pero eso también está prohibido decirlo. Son cosas de sentido común a las que se prefiere oponer el mito del «racismo francés». Y eso no es justo. Vivimos actualmente en un entorno de «guerra permanente contra el racismo», y la naturaleza de este antirracismo es algo que se ha de estudiar.

Hace un momento oí en la radio a alguien que se oponía a la decisión del ministro del Interior, Sarkozi, de expulsar a quienes, no teniendo la nacionalidad francesa, hubieran sido detenidos por su participación en los motines. ¿Qué decía esta persona? Decía que se trataba de una «depuración étnica». […] ¿Depuración étnica?… No ha habido ni un solo muerto durante estos motines. O mejor dicho, sí, hubo dos, pero fue un accidente. La policía no estaba persiguiendo a aquellos dos muchachos que huyeron y se escondieron en un transformador eléctrico, a pesar de los carteles —enormes— que advertían del peligro.

Pienso que la idea generosa de guerra contra el racismo poco a poco va transformándose monstruosamente en una ideología engañosa, […] una ideología de la que hay que desconfiar. Ello no significa, por supuesto, que no exista un problema de discriminación. Hay reflejos xenófobos, es cierto, pero presentar los motines como una reacción frente al racismo es un embuste total.

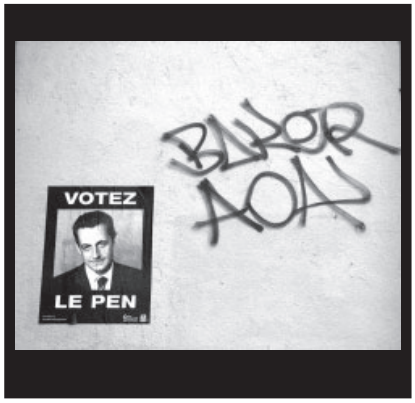
¿Qué piensa de los medios que utiliza el gobierno francés para poner fin a la violencia: el estado de excepción, el toque de queda?

—¡Se trata de algo totalmente normal! Lo que he-

Para todo el mundo, el Estado no es más que una cuestión de interés, una gran compañía de seguros.

mos vivido es terrible. Hay que comprender que quienes menos poder tienen en la sociedad son las autoridades, los gobernantes. Es cierto, son responsables del mantenimiento del orden, y es importante, porque sin ellos se habrían producido movimientos de autodefensa y la gente habría disparado. Es decir, mantienen el orden y lo hacen con una prudencia extraordinaria: hay que felicitarles por ello. En mayo de 1968 hubo un movimiento totalmente inocente en comparación con lo de ahora, y frente a aquel movimiento se produjo una reacción de violencia por parte de la policía. Ahora se han arrojado cócteles Molotov y disparado con balas reales. Y no hubo ningún caso de violencia por parte de la policía. […] No hay ningún precedente de algo parecido. ¿Cómo mantener el orden? Con medios de sentido común, los cuales, dicho sea de paso, cuentan con el apoyo del 73% de los franceses, según un sondeo del periódico *Le Parisien*.

Ahora bien, creo que ya es demasiado tarde para avergonzar a los agitadores, pues en la televisión, en la radio y en los periódicos, o al menos en la mayoría de ellos, se les presenta bajo un aspecto embellecedor.



(Derechos reservados.)

Son gente «interesante», se adula su sufrimiento y se comprende su desesperación. Además, hay la gran perversión del espectáculo. Se queman coches para que se pueda ver en la tele, lo cual les permite sentirse «importantes», imaginarse que viven en un barrio importante. Se tiene que analizar toda esta carrera en pos del espectáculo, la cual produce efectos completamente perversos. Y la perversión del espectáculo va acompañada de comentarios igualmente perversos.

Si no les gusta, que vuelvan a su país

Se dice que el modelo republicano se ha hundido a lo largo de estos motines. Pero el modelo multicultural no se encuentra mejor. Ni en Holanda ni en Inglaterra. En Bradford y también en Birmingham se han producido disturbios con un trasfondo racial.

En segundo lugar, la escuela republicana, símbolo del modelo republicano, ha dejado de existir desde hace ya tiempo. Conozco la escuela republicana: he estudiado en ella. Era una institución exigente, austera, bastante antipática, que había alzado grandes baluartes para protegerse del ruido exterior. Treinta años de reformas estúpidas han cambiado este paisaje. La escuela republicana ha sido sustituida por «la comunidad educativa», horizontal y no vertical; se han revisado a la baja los programas educativos. Lo cual significa que lo que vemos actualmente es, en realidad, el fracaso del modelo posrepublicano «simpaticón». El problema con este modelo es que se nutre de sus propios fracasos: cada fracaso constituye una razón suplementaria para extremarlo aún más, para hacer que la escuela sea aún más «simpaticona». En realidad, frente a lo que vemos, lo mínimo que tenemos que exigir es un mayor rigor, una mayor exigencia.

(Derechos reservados.)

(Derechos reservados.)

Si no, pronto tendremos «cursos de delincuencia». Ello constituye una evolución característica de la democracia. La democracia como proceso —**Tocqueville** lo mostró con claridad— no soporta la horizontalidad. En democracia es difícil soportar espacios no democráticos. Todo tiene que ser democrático en la democracia. Pero la escuela no puede ser así. Es imposible. La asimetría salta, sin embargo, a la vista: asimetría entre el que sabe y el que no, entre el que trae consigo un mundo y el que es nuevo en este mundo. El proceso democrático ha provocado la deslegitimación de esta asimetría. Se trata de un fenómeno general del mundo occidental, pero que en Francia toma una forma más patética porque una de las características de Francia era su educación exigente. Francia se ha edificado en torno a su escuela.

Muchos jóvenes dicen que el problema es que no se sienten franceses, que Francia no los trata como franceses.

—El problema es que hace falta que ellos mismos se consideren franceses. Si los inmigrantes, cuando hablan de los blancos, dicen «los franceses», entonces todo está perdido. He de reconocer que los judíos también comienzan a usar esta expresión; les oigo decir «los franceses»: algo que no puedo soportar. Les digo: «si para ustedes Francia sólo es una cuestión de interés, mientras que su identidad es el judaísmo, sean coherentes consigo mismos: ahí tienen a Israel». Se trata, en efecto, de un gran problema: vivimos en una sociedad posnacional en la que, para todo el mundo, el Estado no es más que una cuestión de interés, una gran compañía de seguros —lo cual constituye una evolución muy grave.

Pero si los inmigrantes tienen un carné de identidad francés, son franceses; y si no lo tienen, tienen el derecho de irse. Lo que van diciendo es, en cambio: «No soy francés, vivo en Francia y, además, mi situación económica es difícil». Nadie les retiene aquí a la fuerza, y es precisamente en ello donde radica el comienzo del embuste. Porque si fueran víctimas de la exclusión y de la pobreza, se irían a otro sitio. Pero saben muy bien que en cualquier otro sitio, y en particular en los países de donde proceden, su situación sería todavía más difícil por lo que atañe a sus derechos y a sus posibilidades.

Esta gente que destruye escuelas no está pidiendo desde luego más o mejores colegios.

Pero el problema es actualmente la integración en la sociedad francesa de jóvenes de la tercera generación, y no de una ola de nuevos inmigrantes. Han nacido en Francia y no tienen ningún otro sitio al que ir.

—Este sentimiento de que no son franceses no es la escuela la que se lo da. En Francia hay escuelas y colegios por doquier. Como quizá sepan, en los colegios se matricula a los niños incluso si se encuentran ilegalmente en el país. Se produce al respecto algo

paradójico. El colegio podría muy bien llamar a la policía, puesto que el niño se encuentra ilegalmente en Francia, y sin embargo no se tiene en cuenta su situación ilegal. Hay colegios y ordenadores por doquier. Y es ahí donde hay que hacer un esfuerzo…, que quienes participan en los disturbios no hacen nunca. Tomen, por ejemplo, la cuestión del idioma. Decían ustedes que los alborotadores pertenecen a una tercera generación. Entonces, ¿por qué hablan el francés que hablan? Es un francés decapitado: en el acento, en las palabras, en la gramática. ¿Es a causa de la escuela? ¿A causa de los profesores?

Puesto que los árabes y los negros no tienen aparentemente la intención de irse de Francia, ¿cómo piensa usted solucionar el problema?

—Este problema es el de todos los países europeos. En Holanda se enfrentan a este problema desde el asesinato de **Theo Van Gogh**. La cuestión no es «¿cuál es el mejor modelo de integración?», sino la posibilidad misma de integración para quienes le odian a uno.

¿Y qué va a pasar en Francia?

—No lo sé, estoy desesperado: por los motines y por su acompañamiento mediático. Van a calmarse, pero ¿qué quiere ello decir? Ello no significará ninguna vuelta a la tranquilidad. Será una vuelta a la violencia habitual. Se van a parar porque existe, pese a todo, un toque de queda, y los extranjeros tienen miedo, y los «camellos» quieren volver a vender droga. Pero disfrutarán del sostén y del apoyo que su violencia contra la república ha recibido a través del repulsivo discurso de autocrítica sobre la esclavitud y el colonialismo. Y esto no es volver a la tranquilidad, sino a la violencia rutinaria.

Entonces, ¿no hay ninguna posibilidad para su concepción del mundo?

—No. He perdido. En todo lo referente a la lucha sobre la enseñanza, he perdido. Es interesante, porque cuando hablo de la forma en que lo hago, mucha gente está de acuerdo conmigo. Mucha. Pero se produce en Francia una especie de denegación que procede de los «ricoprogres» —en particular, de los sociólogos y de los asistentes sociales— y nadie tiene la valentía de decir lo contrario.

Este combate lo he perdido, me he quedado atrás. ■

(Entrevista realizada por Dror Mishani y Aurelia Samothraiz, publicada el 18 de noviembre de 2005 en el semanario israelí Haaretz.)

Alain Finkielkraut. *Escritor y filósofo francés (París, 1949). Su principal obra es* La derrota del pensamiento, *una crítica sobre la «barbarie del mundo moderno». Otros libros suyos traducidos al español son:* La ingratitud, La memoria vana, Una voz viene de la otra orilla, La humanidad perdida, El nuevo desorden amoroso *y* La sabiduría del amor.

Entrevista realizada por Isidro-Juan Palacios

Abel Posse

El escritor de batallas homéricas

Es preciso recuperar la voz de todos, incluida «la voz de los vencidos» —afirma Abel Posse, el escritor argentino, en esta entrevista. Y nos sigue diciendo: la «indigencia en todo lo humano» crece (de los 6.000 millones de habitantes del planeta, 5.000 «viven en la pobreza, inseguridad o penuria»); en verdad, «el hombre está a punto de dejar de ser el hombre que hemos conocido». Es necesario cambiar: «es tiempo de un Gran Viraje para salir del desierto amenazante y recrear una vida humana viable», acorde y respetuosa con todos y entre todos, sin exclusiones. «El escritor está convocado a estas batallas homéricas» —concluye.

Función del escritor y de la literatura...

La función del escritor y de la literatura, ¿ha sido siempre la misma a lo largo de la historia? En todo caso, ¿cuál es la función del escritor y de la literatura en un mundo tan sofocante y convulso como el nuestro?

—Más que del escritor, hablemos del poeta, del creador de mitos y de utopías. La poesía es el lenguaje fundacional. Convoca a los dioses, en cierto modo los define o los crea (el caso del místico que cumple el itinerario de ir hacia Dios —o los dioses—, y no se sabe si no son estos, Dios —y los dioses—, quienes *le toman la palabra* para aparecérsenos, para la Epifanía.

Con el tiempo la poesía fundadora se va haciendo literatura. Es conciencia y ciencia suprema de lo humano: la palabra nos comunica nuestra relación y sentimiento con la naturaleza, nuestro miedo y nostalgia de Dios o ambas cosas a la vez, nuestra angustia ante la muerte y el misterio cósmico; nuestros pobres intentos de exorcizar el caos; y fundamos un orden. La poesía nos habla del temblor del amor, de la soledad, de la exaltación y de la pena. Nos enseña a celebrar el hecho mágico de haber surgido de la Nada y estar acá, en el día de la vida...

Novela histórica…

Los pueblos tradicionales han tenido poco aprecio a la Historia, en cambio, el mundo moderno tiene predilección por ella. Sin que a la Historia le importe demasiado la verdad (salvo rarísima excepción) lo cierto es que es un «cielo», un «infierno» o un «purgatorio» de los que en ella están; o una forma de echar loas a la vanidad. En casi todos los casos un instrumento más del poder. Abel, como autor que eres de celebradas novelas históricas, ¿qué piensas de la Historia como materia del novelista?

—Sentirnos en la Historia es como querer creer que hay una gran avenida, visible y hasta previsible, en las arenas del desierto.

En todo caso la historia, lo que pasó, ya no lo te-

De izquierda a derecha: Fernando Sánchez Dragó, Vintila Horia, Abel Posse e Isidro-Juan Palacios. (Foto: M. Albuquerque.)

nemos. Es un relato y, generalmente, de ficción. La ficción de la novela histórica tiende a reapropiarse del pasado para acercarlo a nuestra realidad actual. Es una doble vuelta de tuerca: a la subjetividad del cronista o del historiador con su historiografía «seria», se agrega la imaginación del novelista para repotenciar el pasado, para buscar raíces perdidas y rupturas que todavía nos duelen. Esa ha sido la tarea de la novela histórica latinoamericana. De algún modo hemos corregido la crónica, a veces con la insolencia de recuperar la voz de los vencidos...

Globalidad y raíces...

La dimensión universal del escritor ha nacido siempre y se ha expandido desde la propia fidelidad a sus raíces, a su propia identidad cultural, a su ser más o menos genuino culturalmente hablando. Ahora que la mundialización, la llamada globalización del mundo (planetarización), redefine la cuestión y extiende como correcta una exclusiba forma de entender las cosas, negando peculiaridades, biodiversidad, biocultura, ¿que puedes decirnos a ese respecto? ¿nace un nuevo tipo de escritor o es preciso seguir valorando el modelo antiguo?

—Estamos adentrados en un nuevo modelo mundial. Sentimos desasosiego. Más bien tememos el futuro cibernético y de ingeniería biogenética. Nos habíamos robado el fruto del bien y del mal, el árbol de la ciencia, y ahora estamos en plena indigestión: niños criminales, drogadictos en fuga metafísica, amoralidad mercantilista legalizada, viejos expulsados, libertad sin solidaridad, libertad para la nada, a veces. Estamos en un planetarismo donde triunfó la cosa y lo material, y hay una indigencia en todo lo humano: de 6.000 millones de habitantes del planeta 5.000 viven en pobreza, inseguridad o penuria. No puede haber dato más claro.

La planetarización creó una subcultura epidérmica. Los estilos, las modas, lo imitativo agrede a la existencia. Las culturas tradicionales se mantienen cerca de la materia densa de la vida: el amor, la muerte, los dioses, la tierra, la naturaleza sustentadora.

El poeta debería ser fiel a esta densidad existencial. El hombre está a punto de dejar de ser el hombre que hemos conocido y con el que nos identificamos. El humanoide moderno es el que necesita la *cosa* y la economía y la tecnología de la *cosa* para alcanzar su totalitarismo metahumano.

El escritor debería ser el gran protagonista para el viraje.

A la búsqueda de algo...

Cuando el escritor está al servicio de la celebridad y del halago, ¿pierde su norte? ¿de qué nos sirve a los demás?

—Hay algo impúdico en el vedetismo de los escritores. También en el sistema de precios y ventas. El arte no es materia de mercado, la mayoría de mis colegas dedican sus esfuerzos a la promoción personal, a ser conocidos. Rodaja tras rodaja van vendiendo su

Abel Posse con un grupo de amigos en La Maestranza de Sevilla. (Derechos reservados.)

alma. En España el 'peseterismo' ha hecho estragos (tal el caso de un escritor extraordinario como **Paco Umbral**, el artista de trazo más fuerte en toda la Europa actual, pero el 'peseterismo'...).

La palabra del poeta, del escritor, se destina a lo grande o se confunde con las ofertas del mes del Corte Inglés.

Estamos en tiempos de decadencia mercantilizada, y la poesía y la literatura deben refugiarse de la agresión.

Política, Metapolítica, Cultura..., Religión

El escritor ha estado casi siempre comprometido con lo político y con la cultura que lo inspiraba, pero ahora que lo político padece una grave crisis de existencia y parece desaparecer, morir por envenenamiento, desprestigio o perecer inoperante sin función, ¿qué discurso ha de ser el de un escritor como tú?

—Todos estamos hartos de la política que encubre la falta de creatividad política y que más bien nos encadena al continuismo y la decadencia. La Metapolítica, justamente, se sitúa más allá, en los orígenes verdaderos de la democracia como voluntad del pueblo, de la cultura. Busco los fundamentos no políticos de la política, con el fin de reencauzarla de los actuales desvíos.

El economicismo liberal vive su enfermedad terminal en el actual mercantilismo financierista; la cultura, episodio central del individuo y de cada comunidad (hecho 'nacional' por excelencia) es hoy desplazada por la subcultura mundializada con fines comerciales. Esto conlleva cambios de estilo de vida, verdaderos saltos al vacío, destrucción de valores sin que haya voluntad y elección.

El rédito de este fin de siglo es el de un éxito de la *cosa* y una caída general en el espacio humano.

La respuesta provendría de la afirmación cultural de los pueblos y de la destrucción del ídolo monoteísta que pretende imponernos mundialmente una sola forma de vida y des-valores.

El siglo que entra será religioso o no será, como dijo **Malreaux**.

La dimensión poético-religiosa de la vida será la verdadera revolución, la esencia del renacimiento. Hoy la vida para la Nada o en la Nada incluye a todas las clases. Estamos ante la sociedad del hombre vacío, vaciado.

El escritor está convocado a estas batallas homéricas.

América...

Entre otras distinciones, has sido investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Brasil, país donde acaba de ser aprobada una ley que obliga a los estudiantes de enseñanza media a estudiar la lengua española y donde el español puede ser considerada ya la segunda lengua del

país. ¿Existe en América una lucha por el territorio lingüístico entre lo hispano parlante y el inglés?

¿Hay en América, en la del Sur, Norte y Centro, la idea de que dos imperios se encuentran confrontados por la lengua? En todo caso, si se puede afirmar tal cosa del inglés, ¿tiene también el español esa pretensión de ser imperio lingüístico? ¿Como se percibe semejante hecho desde América? ¿Qué lección en este sentido aporta el escritor iberoamericano allende los mares, concretamente a España?

—El inglés es mundialmente una *lengua franca* de uso generalizado. El español sigue extendiéndose pero con una fuerza mayor que la de una *lengua franca*. El idioma español conlleva valores, un estilo, una tradición. Es un idioma que *apuebla*, nos incluye en un continente cultural y espiritual.

En América latina el inglés tiene el mismo uso minoritario y funcional que en el resto del mundo.

El español y el portugués son primos hermanos de raíz ibérica común. Los brasileños y argentinos se entienden perfectamente hablando su idioma, y los funcionarios, universitarios y empresarios de Brasil hablan y leen el español.

El español se extiende por Estados Unidos como sabemos. No es un idioma imperial, es sinónimo de una cultura, de una idiosincrasia, de un estilo espiritual.

Futuro...

No en pocas ocasiones, ni en balde, el escritor ha sido vate, delineador de destinos, profeta del porvenir, oráculo al que acudir... ¿Hacia dónde vamos, Abel?, ¿qué nos depara el futuro?

—Como siempre el futuro invita a crear. Estamos acostumbrados a vivir con ideas viejas (pensadas a fines del siglo XIX) y hemos entrado en una marcada decadencia.

Hoy tenemos que repensar con libertad cómo queremos vivir, cómo podemos producir sin degradar la realidad sustentadora de la tierra, cómo crearnos formas de vida y de progreso acordes a nuestra realidad cultural hoy y aquí, cómo controlar los productos de esa tecnología que creció sin control, independizada de la voluntad humana y de toda noción de armonía o de felicidad.

Es tiempo de un Gran Viraje para salir del desierto amenazante y recrear una vida humana viable. ■

Abel Posse

Autor de numerosas novelas y ensayos. Entre sus títulos figuran Los perros del paraíso *(Premio Internacional Rómulo Gallegos, 1987),* El largo atardecer del caminante, La pasión según Eva, El eclipse argentino… *Fue, hasta hace poco, embajador de Argentina en España.*

Los Chapman vuelven a escandalizar el mundo del arte

Ridiculizar a Goya

Tras haber retocado y pintado hace dos años encima de algunas reproducciones de los goyescos grabados de *Los desastres de la Guerra*, repiten ahora la misma fechoría con *Los caprichos*

El controvertido dúo artístico formado por los hermanos **Chapman** ha vuelto a escandalizar a la crítica al presentar una exposición en la que dibujan caricaturas y máscaras sobre grabados de Goya. La muestra, que acaba de ser clausurada diciembre de este año en la galería White Cube, al este de Londres, llevaba por título *Cómo el perro regresa al vómito*. Los grabados goyescos, víctimas de los pinceles de Jake y Dinos Chapman, pertenecen a la serie de los *Caprichos*, de finales del siglo XVIII, en los que se retratan variados temas sociales, como la prostitución, los matrimonios de conveniencia o la mala educación de los hijos.

Sobre estas imágenes, realizadas originalmente a tinta china y aguada por **Francisco de Goya**, los británicos han pintado caretas de cómic y caricaturas terroríficas, en un estilo descarado que fomenta su ya alcanzada reputación de «gamberros» del arte.

Los hermanos ya suscitaron críticas en 2003 con una exposición similar titulada *Insulto al dolor*, en la que dibujaron máscaras sobre grabados goyescos de la serie de *Los desastres de la Guerra*.

Sobre la última de sus exposiciones, la primera en Londres desde que un incendio destruyera su paradigmática instalación *Infierno*, el dúo comentó que no se trataba de un insulto, sino que era «una colaboración con Goya» para ayudar a su expresividad. «No sabemos nada sobre Goya, sólo que estaba muy enfermo cuando murió, y que nosotros dibujamos mejor que él», afirmaron.

A las críticas de gamberrismo artístico han respondido que «no se puede vandalizar algo que se revaloriza», en alusión al precio de unos 20.250 euros, cantidad en que se venden las obras de los Chapman en las galerías londinenses. «A nosotros nos encantaría que alguien hiciera lo mismo con nuestro trabajo» —concluyen.

■ Javier Ruiz Portella

El mundo como ficción

«Ahí donde anida el mayor de los peligros, ahí también se alza lo que salva.» Una y mil veces repite Heidegger estas enigmáticas palabras de Hölderlin. Les va dando vueltas y revueltas…, mientras uno se agarra a ellas con la ansiedad del náufrago.

«El mayor de los peligros» es la devastación del mundo moderno a manos del imperio de la técnica, su arrasamiento (la famosa *Gestell*) a manos de la razón que, sometiéndolo todo, lo iguala y lo pone todo a ras. Es éste el mayor de los peligros…, y sin embargo, ahí mismo, en medio de la devastación del mundo —de «la muerte del espíritu», como decimos aquí—, entre las ruinas del «olvido del ser», ahí y no en otro lugar es donde anida la posibilidad de que se alce «lo que salva», de que se imponga la presencia a la vez luminosa y oscura del ser.

¿Cómo, de qué forma, por qué?… Silencio. La enigmática paradoja entrevista por **Hölderlin** conserva todo su misterio en los textos del mayor de los filósofos del siglo xx. Nada nos aclara **Heidegger**. Entreabierta un instante la rendija de la esperanza, pronto se vuelve, implacable, a cerrar.

Reabrir semejante rendija; asumir la modernidad como sinsentido que encierra la posibilidad del mayor sentido; entender nuestra época como devastación que puede, sin embargo, conducir a la plenitud; dicho con las palabras del libro que orienta esta reflexión: comprender nuestra modernidad como «transmodernidad», como tiempo que, a partir de sí mismo, puede llevar a transcenderse o transmutarse; entender nuestro tiempo como edificado sobre una «ausencia» en cuyo seno puede aflorar la «presencia»: tal es el empeño profundo de este libro, por tantas razones decisivo, de **Rosa M.ª Rodríguez Magda**.

Existencia sin sentido

Poco importa que este empeño se despliegue sin efectuar alusión explícita a las palabras de Hölderlin que Heidegger retoma. Poco importa, pues tal es, expresado o no en términos heideggerianos, todo el meollo de la cuestión. Dejemos para el lector atento los múltiples recovecos a través de los cuales se despliega en este libro semejante cuestión. Centrémonos no sólo en lo que de esta cuestión se dice explícitamente, sino en todo lo que, de tal modo, se nos da a pensar.[1]

«La ausencia radical o el ser como lo inusitado», he ahí —escribe Rosa M.ª Rodríguez Magda— esta ausencia, esta falta de fundamento del mundo, que aparece, rotunda, en el centro mismo de nuestro tiempo. Sumidos en tal ausencia, andamos «los seres humanos arrojados a una existencia sin sentido, pobladores puntuales de un planeta sumergido en el magma de las constelaciones, del espacio infinito, cañas pensantes pascalianas vibrando con una armonía perdida en el silencio cósmico […]. Temor y temblor del individuo abandonado a su suerte.»

En realidad no es solo el mundo moderno el que se sustenta sobre el sinsentido y la ausencia. Es el mundo como tal el que carece —hoy, ayer y maña-

1. He ahí, por lo demás, lo más valioso que nos puede deparar un libro de pensamiento: que, al comentarlo, nos impida levantar simple acta de su contenido; que, al leerlo, su hondura nos lleve a pensar más allá de lo que explícitamente piensa y dice.

Una creación imaginaria sostiene el mundo: he ahí la verdad que descubre el hombre moderno.

na— de un fundamento externo, trascendente, que lo cimente y asegure. Pero una diferencia inmensa opone el mundo moderno a la totalidad del antiguo: este abismo sobre el bogamos todos —antiguos, modernos y transmodernos…— estaba antaño recubierto por la más sólida de las apariencias. La divinidad fundaba al mundo, los valores sagrados guiaban los pasos de los hombres, el arraigo en una comunidad histórica le daba sentido. He ahí lo que hoy se ha desvanecido, lo que ha hecho que nos quedáramos solos y desnortados, en tanto «el universo se nos revela —escribe **Rosa M.ª Rodríguez Magda**— como artificio óntico».

Pero he ahí también lo que, acercándonos más que nunca a la verdad ontológica, al vertiginoso misterio del ser —a su intrínseca duplicidad hecha de ausencia y presencia—, nos puede, en medio del mayor de los peligros, salvar y vivificar. ¿Nos puede?… Digamos mejor: he ahí lo que, tal vez, nos pueda salvar. Porque para ello no basta el contacto íntimo con la nada. Para que ésta deje de anonadarnos; para que, como dice Rosa M.ª Rodríguez Magda, podamos «ser transmodernos sin ser cómplices de la inanidad», para ello hacen falta diversos requisitos.

El mundo como ficción

No es mucho lo que acerca de ellos se nos dice en el libro, y tal vez fuera éste uno de los escasos reproches que se le podrían hacer, si no fuese que el requisito fundamental sí es enunciado con toda claridad. Hablando de lo que llama «la reconstrucción sagrada de la ausencia», Rosa M.ª Rodríguez Magda escribe: «Lo que realmente nos aterra es este universo ciego, este no ser para la mirada de Otro. Toda verosimilitud de nuestro mundo remite a una perspectiva ideal que sabemos *fingida*». Subrayo la última palabra: es la crucial. De lo que se trata es, en efecto, de una ficción; asumirla como tal es «lo que nos puede salvar».

Lo que se alza en el vértice del mundo es un simulacro, una especie de colosal obra de imaginación: he ahí la verdad más profunda que el hombre moderno graba en su corazón. Salvo que el simulacro no deja de ser parcial —tal es la otra verdad que este mismo hombre se empeña en no ver. Jamás los valores sagrados del mundo, jamás los dioses, los destinos y las patrias; jamás tales ficciones simbólicas hubieran podido fundamentar nada, si la ficción que los llevaba hubiera sido tan absoluta como artificial; si la nada

que encubrían hubiese sido absoluta; dicho de otro modo: si el ser fuese únicamente no-ser; si el vacío sobre el que se asientan valores y verdades, fuera una tenebrosa sima; si no estuviera ésta simultáneamente transida de luz y oscuridad, de presencia y ausencia.

Dicho de otro modo, los valores que cimentaban la «ficción antigua» —llamémosla así— eran cualquier cosa menos principios artificiales e inanes. (Cosa distinta es que nadie veía en ellos ficción alguna; para el hombre antiguo, la verdad era verdad, y la ficción sólo ficción.) Todo lo contrario ocurre, en cambio, con la «ficción moderna». Sus valores sí son inanes y artificiales: simples abalorios. Cuanto mayor es su poderío técnico y su eficiencia utilitaria, mayor es el sinsentido del mundo. Ello es lo que nos lleva a decir, como yo mismo decía antes y como lo dice Rosa M.ª Rodríguez Magda, que el hombre moderno está abocado a experimentar «la *ausencia* como radicalidad ontológica». Pero esta ausencia es experimentada de manera totalmente impropia. Lo que el hombre moderno o transmoderno

Los valores de este mundo, qué duda cabe, son artificiales, simples abalorios.

experimenta cada día y en todos los instantes; lo que marca a fuego su corazón no es ninguna «ausencia»: es, por el contrario, la «presencia» más brutalmente masiva de todas: la del arrasamiento racionalista y materialista de cuanto es.

Sólo porque tal arrasamiento no aporta la menor respuesta a la cuestión del ser y del sentido, sólo porque tal dominación tecno-racionalista nos hace tomar mayor conciencia del vacío que se abre a nuestros pies; sólo por ello, abocados así al mayor de los peligros, cabe decir que éste conlleva la posibilidad de lo que salva. A una condición, por supuesto: la de que seamos capaces de asumir que, así como en el arte la ficción imaginativa engendra la más esplendorosa realidad, así también sucede en las demás manifestaciones del ser.

¿Es posible, socialmente hablando, semejante asunción de la ficción simbólica? Tal es la gran pregunta a la que, inevitablemente, se acaba llegando. Pregunta difícil de escrutar. Peor: pregunta a la que todos los indicios, hoy por hoy, parecen responder negativamente; pero pregunta para desarrollar la cual nos veríamos obligados a irnos excesivamente lejos del libro que nos ha permitido formularla.

La encrucijada de la transmodernidad

Volvamos a éste, enfocando otra cuestión que nos permitirá ver más concretamente toda la falacia que, sobre un fondo de potencial verdad, caracteriza los transmodernos juegos de la presencia y la ausencia. Hablando de lo que denomina «Nivel ético-político de la transmodernidad», Rosa M.ª Rodríguez Magda escribe: «La ausencia como *locus* del poder, esa cúspide vacía de la pirámide social, donde ya no se encentra el soberano, es precisamente la garantía del orden democrático, hueco susceptible de ser ocupado transitoriamente por el representante legítimo de los ciudadanos, revocable por la simple voluntad de éstos […], [hasta el punto de que] ni siquiera un pensamiento débil debilita la política. Podemos ser transmodernos sin ser cómplices de la inanidad.»

Cuanto mayor es el poderío y la utilidad de los objetos, mayor es su sinsentido.

Afirmar que, entre nosotros, la cúspide de la pirámide social está vacía; pretender, dicho de otro modo, que la democracia liberal está caracterizada por una radical indeterminación —todas las opiniones son, en sí, igual de legítimas, todas las ideas igual de válidas; sólo las distingue, sólo las legitima políticamente la cuantificación mayoritaria que expresa la «voluntad general»—;[2] dar a entender, además, que esta ausencia de fundamento sería, en la democracia, como el eco de la indeterminación que caracteriza al ser: pretender cosas parecidas —caer en semejante error— nos muestra a las claras toda la doblez que marca al mundo en el que nos ha tocado vivir.

Es muy fácil caer en tal error. Yo mismo, afirmando ideas parecidas a las que aquí me permito reprochar a Rosa M.ª Rodríguez Magda, caí hace algunos años en él.[3] Es muy fácil caer en ello, porque en la democracia, tal como la conocemos, algo hay, en efecto, que se parece a una ausencia o indeterminación sustancial. Todo el mundo —congratulémonos— tiene derecho a expresar lo que le plazca. Todo el mundo tiene *derecho*. Bien, pero tiene también… *¿poder*? Seamos serios. ¿Qué sentido tiene un derecho para ejercer el cual se carece de poder? ¿De quién se burlan aquí? ¿Qué sentido tiene un derecho que sólo se puede ejercer efectivamente si se dispone del poder financiero, mediático o político: único instrumento mediante el cual puede alguien intentar —en la sociedad mediática sobre todo— hacerse oír?

Y, sin embargo, ¿sería tal vez posible el ideal democrático entendido en toda su indeterminada pureza? El hueco aparentemente vacío del poder está, en las democracias liberales, más que repleto: lo llenan exclusivamente las ideas de una determinada concepción del mundo; lo ejercen únicamente los representantes de las dos facciones que, alternándose partitocráticamente en el poder, representan dicha concepción del mundo —y ninguna más.

Como así debe ser; como no puede ser de otro modo. Afirmación que merece ser explicada.

La concepción del mundo que, desde hace unos dos siglos, ocupa el poder en nuestras sociedades es desde luego abominable, pero ¿no sería más abominable aún, no caeríamos en el caos puro y simple, si la más variopinta pluralidad de ideas y concepciones se

2. Cuantificación que nos hace pensar en aquellas palabras de Borges cuando hablaba de «la democracia, ese abuso de la estadística».

3. Cf. Javier Ruiz Portella, *La liberté et sa détresse. Ou le désenchantement de la modernité*. Col. Ébauches, Ousia, Bruselas, 1993.

En las democracias liberales, el hueco vacío del poder está más que repleto.

fueran alternando, leves y libres, en el *locus* del poder? ¿No hace falta un cierto tipo de ficción simbólica gracias a la cual ciertas concepciones, determinados valores, y sólo ellos, se afirmen en el poder?

Lo abominable no es que una determinada concepción del mundo llene, consistente y firme, el lugar pretendidamente vacío del poder. Lo abominable es que lo haga engañando y mintiendo a diestra y siniestra. Lo abominable es que lo haga pretendiendo que el lugar del poder está vacío. O lo que es lo mismo: afirmando —y todos, encima, nos lo tragamos— que el lugar del poder está ocupado por todos: que este lugar pertenece al «pueblo». Como si cada día, al levantarnos, los ciudadanos del «pueblo soberano» nos aprestáramos a ir al ágora a debatir y decidir libremente entre todos los asuntos de la ciudad. ■

J. R. P.

Rosa M.ª Rodríguez Magda. *Directora de la revista cultural* Debats *(Valencia), ha publicado entre otros los siguientes libros:* El deseo y la mirada, Foucault y la generación de los sexos, Y después del postmodernismo, ¿qué?, Femenino fin de siglo *y* La sonrisa de Saturno.

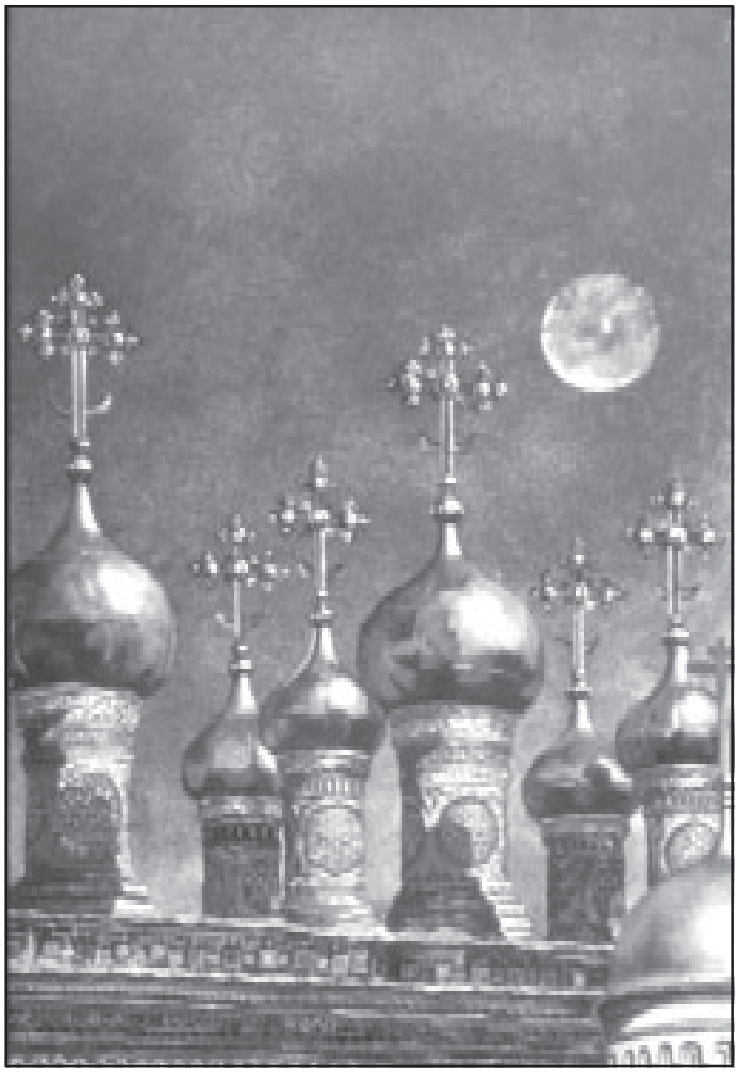
Transmodernidad, *Anthropos, Barcelona, 2004, 222 págs.*

¿ RENACE RUSIA ?

En medio de la convulsa —y, por lo demás, lógica— degradación de una sociedad que ha salido de los horrores del comunismo (es decir, del intento de acabar con los engranajes mismos de cualquier sociedad), nos llegan de Rusia diversas y contradictorias señales.

Entre las positivas, cabe destacar un profundo renacimiento del fervor religioso en una sociedad empeñada en restaurar —y llenar con su presencia— estas joyas artísticas que son las iglesias ortodoxas, destinadas durante el comunismo a servir de almacenes, cuadras, garajes y otros útiles menesteres. (Utilización de las iglesias que, dicho sea de paso, causaría gran satisfacción a aquel diputado de *Esquerra Republicana* que, no hace mucho, pedía que se confiscaran las catedrales de Cataluña y se transformaran en Centros Cívicos.)

Hace unos meses aparecía en la prensa la siguiente información procedente de Rusia. Como se verá, la actitud que ahí se refleja contrasta clamorosamente con la forma displicente con que en nuestra próspera Europa occidental se reacciona ante la degradación del arte.



Denigración del arte

El Bolshoi, el gran templo moscovita de la ópera y el ballet, se vio estremecido ante el estreno, el pasado mes de marzo, de una «ópera» de **Vladimir Sorokin** en la que aparecían los grandes genios de la música (**Mozart**, **Wagner**, **Verdi**, **Mussorgski**, **Chaikovski**…) mezclados con maleantes y prostitutas, obligados a pedir limosna y a tocar en los barrios más sórdidos de la capital.

El asunto alcanzó tales proporciones que llegó ante el mismísimo Parlamento. Pese a que la comisión de cultura de la Duma no encontró mayor objeción a la obra, numerosos diputados que habían sido invitados al preestreno, alzaron voces airadas en contra de tal denigración del arte.

Clamor de protesta en Moscú contra una parodia montada en el Bolshoi ridiculizando a los grandes compositores de música clásica.

Pero más que la protesta de los diputados, importa la de la propia gente, entre la que figuraban numerosos grupos de jóvenes, y que se plasmó en diversos actos y manifestaciones de protesta, con pancartas en las que se acusaba al autor del panfleto de «Comemierda».

Acusación nada baladí, pues la necrofilia y la coprofilia (los personajes de su novela *Norma* comen heces, y él mismo asegura deleitarse con tal manjar) son elementos de su obra «literaria», razón por la cual fue llevado ante los tribunales, habiéndose desatado con ello una absurda polémica sobre el pretendido renacimiento de la censura en Rusia.

Letras y Lecturas

Génesis García

"Aunque la vida es breve, el arte es infinito"

Poesía Sabiduría

Hay una suerte de manualidad literaria inserta en la tradición hispánica, oficio de palabras que no necesita de pensamiento que las sustente. Incluso bellamente sonoro, este lenguaje poético, sólo significante, señala claramente sus referencias, aunque carezca de significado. Paradigma del cual oficio y de las cuales referencias, dirigidas éstas a chocar y refractar en los sentidos, puede ser «La casada infiel» de **García Lorca**: defenestración que me permito en la medida en que el propio autor llegó a odiarla, por la morbosa popularidad que le dio el haberla llevado al río, «creyendo que era mozuela, pero tenía marido».

Para que el lenguaje literario permanezca más allá del recitado que conmueve la epidermis, como este popularísimo poema lo hace, ha de albergarse en el molde del pensamiento, donde los significantes, sustancia amorfa, toman forma y sentido en el significado. Todo poeta requiere una metafísica, aseguraba **Antonio Machado**; si no, será un señorito que compone versos. De ahí que él velara tanto con **Bergson** por dar fundamento a su lirismo olivarero y mesetario.

Pero, ¡ay!, vino lo peor: abandonados los recursos sonoros que hacían de la poesía música sensorial y estimulante, pasados los tiempos en que las reglas líricas cuadraban los versos, fue cuando, triunfante el concepto, el lenguaje poético derivó en el ya viejo «pecado capital de la poesía contemporánea»: una pirueta falsaria según la cual la poesía contemporánea disfrazó de concepto la carencia del mismo.

De tal suerte que, sin manualidad literaria artesana y tradicional, pero también sin pensamiento, la mayor parte de la incontinente poesía contemporánea ultimísima no es sino el navegar de palabras sin sentido, asociadas por el denominador común de vagas connotaciones de lirismo envasado al vacío. Hablo de algo menos que la nada, porque hablo de la nada degradada en naderías: el mundo está lleno. Con las gloriosas excepciones que destacan solitarias maestras en poética.

Aquí nos ocuparemos del lenguaje literario clásico —por sus connotaciones, no por su antigüedad—: aquel en cuyo lirismo las palabras ofician de ministros del alma; esto es, de un pensamiento emocionado en el molde musical que la poesía le otorga.

No será, con serlo, sólo música. La música es la única de las artes que no necesita significado, aunque frecuentemente se lo impostamos. Pues si la poesía, en efecto, tiene mucho de música, más tiene de lenguaje. Para mutar en el cual, requiere sabiduría.

Poesía Sabiduría, nos titulamos.

Para reconocernos «manifiestamente» en estas dos palabras adyacentes con las que señalamos al conocimiento que la palabra poética, prosa o verso, oculta bajo la imagen, bajo metáfora alumbra.

Aunque sepamos que sólo en el momento de «la muerte en la ciénaga» sabremos, por fin, quienes somos.

Homenaje al gran muriente

Desde el alba de su conciencia, el hombre, ignorante y finito, se hace preguntas sin respuestas. Es **Rubén Darío** quien se duele por tener conciencia sensible:

> Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo, y más la piedra dura, porque ésa ya no siente, que no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Hasta que se remansa y acepta el no saber en *Lo fatal*:

> Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto, y el temor de haber sido y un futuro terror […] y el espanto seguro de estar mañana muerto, y sufrir por la vida, y por la sombra y por lo que no conocemos y apenas sospechamos, y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos.
> ¡Y no saber adónde vamos, ni de donde venimos!…

Hay una poética de la vida como oscuridad, engaño, error, dudas y sueño, que ve la luz en la oscuridad de la muerte. Las certezas claridades llegarán al despertar, que es el morir. Y ya sabe con el saber popular que

> … tras el vivir y el soñar, está lo que mas importa: despertar.

Todos los anhelantes de eternidad, sabiendo que no en otro sitio podrían encontrarla, se vuelven hacia Dios, para descansar de su sed:

«¿Cuándo será que pueda, libre de esta prisión, volar al cielo […], y en la rueda que huye más del suelo, contemplar la verdad pura, sin velo?», era el clamor de **Fray Luis**.

Siglos más acá, el anhelo de **Agustín Meseguer** era el de aprender a ser muerto. Porque quería saber…

> *Cuántos juncos tiene el río y cuántas hojas verdes las moreras, y la verdad del nombre de las cosas, y la medida exacta de las lenguas.*

Otros lo llaman *gnosis*. Superior al saber vulgar, la *gnosis* es el conocimiento en estado puro de todos los enigmas del hombre y el mundo. Pero de todos los iniciados gnósticos, cristianos, islámicos, hindúes, budistas… ha sido la cábala judaica la que más redes ha tejido a través de la literatura. Y sobre ella poetizó **Borges** aquello de que la vida parece, la muerte es, y todo lo demás es azar.

*

Hay una poética de la vida como oscuridad, engaño, error, dudas y sueño, que ve la luz en la oscuridad de la muerte.

Y, muriendo, llegaría Borges a alcanzar la conjetura de su centro, su clave y su espejo, confirmado en aquella su obsesión del *Pronto sabré quién soy*, certeza que al filo de la muerte nos dejó escrita en la revelación que tuvo su antepasado **Francisco Laprida**, muerto en la ciénaga por los montañeros de Aldao, que piensa antes de morir:

Como aquel capitán del Purgatorio
que, huyendo a pie y ensangrentando el llano,
fue cegado y tumbado por la muerte […],
así habré de caer […]

Yo que anhelé ser otro, ser un hombre
de sentencias, de libros, de dictámenes,
a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
pero me endiosa el pecho inexplicable
un júbilo secreto […].

Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,
la letra que faltaba, la perfecta
forma que supo Dios desde el principio.

También Borges sabía desde el principio que si se empeñaba en alcanzar la sabiduría divina podría pasarle como a aquel rabino en Praga, que:

> Sediento de saber lo que Dios sabe, Judá Leon se dio a permutaciones de letras y complejas variaciones. Y al fin pronunció el Nombre que es la Clave […] sobre un muñeco que con torpes manos labró, para enseñarle los arcanos de las letras, del Tiempo y del Espacio. […]
>
> El rabí le explicaba el universo: «Esto es mi pie; esto el tuyo; esto la soga»y logró, al cabo de años, que el perverso barriera, bien o mal, la sinagoga. Tal vez hubo un error en la grafía o en la articulación del Sacro Nombre; a pesar de tan alta hechicería, no aprendió a hablar el aprendiz de hombre.

Aquel imperfecto Golem, imagen y semejanza del hombre, no aprendió a hablar, con lo que no llegó a ser hombre. Tampoco el hombre, imagen y semejanza de Dios, ha aprendido el saber, con lo que no llega a ser Dios. Y así el rabino, lleno de tristeza, frustración y arrepentimiento…

> En la hora de angustia y de luz vaga, en su Golem los ojos detenía. ¿Quién nos dirá las cosas que sentía Dios al mirar a su rabino en Praga?

Borges, desengañado como el rabino, supo entonces que el azar es inescrutable, y sólo Dios lo alcanza. Y, al fin de sus días, se decidió: lo mismo que Fausto vendió su alma al diablo a cambio de juventud, él se la ofrecería a Dios a cambio de saber para la eternidad.

Pero **Borges**, ateo, no quería revelar su trueque. Y jugaba, a los equívocos. Así que cuando le preguntaban, pudorosamente y en abstracto, por la muerte, él contestaba siempre en primera persona, como si le hubieran espetado un «¿Quiere usted ser inmortal?». Y decía:

> […] espero ser abolido, aniquilado por la muerte, porque tengo la esperanza de la mortalidad, no de la inmortalidad.

Y si esto lo aseguraba en 1963, diez años después seguía, con su *excusatio non petita…*, ya que, a la misma pregunta abstracta, Borges seguía contestando con un «Yo, el muerto», que ponía al descubierto, por negarlo, su afán:

> Yo quiero morir entero, olvidarme y ser olvidado. Ni siquiera me gusta la idea de que me recuerden después de muerto.

En noviembre de 1985, muy enfermo ya, al fin de

una dolorosa entrevista en la que había reconocido sus errores políticos, le dice a **Carlos Ares**:

> Mi madre murió a los 99 años […]. Ella podía pedirle Dios cada noche que se la llevara. Yo no, no soy creyente.

Pero ese Dios en el que no creía le respetó el trato. Y, pocos meses después, en julio de 1986, lo asistió en una muerte que no fue sino un despertar a la inmortalidad.

Dramática cuestión en la vida de este muriente que fue siempre **Borges**, hecho de la misma sustancia que el tiempo, que el río, que el tigre, que el fuego y que la España negra, tal y como lo pintó **Vaquero Turcios**.

Y, sobre esa sustancia española y universal —lo de anglosajón fue otra de sus ficciones— tomó la forma de **Quevedo**, otro doliente racional que también se trataba con Dios en cuestiones de eternidad:

> […] azadas son la hora y el momento, que a jornal de mi pena y mi cuidado, cavan en mi vivir, mi monumento.

*

¿Y es que el hombre sólo se pregunta por la vida y la muerte y el amor y el drama de su no sabiduría mediante la palabra poética?

No. El hombre navega por este mundo intentando luz para su ceguera en todos los aspectos de su vida. Que su fracaso ante sus interrogantes sólo se ve paliado por la ciencia. Pero la ciencia, a despecho de la última revolución tecnogenética, no le responde más allá de la biología…

Y en su búsqueda aprende, con dolor, que sólo la metáfora le permite acercarse a lo ignorado. Por eso, y nada más que por eso, sigue el hombre aferrado a la palabra poética: porque sólo con ella puede hablar donde la ciencia calla, justo al borde del abismo ante el cual el matemático y el filósofo vuelven la espalda al silencio.

Enseguida nos acordamos de **Bécquer**:

> Mientras la ciencia a descubrir no alcance las fuentes de la vida, y en el mar o en el cielo haya un abismo que al cálculo resista… mientras haya un misterio para el hombre, ¡habrá poesía!

Sí. Sólo en la palabra poética encuentra refugio la sabiduría infinita. Fuera de ella, diremos con nuestro médico filósofo **Francisco Sánchez**, y sin que importen los casi cuatro siglos que nos separan, que…

> […] las ocasiones de conocer son pocas y fugitivas, la experiencia peligrosa y el juicio harto difícil. Pero, aunque la vida es breve, el arte es infinito.

Y la naturaleza, inocente en su humana crueldad. ■

Génesis García

Doctora en Filología Románica. Catedrática de Instituto y miembro de Grupos de Investigación Lingüística en la Universidad de Murcia. *Directora de* Textum (Estudios Linguo-Sociales). *Ensayista y Directora de la Colección de Flamenco de Editorial* Almuzara.

Los planes de enseñanza

De los años 60 a la actual reforma

1960 (enseñanza tradicional)

Un campesino vende un saco de patatas por 1.000 ptas. Sus gastos de producción se llevan a 4/5 del precio de la venta.

¿Cuál es su beneficio?

1970 (enseñanza tradicional)

Un campesino vende un saco de patatas por 1.000 ptas. Sus gastos de producción se elevan a 4/5 del precio de venta, esto es, a 800 ptas.

¿Cuál es su beneficio?

1980 (enseñanza moderna)

Un campesino cambia un conjunto P de patatas por un conjunto M de monedas. El cardinal del conjunto M es igual a 1.000 ptas. Y cada elemento vale 1 peseta. Dibuja mil puntos gordos que representen los elementos del conjunto M.

El conjunto F de los gastos de producción comprende 200 puntos gordos menos que el conjunto M. Representa el conjunto F como subconjunto del conjunto M y da la respuesta a la cuestión siguiente:

¿Cuál es el cardinal del conjunto B de los beneficios? Dibuje B con color rojo.

L.O.G.S.E.

Un agricultor vende un saco de patatas por 1.000 ptas. Los gastos de producción se elevan a 800 Ptas. Y el beneficio es de 200 ptas.

Actividad: subraya la palabra «patata» y discute sobre ella con tu compañero.

La próxima reforma de ZP

El tio Ebaristo, lavriego burges latifundista espanyol i intermediario i catolico es un Kapitalista Kabron insolidario y centralista q saenriquecido con 200 pelas al bender espekulando un mogollón d patatas.

Analiza el testo, vusca las faltas de sintaxis, dortografia, de puntuacion.

Si no las bes no t traumatices q no psa nda.

Envia unos sms a tus compis comentando los avusos antidemocraticos d Ebaristo i convocando una manifa espontanea n señal d protesta. Pasalo.

Entrevista realizada por Ignacio Valdezate

Juan Luis Arsuaga

Al otro lado de la niebla

Aventuras en la edad de piedra

Conocido por el gran público tras una década codirigiendo el Equipo de Excavaciones prehistóricas de Atapuerca, en Burgos, el paleoantropólogo **Juan Luis Arsuaga** publica una novela bajo el sello editorial Suma de letras. Su pretensión es, a través de un relato ameno de ficción y aventuras, mostrarnos cómo era la vida humana en la prehistoria, en esa prehistoria que como científico tan bien conoce. Se trata de su primera novela.

Al otro lado de la niebla. Las aventuras de un hombre en la edad de piedra es una leyenda de autor; sus personajes —es evidente— son imaginarios, pero sus acontecimientos pretenden ser verosímiles, lo más próximo a una verdad recreada por la intuición y los hallazgos del investigador. Lo que Arsuaga busca con esta novela es sacar a flote los profundos arraigos prehistóricos que hay en cada uno de nosotros, que nos creemos olvidados. Es una novela de raíces, de identidad, de recuerdo de un ser que aún late en nosotros; porque, pese a los maquillajes y modismos que las sofisticadas civilizaciones posteriores a los tiempos primordiales nos han ido añadiendo, en lo esencial seguimos siendo los mismos que éramos hace cien o doscientos mil años. Bueno, algo peores.

El protagonista es un niño que va creciendo sin padres a medida que la novela avanza. Hecho para comer poco y moverse mucho, hecho para ser ágil —tal es la saludable naturaleza humana—, el protagonista recorre tierras y parajes, encuentra gentes y nos introduce a través de sus andanzas en aquella vida de entonces. Feroz y libre. Conoce a quien será su gran amigo, Viento del Norte, y a su hermana, de quien emparejará. La tribu a la que pertenecen sus amigos acoge al paseante. Con ellos participa en la caza de supervivencia, descubre el arte rupestre, la convivencia del hombre con los animales, la percepción de sentirse parte de un todo y los ritos de paso que le llevarán a encontrar su verdadero nombre, aquel que habrá de ser la síntesis de su propia identidad, la expresión sonora de su propio ser, y aprende las historias que la cultural oral transmite con el objeto de dotar de sentido al mundo.

El relato quiere en todo momento dar la impresión de sumirnos en aquel pasado remoto, y, por eso, su autor, que no puede transcribirnos el lenguaje que nuestros antepasados debían de emplear, recurre a un castellano correcto, pero recurriendo siempre que puede a palabras ya en desuso o desconocidas provenientes del habla rural, con lo que la obra es para nosotros, además, un pequeño tesoro lingüístico.

ENTREVISTA

Del ensayo y el estudio científicos a la novela, ¿por qué?

—Tal vez no haya tanta distancia entre esos géneros, para mí, porque lo que he pretendido en todo momento mostrar es cómo era la vida humana en la prehistoria, cómo era su mundo, su clima, sus ecosistemas, la tecnología, la economía, sus creencias... y, en particular, dejar muy claro que aquellos humanos tenía una vida espiritual muy elaborada, la cual se manifestaba en su arte, en su pensamiento, en su lenguaje y demás actividades.

Los dos géneros no son para mí discontinuos. Cuando investigo me hago preguntas y quiero saber cosas; y, sin duda, imagino, sueño, no me limito a estudiar la anatomía ósea, intento ver a las personas. Aquello es lo que escribo en mis trabajos de campo, esto es lo que he intentado en *Al otro lado de la niebla*.

En el prólogo de la novela escribe que ha querido dotar a los personajes de un habla popular, ¿cómo lo ha conseguido?

—Siempre me ha interesado el habla de Castilla, que todavía se puede oír en el campo, aunque por

desgracia también aquí se va perdiendo muy deprisa. Sin embargo, muchos términos han quedado en la toponimia, y además hay diccionarios y algunos textos. No ha sido fácil, pero sí gratificante.

El protagonista de la novela —El Caminante— *realiza un viaje iniciático en el que vuelven a surgir los eternos temas: el sentido de la amistad, el amor, la soledad, la pertenencia al grupo... ¿no ha cambiado mucho el ser humano desde entonces?*

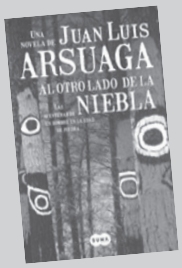
—¡En absoluto!, ¡de ninguna manera! Se diga lo que se diga, nuestros sentimientos son los mismos. Los protagonistas son ya de nuestra especie, de nuestra misma sangre, y todo lo que hay de biológico en nuestra forma de ser ya existía entonces. Pero todavía, ¿hace falta demostrar que eran sensibles y creativos los hombres de Altamira?

La historia podría haber acontecido en cualquier punto del planeta, ¿por qué no ha querido localizarla en tierra conocida?

—El territorio es la Prehistoria. No quería que todo fuera muy específico, pero los paisajes son ibéricos, es decir, me he inspirado en nuestra Península. No es difícil advertirlo leyendo la novela.

Ignacio VALDEZATE

Juan Luis Arsuaga.
Miembro del Equipo de Investigaciones de los Yacimientos Pleistocenos de la Sierra de Atapuerca. Autor de numerosos artículos en las revistas científicas Nature *o* Science, Journal of Human Evolution, Journal of Archaeological Science *o* American Journal of Physical Anthropology. *Autor, entre otros,* El collar del Neandertal, La Especie Elegida *y* Atapuerca, un millón de años de historia.



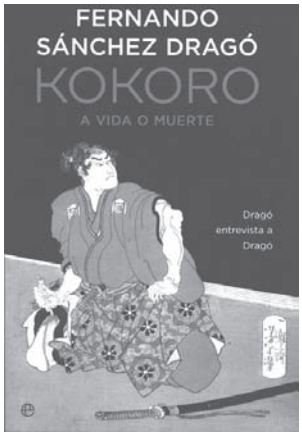
Al otro lado de la niebla. Las aventuras de un hombre en la edad de piedra, *Suma de letras, Santillana Ediciones Generales, Madrid, 2005, pp. 300.*

Letras y Lecturas

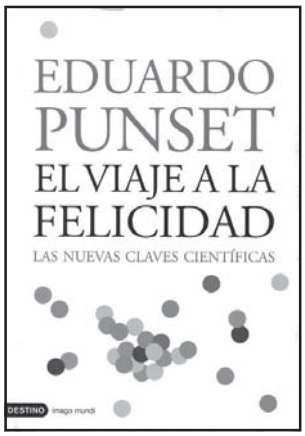
Manos Monte

Las cosas que nos preocupan

De entre las novedades recientemente editadas en el amplio y proceloso mundo de los libros españoles bien podríamos destacar algunas sugerentes lecturas.



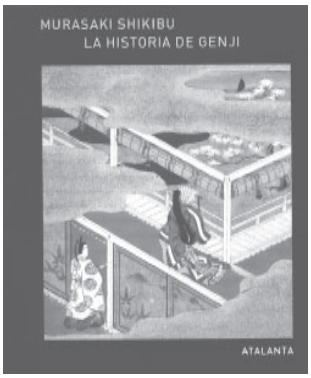
Enorme ruido viene prodigando el último de los escritos de **Fernando Sánchez Dragó**, publicado por La Esfera de los Libros, como todo lo suyo, aunque esta vez también por razón del tema, porque, con elocuente emotividad y ameno desarrollo —*Kokoro. A vida o muerte*, como así se titula—, se trata de un viaje de ida y vuelta a los umbrales fronterizos donde este amargo mundo acaba y comienza —nos suponemos, imaginamos, creemos o sabemos a pies juntillas— el mundo realmente feliz. Dragó siempre con la preocupación en el más allá, aunque transite en las innumerables distracciones del más acá, y no dejando, por supuesto, a nadie indiferente. Extraordinaria y singular entrevista que Fernando se hace a sí mismo, muy de veras: ligera y honda, como todo lo que sueña y suena a la vida del espíritu.



Profunda, si bien de otra manera, adentrándose en las oquedades de la psique humana, traduciéndonos lo que los científicos terminan de descubrir… ayer mismo, es el trabajo de **Eduardo Punset**, *El viaje a la felicidad. Las nuevas claves científicas*, editado por Destino. Provechosa lectura, abocada a la reflexión indudable, es lo que este libro contiene con múltiples aplicaciones a la vida cotidiana de los hombres modernos, desde hace ¡quién sabe cuánto!, preocupados por dar con las veta —hasta ahora verdaderas quimeras— de la felicidad. Las pinceladas que Punset aporta en sintonía con los científicos a quienes pregunta son interesantes; pero más interesantes son aún los aspectos colindantes del libro, como por ejemplo: «sin emoción no hay proyecto ni acción eficaces; «es un error forzar la excesiva acumulación de conocimientos en los planes educativos, pues no sirven de nada»; o toda una gran revolución se ha puesto en marcha con haberse disparado la esperanza de vida…

Para **Fernando García-Mercadal** y **Manuel Fuertes** no sabemos si la virtud tiene que ver con lo profundo y lo feliz, acaso sea así para

estos dos escritores, mas con, certeza, con lo que la virtud no está reñida es con la nobleza y el orbe caballeresco. Para **Dante** no era otra la cualidad sinónima de ambas expresiones: *virtud igual nobleza*. El libro de Mercadal y Fuertes se titula *Caballeros del Siglo XXI*, y lo sacada a la luz Dykinson. La obra es altamente recomendable por su rigor histórico —realiza un sólido estudio de las órdenes de caballería hispanas—; por su veracidad, excluyendo falsas monedas; y por la necesaria reivindicación que la sociedad actual precisa de cualidades nobles y caballerescas para reconstituirse por el mejor de los caminos posibles. ■



Una buena noticia en materia bibliográfica ha sido también la introducción en librerías de la primera traducción al castellano de un clásico japonés del que en España no teníamos más que versiones en inglés o en francés o vagas referencias. Me refiero a *La historia de Genji*, de la escritora medieval **Murasaki Shikibu**, sin duda la primera novela escrita en el mundo en su sentido estricto. A lo largo de algo más de cuarenta capítulos, la narradora, ligada a la corte del emperador nipón, nos cuenta la vida azarosa del príncipe Genji, pletórica de aventuras amorosas, de honor y heroísmo, y suma delicadeza. La obra, cuidadosa y elegantemente editada, lleva el sello de Atalanta, una nueva editorial que irrumpe desde Gerona con enorme fuerza, belleza y maestría. ■

Premio de Novela para ANTONIO RUIZ VEGA

El jurado del premio de novela «Ciudad de Majadahonda» en su edición de 2005, acordó por unanimidad otorgar el citado galardón a la obra *Últimas palabras de Catherine Eddowes*, de nuestro colaborador, el periodista y escritor ibicenco Antonio Ruiz Vega, quien, por cierto, acaba de publicar también *Numancia. El imperio que no pudo ser*, libro editado por Gráficas Ochoa Soria. De la novela premiada y de esta obra sobre la gesta numantina frente a Roma, *El Manifiesto* hablará más largo y tendido en su próximo número. Enhorabuena y vaya lo dicho como anticipo.

CIERRA lateral. REVISTA DE CULTURA

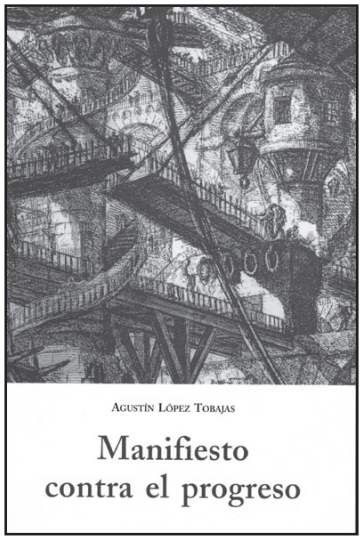
Lateral, la excelente revista cultural que, durante once años, ha mantenido alta y a flote la bandera de la cultura y de la literatura en particular, se ve obligada a cerrar sus páginas.

Como escribe su director **Mihály Dés:** «¿Qué demonios se puede decir en una ocasión como ésta que no sea afirmar la decadencia cultural y moral de Occidente, preguntarse dónde vamos a ir a parar?»

Desde *El Manifiesto*, sabiendo o intuyendo muy bien dónde vamos a ir a parar todos, miramos no sin envidia estos once años durante los cuales nuestros amigos de *Lateral* han conseguido resistir a las liberales leyes del Mercado, al tiempo que les saludamos con emoción y nos apartamos del cortejo de las hipócritas condolencias de rigor.

La idolatría del hombre moderno

Manifiesto contra el progreso



El libro que el editor mallorquín **José J. de Olañeta** acaba de editar con el título *Manifiesto contra el progreso*, de **Agustín López Tobajas**, es un texto breve pero decisivamente crítico y sin concesión alguna contra lo que para su autor es la más grande de las ficciones que vive nuestro tiempo: el progreso.

El contenido del presente volumen tiene su origen en un llamado «Manifiesto geosófico» publicado hace unos años en los *Cuadernos de la naturaleza* (Arenas de San Pedro, 1993) y, dos años después, difundido como separata por la revista de estudios tradicionales *Axis Mundi*. La publicación que ahora aparece es una nueva versión —reelaborada y ampliada— de aquella iniciativa de los años noventa.

El manifiesto en el que Tobajas insiste aquí no debe confundirse con ninguna pretensión de retocar o fundar nuevas ideologías o de alentar movimiento político o social alguno. Estamos, más bien, ante una reflexión honda sobre los síntomas enfermizos de nuestra era. El libro, pues, es filosofía pura, pero no alejada, sino de lleno metida en lo cotidiano que nos preocupa. Lo cual no es obstáculo para que el autor no pretenda antes que nada diseccionar el significado de la palabra «progreso» para, a renglón seguido, enlazar dicho significado y circunstancia con los males que la aplicación de dicho término, a través de unas cuantas vicisitudes revolucionarias y en manos de hombres sin escrúpulos, ha desencadenado en la Tierra entera.

Nacida a finales de la Edad Media —expone Tobajas—, «la idea de progreso comanda la historia de Occidente, al menos, a partir de la Revolución Industrial. En una sociedad que pretende haber certificado el fallecimiento de Dios, la adoración del progreso constituye en este momento la nueva creencia universal». De acuerdo con su idea movilizadora, la ciencia y la tecnología dimanadas del progreso y de la mentalidad dominadora del hombre occidental moderno, ahora ya contagiadas a otras latitudes, desarrollan unos medios de «destrucción que mantienen permanentemente al mundo al filo del abismo». Por ello, sus adversos efectos no se han dejado esperar mediante fórmulas de inexorable cumplimiento, como por ejemplo éstas: «el desarrollo económico condena a la miseria y a la muerte a millones de seres humanos»; «el arte, en una situación sin salida, ha renunciado a toda búsqueda de sentido»; «las catástrofes ecológicas se convierten en rutina»; «la violencia crece»…

¿Dónde está realmente el progreso —se pregunta este escritor? «La ideología del *progreso* —nos responde—, dogma profano de la modernidad, ha dinamitado el mundo [antiguo] reduciéndolo a cenizas», procurando a toda costa construir uno nuevo «a golpe de ciencia» y otros engañosos señuelos, en suma: «un golem tecnológico en cuyo interior no late un alma sino el vacío acumulado por los últimos siglos de la historia humana».■

Manos Monte

Agustín López Tobajas. Manifiesto contra el progreso, *José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2005, pp.131.*

Traductor especializado en tradiciones espirituales y ciencias de las religiones. Ha sido codirector de la revista de estudios tradicionales Axís Mundi *(1994 – 2000) y de la colección de libros para* Paidós, Orientalia. *En la actualidad coordina el* Círculo de Estudios Espirituales Comparados.

El País contra *El Manifiesto* y Áltera

O Goliat contra David cuando se publican autores disconformes

EL PAÍS, sábado 14 de mayo de 2005

Editor de textos de Pío Moa

Extrema derecha

En el catálogo de Áltera aparecen títulos de Edgar Allan Poe, Herman Melville, Lope de Vega, Alberto Moravia, Álvaro Mutis, Balzac, Dylan Thomas. Pero los cuatro últimos que recomienda en su *web* son *1934: Comienza la guerra civil. El PSOE y la Esquerra emprenden la contienda,* de Pío Moa;

ra y por el pensamiento: los dos pilares sobre los que se alza, desde 1995 Ediciones Áltera. [...] Un único criterio nos guía: la excelencia, sin compromisos ni dejaciones, en la búsqueda de la belleza y de la verdad".

Alain de Benoist es considerado uno de los ideólogos de la extrema derecha francesa y lidera el Grupo de Investigación sobre la Civilización Europea.

Con Benoist, Javier Ruiz Portella impulsó el *Manifiesto contra la muerte del espíritu y la Tierra*, que se publicó en *El Cultural* del periódico *El Mundo* en 2002. Alain de Benoist participó en el verano de 2003 en un curso de verano de El Escorial, *Contra la muerte del espíritu,* dirigido por Ruiz Portella. Su conferencia, *¿Es la ideología de los derechos humanos la mejor defensa de las libertades?,* provocó la protesta del Movimiento contra la Intolerancia, que le acusó de que sus ideas van contra "la línea de flotación de la democracia que son los derechos humanos".

El sábado 14 de mayo el diario *El País* gratificó a la editorial Áltera y a su director **Javier Ruiz Portella**, así como a la revista ***El Manifiesto*** con toda una página en la cual todos ellos quedan vinculados a las oscuras fuerzas de «extrema derecha». Dicha vinculación se efectuaba con artimañas tan hábiles como sutiles: no se decía explícitamente que las gentes de Áltera y ***El Manifiesto*** fueran de extrema derecha (sería demasiado grueso, cuando varios de ellos, empezando por el propio Ruiz Portella, militaron en su juventud en filas izquierdistas). La calumnia no se enunciaba expresamente: sólo se deslizaba sigilosa como una serpiente. Así, bajo el título «Extrema derecha», se afirmaba que tanto en Áltera como en *El Manifiesto* se han publicado textos de **Alain de Benoist**, el cual «es considerado uno de los ideólogos de la extrema derecha francesa». ¿Quién lo considera así?… La Cadena SER, ¡pardiez!, la cual así lo catalogó a raíz de un curso impartido por Alain de Benoist en El Escorial en el verano de 2003.

Aparte de aburrimiento, causa ya vergüenza ajena tener que estar rebatiendo la cantinela con que este «poder fáctico fácilmente reconocible» parece tenerla emprendida —no se sabe en realidad por qué— contra el filósofo francés Alain de Benoist, redomado extremista cuyas querencias nazi-fascistas quedan claramente expuestas, por ejemplo, en su última obra: un libro editado por Áltera y elogiosamente comentado por tan conspicuos pensadores liberales como **José Antonio Zarzalejos, Gabriel Albiac, Ignacio Sánchez Cámara o José Luis Martín Prieto**, y donde el pensador francés efectúa un análisis tan filosóficamente riguroso como políticamente demoledor del totalitarismo… nazi. El problema tal vez sea que en este libro, dedicado a estudiar el fenómeno totalitario y titulado *Comunismo y nazismo*, el primero de ambos totalitarismos es puesto tan radicalmente en la picota como el segundo.

Pero el pobre Alain de Benoist no es, en todo ello, sino la excusa. Como lo es también la rocambolesca historia relativa a un pretendido plagio efectuado por Áltera de la traducción del clásico medieval *Carmina Burana*. ¿A santo de qué semejante revuelo? La explicación hay que buscarla, sin duda, en otro titular de este mismo artículo: el que recuerda que Áltera ha editado también un libro de… ¡Pío Moa!, amén de otro del vasco Santiago Abascal, actual promotor de la Fundación para la Defensa de la Nación Española. Pero lo más probable es que ni siquiera sean éstos los títulos que hayan colmado la paciencia de las progres huestes del Sr. Polanco. Hay otro libro de Áltera que se les debe de haber atragantado aún más: el de Víctor Farías titulado *Salvador Allende: contra los judíos, los homosexuales y otros «degenerados»*, en el que se descubre cómo, en su tesis doctoral de 1933, el dirigente socialista chileno dirigía múltiples invectivas contra tan peligrosos individuos.

Publicar tales cosas, desvanecer tales mitos: he ahí sin duda el auténtico «delito» cometido por Áltera y *El Manifiesto*. Y *El País* pasa factura.

Los lectores tienen la palabra

Sobre el suicidio

Soy suscriptor de la revista y tengo que confesarles que me emociona mucho la defensa del espíritu y la belleza que en ella se hace y por la que les felicito sinceramente. Quisiera, sin embargo, expresar mi discrepancia con lo que Javier Ruiz Portella escribe en el último número bajo el título «Si en el mundo feliz está prohibido fumar, aún lo está más intentar suicidarse». Se refiere al caso de unos jóvenes que intentaron suicidarse colectivamente, motivo por el cual fueron encerrados por el juez en un manicomio.

Como señala **Ruiz Portella**, nada especial les llevaba a querer acabar con sus días, salvo el que éstos «transcurrían tan sosos y sosegados que estaban hartos de vivir». Contrariamente a lo que opina el director de esta revista, quien aun horrorizándose por el nihilismo subyacente a tal intento de suicidio, defendía el derecho al mismo, ello me lleva a condenar aún más la actitud de dichos jóvenes. Me parece claro, en efecto, que está cometiendo un pecado contra el espíritu quien, pudiendo llevar su vida por mil caminos para servir y hacer el bien, toma la decisión de suicidarse. Hay que condenar todas las posturas a favor de la muerte (aborto, eutanasia y —por qué no— suicidio) a las que conduce la deshumanización hoy imperante.

Diego Pardos (Vitoria)

Muchas gracias, de verdad, por expresar su discrepancia, la cual toca cuestiones de fondo que por desgracia será imposible, en pocas líneas, debatir como se debería. Quizá más adelante dediquemos un número a la cuestión de la religión y del orden moral. De momento, me limitaré a señalar que la noción de «pecado» (esto es: de agravio contra un Dios que, pese a su insondable alteridad, se dedica a reglamentar, castigar y premiar las acciones de los hombres) me resulta, como mínimo.

Fíjese bien que no estoy hablando de la presencia o ausencia de lo divino; no estoy poniendo para nada en cuestión la presencia de lo sagrado en el mundo —ese ámbito de lo sagrado cuya desaparición es esencial para comprender la muerte del espíritu que tanto combatimos. Me estoy refiriendo tan sólo al empeño por parte del Dios que impera desde hace dos mil años por fiscalizar la vida de los hombres —cuestión esencial, a su vez, para comprender quizá por qué los hombres, pese a perder el espíritu en el empeño, han acabado revelándose contra tan irascible Dios.

El que, dentro de dicha fiscalización, este mismo Dios (o quienes en la Tierra pretenden hacerse eco de sus designios) haya decretado que la salvaguardia de la vida del cuerpo constituye un valor supremo —así se trate, como en el caso de la eutanasia, de un cuerpo reducido al estado vegetativo—: he ahí algo que no sólo me resulta intolerable, sino que me lleva a interrogarme sobre los lazos subterráneos que, pese a las apariencias, se establecen entre el cristianismo y este «mundo feliz» que, al tiempo que aniquila el espíritu, erige la salud y la conservación del cuerpo en su valor supremo.

J. R. P.

¿Hay que lamentar «haber nacido español»?

*El artículo de **Sánchez Dragó** en el que concluía lamentándose por la aciaga circunstancia de su nacimiento en España nos ha valido un abundante correo por parte de nuestros lectores. En dichas cartas se manifiesta a su vez, y con sorprendente unanimidad, otro lamento, el cual no coincide precisamente con el de nuestro colabora-*

dor y amigo, como se puede comprobar en las dos cartas que, por parecernos las más representativas e ir más allá de la mera crítica, reproducimos a continuación.

Aprovechamos también esta circunstancia para informar de que el pasado 18 de octubre, con ocasión de la presentación del libro de ***Pío Moa*** 1936: El asalto final a la República *(Ediciones Áltera), Sánchez Dragó —uno de los oradores— lucía una hermosa camiseta con la inscripción «Soy apátrida». Como explicó en su intervención y en la ulterior discusión con* ***Javier Ruiz Portella****, director de Áltera y de esta revista, quería reiterar de tal modo lo expresado en su artículo, a la vez que polemizar con la amistosa crítica vertida en nuestro editorial.*

Ante la imposibilidad de reproducir aquí dicha discusión, no podemos sino anunciar que un próximo número será dedicado al tan candente tema de la identidad nacional. De esta forma, El Manifiesto *seguirá afirmándose como la única revista en la que sus principales colaboradores polemizan con plena libertad entre sí. ¡Que cunda el ejemplo!*

*

Me he quedado boquiabierta leyendo la andanada que ha lanzado contra España mi admirado **Fernando Sánchez Dragó**. ¡Cómo alguien tan radicalmente antimoderno como él no ve que un individualismo tan a fondo como el que defiende es lo más moderno de todo! Algo así decían más o menos ustedes en su editorial, pero yo añadiría otra cosa. Querido Sr. Dragó: usted que tanto nos deleita, o mejor dicho, que tanto nos ha hecho abrir los ojos (a algunos, al menos) sobre lo que es la antigua tradición de Occidente, así como sobre las sociedades que en otros continentes han seguido cultivando la tradición, ¿cree usted de verdad que toda esta gente eran o se consideraban apátridas? ¿Cree usted, por ejemplo, que la Grecia de los misterios de Eleusis que usted, con razón tanto celebra, habría podido existir un solo instante si hubiese pretendido vivir fuera del arraigo en la tradición y la historia de su propia comunidad?

Esther Gomezo (Granada)

¿Cómo no sentirse profundamente dolido al leer las palabras de este gran provocador y valioso escritor que es **Sánchez Dragó**, cuando uno, como es el caso del que firma, vive en un sitio donde tantos son quienes se avergüenzan de haber nacido españoles, y pretendiendo ser exclusivamente catalanes, insultan y agreden día tras día a la cultura y a la historia que nos es común a todos?

Cuando alguien de la valía y talento de Sánchez Dragó rompe el cordón umbilical que le une (a él y a todos) con su pasado, cuando alguien así reniega de su país y quiere quedarse encerrado en su individualidad…, ¡ay, entonces es que las cosas andan realmente muy mal en nuestro desdichado país! Cuestión que no le va desde luego a quitar el sueño a Dragó, pues los países nada deben de contar para él; sólo los individuos.

Manuel Peretallada (Gerona)

El mal del olvido

Como suscriptora de vuestra revista, cuya lectura me causa cada vez un auténtico placer, quisiera participar en esta especie de «foro» en el que, a mi juicio, deberían convertirse las cartas de los lectores. Está muy bien despotricar contra el mundo en el que vivimos, pero ¡no sirve de nada si cada uno se queda tranquilamente arrellanado en su sillón viéndolas venir! A ver si entre todos les damos un poco a las meninges y se nos ocurren cosas que hacer, desmanes contra los que protestar. Que haberlos, ¡haylos!

De momento, ahí va una primera aportación en forma de un mensaje que recibí un buen día en mi correo electrónico. Es éste:

«En el año 2004, en el mundo se gastó cinco veces más dinero en implantes de senos y en Viagra, que en investigación del Mal de Alzheimer. Por lo tanto, parece lógico concluir que en diez años más habrá en este planeta un gran número de mujeres y transexuales con enormes tetas y hombres aquejados de priapismo, pero… ¡incapaces de recordar para qué diablos les sirven!»

Esther de Fontseré-Pujades (Lérida)